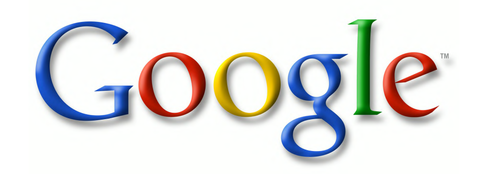




"EL HOMBRE Y
LA ARQUITECTURA"
POR
AGUSTIN BASAVE


EDICIONES
CUADERNACION


EDICIONES
JAIME



El Hombre y la Arquitectura

Agustín Basave

AGUSTIN BASAVE

EL HOMBRE Y LA ARQUITECTURA

GUADALAJARA
LIBRERIA Y CASA EDITORIAL
DE FORTINO JAIME.
1918

PRELIMINAR

Leyendo la "Filosofía del Arte" de Taine, en horas de soledad y de recogimiento, concebí la idea de aplicar sus principios, no sin ciertas restricciones, a la formación y al desarrollo de algunos estilos arquitectónicos.

Su palabra serena y su profundo pensamiento me inspiraron el deseo de formar una obra: una obra en que presentara la Arquitectura en su sentido espiritual, si me vale la frase; una obra en la cual el genio humano, en su marcha a traves de los tiempos, pudiera verse reflejado en los mil monumentos que ha dejado a su paso.

Años de estudio han producido, al fin, su fruto y la obra esbozada primero en mi imaginación, ha ido tomando contornos más y más precisos, hasta que hoy he logrado terminarla.

Si con mis palabras logro dar aunque sea una vaga idea de la correspondencia entre cada arquitectura y la raza, el momento y el medio de que es producto, quedaré ampliamente recompensado de mi trabajo.

El Autor.

"La Arquitectura, la menos comprendida y la "más olvidada de las artes es, tal vez, la más esté- "tica, la más misteriosa y la más llena de ideas.

"En el transcurso de los siglos, ha tenido el "privilegio, por decirlo así, de simbolizar cada épo- "ca; de resumir, por medio de un pequeño nú- "mero de monumentos típicos, la manera de pensar, "de sentir y de soñar de una raza y de una civi- "lización.

"Algunos templos y algunas iglesias, algunos "palacios y algunos castillos contienen, más o menos, "toda la historia del arte, a través del mundo; nos "explican mejor que los libros, por la armonía de "las líneas y el encanto de la ornamentación, toda la "gracia y la grandeza de una época."

De "La Vida Errante"

por Guy de Maupassant.

"*¿Cual es el alma de la Arquitectura? Es el*
"*pensamiento que expresa.*"

Ch. Blanc.

"*Pueden leerse el carácter de los hombres y el*
"*de las naciones, en su arte, como en un espejo.*"

Ruskin.

"*La obra de arte es determinada por un con-*
"*junto que es el estado general del espíritu y las cos-*
"*tùmbres circunstantes.*"

H. Taine.

ALBORES DE LA ARQUITECTURA



La Arquitectura es el arte humano por excelencia. Las otras artes, excepto quizá la música y cierto género de poesía, no son sino medios de representar la Naturaleza a través del temperamento individual del artista.

La Arquitectura es, desde su origen, la historia de la humanidad escrita en grandes monumentos, en gigantescas páginas de piedra donde han dejado las distintas razas sus ideales y su fe, sus adelantos y sus caídas, su culto a lo Bello y su espontánea admiración a las formas y fenómenos de la Naturaleza.

En ella vemos nacer y morir razas y naciones, a lo más fuerte imponerse, perecer a lo débil, sumirse en la nada pueblos que fue-

ron poderosos y de las ruinas de los vencidos, levantarse pujantes, radiosas, con más bríos, nuevas civilizaciones que, cual ráfagas de luz, cual torrentes ciclópeos, inundan y fertilizan los confines más remotos de la tierra.

El Egipto, la Asiria, la Persia, Grecia, Roma, son escalones titánicos por donde el hombre ha trepado, señales enormes que ha dejado en su éxodo la civilización humana!

Esos monumentos, esos resíduos de razas remotas, son como las capas geológicas en que se lee la historia de la formación de nuestro globo; son las capas de la civilización humana, que nos conservan, desde remotos tiempos, la historia de nuestros antepasados escrita con caracteres indelebles.

El hombre de las remotas edades prehistóricas, en su perpetua lucha contra las bestias feroces y los elementos naturales, sintiendo la necesidad de protegerse contra los ataques de sus enemigos y siguiendo el instinto natural desarrollado aún entre los animales inferiores, de tener un lugar seguro en que dormir y a que llevar los frutos, raíces,

caza y pesca con que se alimentaba, se guarecía en cavernas en los países montañosos o construía cabañas con troncos y ramas si vivía entre los bosques.

En la edad de piedra, el hombre comenzó a tallar hachas martillos y picas con los que conseguía la superioridad sobre los animales feroces, en sus diarios combates.

Del natural instinto de unión en el peligro, nació la primera sociedad. De la reunión de varias familias se formaba una tribu y al frente de ésta colocábase al más capaz, al más anciano o al más experto de todos, y esta tribu se juntaba con otras al viajar, defendiéndose recíprocamente. El hombre en el que se depositaba el gobierno, como el más sabio, pronunciaba los fallos en los juicios; como el más experto, guiaba la tribu en la labranza, la caza y la pesca; y como el más valiente conducía a los guerreros a la batalla. Era, por lo tanto, juez, rey y jefe.

De esta era remota (edad troglodítica) quedan aún vestigios diseminados aquí y allá: El Cáucaso todo lleno de grutas, la Roca del Badil que contiene más de mil habitaciones e infinidad de sepulcros piramidales y cavernas

en la Mesopotamia, el Egipto y la Francia Meridional.

La influencia del medio ambiente sobre las construcciones de nuestros antepasados prehistóricos, apenas desprendidos de la animalidad, fué sin duda muy considerable. «El clima se escribe en la Arquitectura» dice Hugo en su obra «El Rhin.» «Un techo puntal prueba la lluvia; plano, el sol; cargado de piedras, el viento.» En los países boscosos, en las márgenes de los ríos antiguos que al crecer inundaban las vastas planicies, el hombre habitaba durante meses enteros en las cimas de los grandes árboles, que le ofrecían abrigo contra el ardor del sol y la violencia de las tempestades; en los países montañosos guarecíase, a semejanza de las fieras que combatía, en las cavernas que hospitalariamente ofrecíanle las rocas; en los valles construía cabañas con ramas de árboles que utilizaba a guisa de dardos y mazos, en caso de defensa contra cualquier asaltante; en las llanadas de la América Septentrional los Hurones y los Algonquinos, que no disponían de troncos por la relativa distancia a que vivían de los bosques, improvisaban sus habitaciones, cavando agujeros en la tierra, los cuales cubrían con

techos de hierba; y en las regiones lacustres, como Suiza, construían sus ciudades sobre el agua (1) cimentándolas en pilotes, lejos del alcance de flechas y fieras enemigas.

De esta época nos quedan los «menhir»—piedra larga—monolitos toscos, especie de obeliscos que se encuentran en grandes cantidades en Eadeven y en la costa de Carnac (Morbihan) (2) «entre los que se levanta una larga «ringlera» como ejército de gigantes y donde acaso se congregaban los druidas al fragor del océano»; los «cromlechs»—lugar curbo—recintos circulares rodeados de piedras y «menhirs», como los de la Escandinavia y la Inglaterra; los «dolmen», mesa-piedra, compuestos de varias piedras colocadas perpendicularmente y sobre ellas una más ancha, a manera de cubierta; los túmulos diseminados por toda la antigua Galia; las grutas subterráneas de Bombay, de Pouna y de Ellora, pirámides

---

(1) Palafittes: Nombre dado por los Italianos a las habitaciones lacustres.

(2) El gran "menhir" de Locqmaraquier (Morbihan) actualmente roto en tres pedazos; mide veintiún metros de longitud, por cuatro de latitud, por cuatro de espesor (doscientos cincuenta mil kilos de peso).

talladas en la roca como las de Benares, Carnate y Deogur, «stonehengs», murallas, altares y templos.

En todos estos monumentos, primeras tentativas de la humanidad en el arte de construír, no hay aún idea de Belleza. Necesitábanlos para sus diversos usos y los construían con fines puramente utilitarios. Así pues, tanto las ruinas de pagodas y templos primitivos como los ciclópeos vestigios de «dolmens» y de «cromlechs», pertenecen más bien a la arqueología que a la arquitectura.

Es sólo en adelante, cuando comienza la evolución de este arte. El hombre despierta a la Belleza por la contemplación de las maravillas naturales. Ve los magestuosos volcanes, los lagos tranquilos, la exhuberante vegetación de las selvas vírgenes y el fragoroso mar. Admira la grácil línea de la montaña, se asombra ante los vívidos crepúsculos que parecen incendiar los bosques; y gozoso, vibrante, emocionado, conserva sus impresiones, grabando en sus talismanes y en sus canoas, en sus instrumentos de guerra y en las paredes de sus templos, las imágenes de su admiración: siluetas de montañas, formas humanas y animales, graciosos pájaros, el ibis

melancólico, la airosa palmera, el loto sagrado...... todo ingénuamente, con una sencillez infantil.

Más tarde, obedeciendo a su natural impulso hacia la Belleza, trató el ser humano de dar a su cabaña y a su templo formas agradables a la vista y los adornó con flores y follaje. Nació la Arquitectura.

ARQUITECTURA EGIPCIA

EN las costas africanas del nordeste, en el fértil y hermoso valle del Nilo, que se extiende desde la Abisinia hasta el mar Mediterráneo y desde el inmenso Sahara hasta el Golfo Arábigo, existió hace más de cinco mil años, una raza maravillosa que no solo alcanzó un gran desarrollo político, sino que dejó al mundo una base de cultura, sobre la que se asentaron, más tarde, las civilizaciones helénica y romana.

El alba de la historia del Egipto arroja su primera claridad sobre pueblos gobernados por sacerdotes, teocracias en las que el rey oficiaba ante la deidad y erigía altares a Osiris, Ammón y Ftá, dioses tutelares que protegían al pueblo, Los «nomos» o distritos en

que dividían su país eran las dependencias de cada templo, en los cuales residía el poder teocrático. La afluencia de gente en determinados lugares formó núcleos más importantes, que sometiendo a los demás progresaron lentamente y llegaron a ser centros rivales, como Menfis y Tebas. El dominio de los sacerdotes fué combatido por la casta de los guerreros, la cual venciendo a su enemiga, mudó la teocracia en gobierno de los fuertes. En el umbral de esta época, después de las dinastías fabulosas y simbólicas, (1) aparece la mítica figura de Menes, (2) primero de los

(1) Manethon (250 A-J. C.), sacerdote egipcio de Heliópolis, autor de una Cronología de las Dinastías de los tres imperios (Antiguo, Medio y Nuevo), supone anteriores a las primeras dinastías las de los Auritas Divinos y los Héroes Mestreos.

Luego distribuye en 31 dinastías los monarcas del Egipto. Las 31 dinastías se clasifican. prescindiendo de las persas (27 a 31) en cuatro grupos principales que pueden denominarse el Antiguo Imperio (de Menfis), el Imperio Medio (Antiguo de Tebas) y la época de la restauración de la 27.ª dinastía.

(2) Hay una gran diferencia entre las opiniones de los historiadores y Egiptólogos respecto a la cronología de esta nación. La primera dinastía (Menes), según Mariette, alcanza al año 5004 A, C. Essenwein 4000 A. C. Cesar Can–

Faraones, fundador de Menfis en el Alto Egipto, constructor de diques, canales, templos y palacios,

Menfis extendió su dominación sobre el Alto y el Bajo Egipto, sustentando una espléndida corte de las castas sacerdotal y guerrera y sólo viendo interrumpido el progreso de su civilización por las frecuentes irrupciones de los pueblos nómadas de la Libia y la Etiopía, que atraídos por los píngües pastos y la exhuberante riqueza de las tierras bajas, descendían a devastarlas, aprovechando la desunión y debilidad de los nacientes «nomos.» En esta época los árabes beduinos y sus jeques llamados Hyksos (reyes pastores) por los egipcios, pasando el Itsmo de Suez, invadieron sus fértiles planos, llegando hasta Menfis, de la cual hicieron el centro de su dominación,

Tebas quedó sin conquistar y luchando contínuamente contra los invasores Hyksos, logró al fin vencerlos, quedándose suprema en el Alto y el Bajo Egipto. La conciencia de su

---

tú 2450 A. C. Betsford 4800 A. C. Hamlin 4500 A. C. Brugsch 4400 A. C. Lepsius 3892 A. C. Bunsen 3623 A. C. Wiedenham 5650 A. C. y Lauth 4157 A. C,

poder, despertada por las contínuas victorias alcanzadas, inauguró desde entonces una época floreciente bajo las dinastías faraónicas, Comienza entonces la construcción de grandes monumentos conmemorativos de las hazañas de los vencedores y se levantan los soberbios templos de Tebas y de Elefantina,

Fué a los Faraones Tutmosis I y Amenofis I, a quienes cupo la gloria de expulsar del Egipto a los Hyksos e iniciar la primera gran época de cultura y adelanto.

Lo efímero de la vida humana, en contraste con la duración indefinida de la naturaleza, llevó al Egipto a imaginar otra vida más estable y considerar su existencia en el mundo, como un simple paso hacia lo eterno.

El más alto de sus dioses, Ra,—el sol— nacido cada mañana con la aurora, conduce su barca sobre el cielo azul, se hunde en el río con el crepúsculo, libra ruda batalla con la serpiente que trae la noche, vence a su enemigo y se levanta triunfante y soberbio con el alba de la mañana. El hombre, a su ima-

gen, nace, combate contra el mal, muere y tiene como su dios sol que renacer y vivir.

«Un solo pensamiento» dice Lamennais «dominaba al Egipto, un pensamiento grave «y triste lo preocupaba incesantemente; un «pensamiento que poseía por entero, desde al «Faraón rodeado del esplendor del trono, has-«ta al más humilde labriego: el pensamiento de «la muerte. El pueblo, viendo al tiempo deslizar-«se como las aguas del gran río que atravesaba «sus desnudas planicies, era llevado a creer «que lo que pasa tan pronto es irreal y se «desvanece; y considerando la vida presente «como fluctuosa e insatisfactoria, era impul-«sado por su creencia, sus deseos y sus aspi-«raciones a mirar adelante hacia una vida per-«manente. La existencia, en la estimación «del egipcio, comenzaba en la tumba y lo que «la precedía era solo una sombra, un pensa-«miento vago. De esta manera sus concep-«ciones religiosas, sus especulaciones filosófi-«cas y sus dogmas tendían naturalmente en «dirección al gran misterio de la muerte y sus «templos se convertían en sepulcros.»

Dice Georg M. Ebers que, en los reales banquetes, un maestro de ceremonias aparecía siempre con una pequeña momia dorada a re-

cordar al Faraón y a sus comensales que era allí hacia donde marchaban todos. Los monarcas eran consagrados junto a las momias de sus mayores y juraban sobre ellas el cumplimiento de su deber. Siendo pues la muerte la idea dominante del egipcio, su arquitectura, como todas sus otras manifestaciones artísticas e intelectuales, fué naturalmente influenciada por ella. Vemos en efecto levantarse, solemnes, sus enormes pirámides sepulcrales, sus numerosas «mastabas» (1) sus templos conmemorativos de muertos ilustres y sus subterráneas necrópolis. Flota en todos estos monumentos un espíritu fúnebre y taciturno como el de la raza que los levantó; raza grave y triste, con la tristeza y la gravedad que le comunicaba su incesante preocupación por el más allá.

Al morir, el antiguo egipcio, invocaba a Anubis, el dios de los muertos, de cabeza de chacal. Pedíale un buen sepulcro en la Necrópolis, un dichoso sendero hacia la otra vida y la otorgación perdurable de las ofrendas

---

(1) Mastaba: tumba rectangular con techo plano, cuya puerta da acceso, tras de un largo pasillo subterráneo, al "serdab", lugar donde se ponía la estatua del difunto.

que lo acompañaran. Después, procedíase al embalsamamiento del cadáver, y se recitaban las palabras del ritual: «Señor Sol y vosotros «númenes que dais la vida, acogedme y entre-«gadme a los dioses, de manera que entre en «su morada; pues que no he dejado nunca de «reverenciar a los dioses que mis padres me «enseñaron; durante mi vida honré constante-«mente a los que engendraron mi cuerpo; no «he dado la muerte a nadie; no he negado los «depósitos ni causado otros daños. Que si en «vida incurrí en alguna falta, comiendo o be-«biendo cosa prohibida, no pequé por mí, sino «por esa porción de mi cuerpo». (1) En la tumba, junto al cadáver, ponían muebles, amuletos, herramientas y alimentos para uso del «doble» (Ka.)

Entonces el espíritu emprendía un penoso viaje hacia un inmenso lago desde cuyas playas se entreveían, a distancia, las Islas Benditas. Un ibis lo pasaba a la opuesta orilla o bien, aceptando los servicios de un barquero encargado del transporte de las almas, mediante un óbolo, (2) era conducido ante Osiris.

---

[1] Porfirio.

[2] De los antiguos egipcios pasó a la mitología grie-

Una vez llegado, se le juzgaba conforme a sus obras: (1) si era una alma justa, un espíritu blanco que pasara su vida sembrando la buena semilla de la virtud, iba a vivir en la eternal fiesta, entre campos fértiles; si por el contrario. el alma aparecía manchada con las sombras de las pasiones, Osiris, airado, la condenaba a recorrer tres veces la vida, encarnando en el cuerpo de animales. hasta que, al cabo de tres mil años, volvía, como todo, al seno de Dios.

De la misma manera que los reyes de la Tebaida abrían grutas sepulcrales en sus montañas, los monarcas de Menfis hicieron

---

ga la fábula del barquero Caronte que conducía las almas de una orilla a la otra del Aqueronte.

[1] En un rollo de papiro encontrado en Tebas encuéntrase una representación gráfica del Juicio de los Muertos ante el dios Osiris, [El mencionado juicio hállase reproducido en la Historia del Egipto por Ed. Meyer, Prof. de la Universidad de Breslau.] Hállase Osiris sentado ante cuatro espíritus, de pie sobre una flor de loto abierta; atrás está el dios Anubis—cabeza de chacal—y más atrás aún, las balanzas en que se pesan las obras. Las buenas son representadas por una ánfora roja y está a su cuidado un hombre blanco con cabeza de buitre; las malas por una cola de flecha cuidada por un hombre negro con cabeza de chacal. Viene después un escriba y luego una reina con su cetro y dos esclavos etíopes.

construír gigantescas pirámides para tener en ellas sus reales sarcófagos.

Las inagotables canteras que abundan en las riberas del Nilo, fueron las que en otros tiempos surtieron a los constructores egipcios para la edificación de sus monumentos.

Pórfido, granito rojo, negro o ceniciento eran los materiales que más se encontraban y que influenciaron con sus cualidades constructivas la arquitectura del Egipto.

Las pirámides son los monumentos sepulcrales más venerables de la antigüedad. Entre el numeroso grupo que, pasando por Giseh, se extiende entre Fayoum y Abu Roasch, se alzan las tres principales: Cheops, Chefren y Miscerino, erigidas como sepulcros a los Faraones de quienes llevan el nombre.

Los cuatro lados de la base de las pirámides corresponden con exactitud a los cuatro puntos cardinales y el lado de la mayor es la medida del estadío egipcio. Maravillosas como son por sus aparentes dimensiones, lo son más aún por su construcción subterránea, que hace considerar lo que sale a flor de tierra tan sólo como el remate y la cima de una montaña.

Imagínese qué titánico trabajo el de levantar esas tres gigantescas pirámides, una de

las cuales tiene doscientos cincuenta metros de base por ciento cincuenta de altura! Considérense los ejércitos de obreros que durante siglos estuvieron prestando su diario esfuerzo para levantar las inmensas moles! Si éstas se alzan soberbias y grandiosas, es a causa de la miseria de cuatro generaciones de esclavos! Si han tenido vida por más de cinco mil años, es por la suma de las vidas que arrancaron a sus edificadores, forzados por el rudo látigo del capataz!

Las pirámides se construían por superposición de capas. En el centro dejaban una gran cámara sepulcral, especie de sarcófago conectado con el exterior por un elaborado sistema de galerías y pequeñas celdas finamente trabajadas y adornadas. La última capa de material se cubría con otra de granito, perfectamente pulido, en la que los diferentes colores de la piedra se alternaban en grandes fajas, dando a la vista un hermoso aspecto. Las superficies planas de las caras de las pirámides se ornamentaban con geroglíficos y representaciones gráficas en que se conmemoraban las hazañas de los Faraones.

Los tipos de pirámides son varios. Las hay sencillas, escalonadas, superpuestas y de líneas quebradas, imitando en su variedad la

naturaleza de las montañas, en las cuales, en épocas más lejanas, daban sepultura a los cadáveres.

Junto al grupo formado por las tres grandes pirámides, de cara al desierto, yérguese la colosal esfinge de Giseh, mitad mujer y mitad león, simbolizando con la monstruosa estructura de su cuerpo el estado del sagrado Nilo, cuyas inundaciones tenían lugar cuando el sol recorría los signos de Virgo y Leo. (1) Maravilla de construcción por su enorme tamaño, yace ahora casi amortajada por la ardiente arena que los siglos han amontonado sobre ella.

En la cordillera líbica hay millares de catacumbas, vastas necrópolis subterráneas, algunas de las cuales tienen gran profundidad. Encuéntranse entre ellas las tumbas de Beni-Hassan, de la época del Imperio Medio, famosas sobre todo por las columnas que las adornan, llamadas protodóricas por su parecido con las dóricas griegas. Cerca de Lusor está Bibian-el Moluk, lugar por excelencia de

---

(1) El distinguido egiptólogo Reisner de la Universidad de Harvard, descubrió en 1913 un templo y dos cámaras sagradas en el busto y la cabeza de la Esfinge.



los sepulcros reales. Seti I posee el más hermoso y rico de los mausoleos, admirable por las inscripciones que lo adornan, las cuales relatan escenas de la vida después de la muerte. Las cámaras de Ramsés III el suntuoso, ostentan copias de sus muebles, armas y barcos; viéndose aún reproducida, en varios sitios, su capilla de música, compuesta de arpistas ciegos. Los restos de Ramsés I, Seti II, y Ramsés IV, encuéntranse también allí en lujosos sarcófagos, entre cámaras y salones, rodeados de corredores sostenidos por pesadas columnas.

La arquitectura egipcia, como originada por las sepulcrales excavaciones, conservó de éstas la imponente masividad y solidez. No hay en ella líneas delicadamente curvas ni airosas columnas. Todas las formas son cuadrangulares, todas las líneas principales son rectas, todas las columnas, robustas y toscas. Los capiteles, adornados con hojas de palmera y flores de loto, eran inconvenientes, por su relativa delicadeza, para sostener los pesados arquitrabes, y por eso se colocaba siempre entre ellos un pequeño dado; los templos eran rematados por una plataforma y débilmente alumbrados, adquiriendo por su se-

mi-obscuridad un carácter de severidad y recogimiento.

La gran importancia de la casta sacerdotal, hacía del templo el centro del Estado. El pueblo se sometía espontaneamente a trabajar en su construcción y los reyes prodigaban en ella sus tesoros, deseosos de conservar la amistad de los sacerdotes, depositarios únicos de la ciencia, mantenedores de la moral y representantes en la tierra de aquel misterioso Osiris, que más tarde había de juzgarlos.

El plano del templo muestra, en medio, el santuario al que da acceso el «hipostilo» (1); a la entrada dos «pylones» monumentales a manera de pórticos o atrios, con sus lados un poco inclinados hacia adentro y coronados por una cornisa cóncava, decorada a menudo con el característico globo alado y las serpientes Uraeus; la arista formada por el ángulo exterior de los muros era sustituída por una moldura cilíndrica que subía y daba vuelta por la cornisa; los muros, como de costumbre, eran

(1) Hipostilo: corredor o galería sostenida en un lado por una columnata abierta hacia un patio interior.

cubiertos con inscripciones, bajo relieves y geroglíficos. Para los techos era motivo preferido el heráldico buitre faraónico con las alas extendidas y los reales emblemas en las garras o el firmamento azul, sembrado de doradas estrellas. Una avenida de esfinges llevaba hacia dos grandes obeliscos a la entrada del templo y algunas veces encontrábanse también colosales estatuas y altísimas astas con banderolas. Rodeaba la extensión total del templo una alta muralla con puerta al centro (propylon) que daba entrada al recinto sagrado. Fueron estos templos y estas grandes obras arquitectónicas las que dieron ser e impulso a las otras artes. En las vastas superficies de sus muros, ofrecían páginas vírgenes a la pintura y a la letra; páginas que éstas se encargaban de llenar con los fastos y los hechos heróicos de los prohombres egipcios. Eran descripciones de estupendas batallas en que se veían mil carros de combate con briosos guerreros resplandecientes de juventud, internarse en lo más recio de la pelea; Faraones blandiendo enormes hachas,que aparecían como gigantes enmedio de sus pigmeos enemigos; reinas vestidas con ligeras gasas, y diademas con el emblema de la rea

leza; legiones de arqueros avanzando a pie, tendido el arco, prestos a disparar la mortífera flecha y regimientos de elefantes destruyendo todo a su paso. Otras veces representaban a los Faraones triunfantes que volvían de lejanos países cargados con ricos botines. Seguíanlos esclavos y prisioneros encadenados; guerreros conduciendo trofeos arrancados a los enemigos y carros cargados con las riquezas conquistadas: joyas, armas, incienso, perfumes, goma, oro y pieles. Cerraban la marcha esclavos llevando las bestias feroces encontradas en lejanos países: el rayado tigre bengalés; el león del desierto arabigo; las panteras, las jirafas y los toros salvajes que pasaban entre las entusiastas aclamaciones de la multitud. Otras veces aún, eran escenas de sacrificio las descritas por las inscripciones gráficas o bien el penoso viaje a las islas benditas. A lo largo de las paredes esculpían millares de figuritas humanas en todas las posiciones, mezclándose con astros, animales domésticos y feroces; flores y frutos; lunas y estrellas de cinco picos; líneas rectas, curvas, quebradas, puntos, círculos......todo en fin cuanto constituye el maravilloso idioma jeroglífico, cuya clave, per-

dida por siglos fué encontrada por el sutil ingenio de Champollion.

Entretanto desarrollábase también la escultura, de manera prodigiosa. Millares de artistas esculpían profusos relieves en los muros interiores de los templos, mientras otros se dedicaban a ejecutar las grandiosas estatuas que habían de adornar su exterior y a labrar figuras de granito, lo más fielmente parecidas al difunto que representaban, para que, según su idea, al colocarlas en su sepultura encarnasen en ellas los «Ka» de los muertos. Las estatuas de los hombres, desnudas, no llevando más que uu pequeño tablero o delantal, y las de las mujeres, revestidas por un paño transparente. No hay en los cuerpos ninguna traza de anatomía, ni huesos, ni nervios, ni músculos. Como su religión les prohibía toda incisión en el cuerpo humano, hallábanse ignorantes de su conformación.

Las representaciones gráficas iban cubiertas de colores tan bien preparados, que han resistido hasta nuestros días el embate de más de cuarenta siglos. De preferencia, usaban los colores primarios: rojo, azul y amarillo y es solo en sus monumentos más recientes que comenzaron el uso del verde. La elec-

ción del colorido en las distintas figuras de sus inscripciones, no era dictada por el capricho particular del artista. sino que obedecía a fórmulas rituales y simbólicas. Fácil es observar, por ejemplo, en la generalidad de jeroglíficos, que las figuras del hombre eran pintadas de rojo y de amarillo las de la mujer; los pájaros de verde o azul y los cuadrúpedos de rojo.

Así pues, las artes se juntaban y obraban de concierto en los monumentos egipcios, dándoles gran magestad y belleza.

La arquitectura egipcia llegó a su más alta fase de desarrollo de las dinastías XVIII y XIX en las cuales brillan los nombres de Seti I y Ramsés II, quienes llevaron las victoriosas armas egipcias desde el dorado desierto líbico y las fértiles márgenes del Nilo, hasta la Etiopía, la poderosa Asiria, el Asia Menor, la Mesopotamia y aún hasta las lejanas comarcas que riegan las aguas del Ganges. La riqueza del mundo afluía al Egipto y las conquistadas naciones, convertidas en tributarias por el gran Ramsés, llenaban las ar-

cas del tesoro de Tebas. Fué en esta época en que se terminaron los grandiosos templos de Karnak (1) comenzados por el primero de los Amenofis.

Entre el soberbio grupo de edificios descuella el templo de Amón-Ra, consagrado al Sol, célebre sobre todo por contener en su recinto el famoso Hipostilo, maravilla del arte egipcio.

Un camino de esfinges de tres mil metros de largo formaba una majestuosa vía procesional desde el obelisco de Luksor hasta un patio enorme en cuyo centro se conservan aún dos filas de seis columnas de veintitrés metros de altura por tres de diámetro. Estas conducen a la gran sala hipostila, de ciento cinco metros de longitud por la mitad de anchura. La sala está cubierta de polícromos relieves e inscripciones que relatan gran parte de la Historia del Egipto. Encuéntrase en ella la memoria de la invasión de los Hyksos, la guerra con los Hititas, las campañas de los Ramsés y hay aún una pared con inscripcio-

---

(1) Los templos de Tebas han tomado en la actualidad el nombre de templos de Karnak, por la proximidad de la aldea beduina que lleva este nombre.

nes de la época tolomaica, relativamente reciente. Su techo está sostenido por doce grandes columnas y ciento veintidós menores, distribuídas en siete filas. Pásanse luego nuevas salas y nuevas columnatas coronadas por capiteles en forma de campana, capiteles adornados con hojas de palmera y con máscaras de Hathor y de Osiris, capiteles en forma de botón de loto y otros con la flor abierta; franquéanse por fin colosales «pylones», admirando de paso obeliscos terminados en una pirámide con la efigie del rey que los mandó levantar; y tras un peristilo oblongo adornado con grandes estatuas, se penetra al santuario, lugar sagrado donde se efectuaban los secretos ritos y los sacrificios.

Un velo de misterio cubría el interior del templo a la vista del profano. Solo los jefes del Estado, la casta sacerdotal y los iniciados gozaban de la pompa del ceremonial y tenían derecho a penetrar en el santuario. Era en los amurallados recintos del templo, entre las largas columnatas, los patios y los terrados, por donde marchaban las solemnes procesiones tan importantes en el culto egipcio. Solo cuando la Diosa Hathor (Isis) hacía una visita a su hijo Horus, desde la sagrada Denderah a la ciu-

dad de Edfú, veía el pueblo asombrado a las magestuosas procesiones que se dirigían al río y se embarcaban en dorados barcos. «Va «delante el cantor, con un símbolo de la músi- «ca y con dos libros de Hermes que contienen, «el uno himnos a Dios y el otro reglas de con- «ducta para el rey. Sigue el horóscopo con el «cuadrante y el ramo de la palmera, emblema «de la astrología y siempre debe llevar los cua- «tro libros de Hermes relativos a la astrolo- «gía. Marcha a continuación el sagrado escri- «ba, con plumas en la cabeza, un libro y una «regla en la mano y con la tinta y la caña de «escribir; y éste debe saber la jeroglífica, la «cosmografía, la geografía, el camino del sol, «de la luna y de los cinco planetas, la corogra- «fía del Egipto y del Nilo y todo el aparato de «ceremonias, la medida y la índole de cuanto «sirve para los sacrificios. Detrás va el esto- «lista llevando el cubo de justicia y la copa pa- «ra las libaciones y ha de estar instruído en «lo que concierne a la educación y al arte de «preparar las víctimas. Al último viene el «profeta sosteniendo entre los pliegues del «traje la urna sagrada, descubierta a la vista «de todos y seguido de los que conducen los «panes. El profeta, presidente del templo,

«debe aprender los diez libros sacerdotales «propiamente dichos y vigilar la distribución «de las rentas; los seis libros de Hormes que «trata del arte de curar, se dejan a los pastó- «foros, última gracia sacerdotal.» (1)

Sería prolijo enumerar, una a una, aunque fuera a grandes rasgos, todas las maravillas arquitectónicas del Egipto. Baste pues nombrar las principales y detenernos sólo en aquellas que ofrecen particular interés. Después de Karnak,el templo que contiene el maravilloso hipostilo, el inmediato Luksor es el más notable de los que bordan las riberas del Nilo, fecundas en mieses como en hermsos monumentos. En dichas márgenes se encuentra el Ramesseum, levantado para conmemorar las múltiples victorias de Ramsés II; la agrupación de templos de Medinet-Habú construídos por Ramesés III para su propia glorificación y perdurable memoria; los templos de Esne, Denderah, Bet-el Wali, el magnífico Abú-Simbel con sus cuatro estatuas colosales y el templo de Filé. en medio de una isla llena de palmeras y de acacias que

(1) Descripción de la procesión de Isis [Stromat. IV 4]. Clemente de Alejandría.

reflejan en las sagradas aguas sus verdes imágenes junto a las blancas de los ibis y las garzas que pasan volando.

Allí están en fin los templos de Mut y de Jonsú, notables sobre todo por enseñar de una manera clarísima el desarrollo de la flora ornamental egipcia en las distintas épocas de su construcción. Comienzan los primeros ensayos de decoración en los capiteles de las columnas que sostienen las vastas salas del templo de Mut, capiteles en forma de lotos, abiertos casi en línea recta, sin las gráciles curvas del lirio egipcio; capiteles en forma de botón de flor, estirados, ásperos, duros, sin el soplo artístico que más tarde les diera vida; capiteles de palmera, capiteles de campánula; frisos en que alternan los capullos con las corolas abiertas; las hojas agudas y largas, con los hermosos papyrus que crecen junto a las fuentes en los oasis líbicos. Nótase después un gradual refinamiento en las líneas y a las toscas y rudimentarias flores de los capiteles primitivos, rígidas y sin gracia, suceden bellos cálices de loto que remata la columna, con la naturalidad con que corona una flor, su tallo.

Notable también entre los monumentos

egipcios y considerado por Herodoto más sorprendente aún que las pirámides, era el famoso Laberinto, situado a orillas del lago Moeris. Más bien que un solo edificio era un conjunto de doce palacios, comunicándose entre sí. Alrededor de las doce salas principales, estaban dispuestas ciento cincuenta habitaciones con sus terrados, mandadas construír por los doce monarcas que reinaron antes de Psámetico, último de los Faraones antes de la dominación persa. Los que penetraban en el laberinto, sin conocer su complicado plano, se hallaban de pronto sin salida a través de innumerables pasillos: corredores, patios, terrados, cuartos y salas, decorados con gran profusión de ornamentos y adornados con un lujo desconocido aun en los templos de Luksor y Karnak. En el contorno y debajo de los palacios se hallaban otros grandes edificios subterráneos destinados a dar sepultura a los reyes y al alojamiento de los cocodrilos sagrados.

En el culto egipcio los animales hacían un gran papel, representando diversas deidades que gustaban de manifestarse en esa forma a sus fervientes adoradores. En el templo principal de Kom-Ombo dedicado a Horus—dios

de la luz—y a Sebek—dios de la obscuridad—reverenciábase a este último representado por un cocodrilo: en Edfú el dios Horus era un gavilán; en Hermópolis el dios Troth era adorado en un Ibis, ave a quien atribuían los egipcios «una pureza virginal y un inviolable amor al país nativo», en Heliópolis tenía su templo la garza Benú y los habitantes de Sepa eran devotos de Anubis convertido en chacal, el dios celoso guardián de los sepulcros, «el que abre el camino», «el que proporciona después de una madura vejez una buena tumba»...... El gato era también un animal sagrado y tenía su culto en Bubastis, donde aún se encuentran fosas con las osamentas de millares de estos felinos, enterrados entonces con religioso celo.

En la antigua Menfis se encuentra el Serapeum, templo descubierto por Mariette y consagrado desde la XVIII dinastía a los cadáveres embalsamados de los Bueyes Apis. El Apis nacía de una ternera fecundada por un rayo celeste. Era negra a excepción de un pequeño triángulo blanco en la frente y una media luna al lado derecho.

Al morir un Apis, el pueblo lo enterraba con toda solemnidad, se entregaba a riguro-

sas prácticas y vestía luto hasta que se descubría uno nuevo, al cual iban a buscar con gran pompa; se le conducía luego a un hermoso santuario abierto hacia el oriente y se promulgaba una brillante fiesta religiosa. Luego, se transportaba al afortunado buey al templo de Heliópolis, donde era alimentado durante cuarenta días con exquisitos manjares, y por último, se le llevaba al templo de Ftá, para que recibiera la general adoración del Egipto. En el Serapeum se encuentran los cadáveres de los Apis, en grandes sarcófagos de granito y en él están enterrados desde los muertos en la XVIII dinastía hasta los de la época toloméica.

Después de la dominación persa, que duró ciento veintiún años, el Egipto pasó al poder de Alejandro; y al hacer la separación de su vasto imperio, vino la dinastía de los Tolomeas (1) quienes hicieron a Alejandría la ciu-

(1) Pasamos por alto la arquitectura de esta época, por ser posterior a la griega. de la cual nos ocuparemos en el próximo capítulo.

dad principal del Egipto y el centro intelectual del mundo.

El pueblo egipcio, que nunca había podido acostumbrarse a la dominación de los persas, intolerantes a su religión, acogió de buena gana a los Tolomeos, quienes le dieron libertad de cultos y un gran bienestar material.

Esta fué la última época próspera de la gran nación egipcia, cuya arquitectura hemos venido estudiando.

Sus monumentos dan, a quien los contempla, la impresión de ser un pigmeo ante colosos impasibles; por doquiera lo monstruoso, lo grande, lo estupendo: perspectivas de interminables columnatas; titánicas estatuas en actitudes hieráticas y calmadas; gigantescos bajo-relieves, obeliscos altísimos, inmensos «propylones» abriéndose hacia el desierto; la esfinge—el monstruo fabuloso mitad mujer y mitad león—y en fin, esos enormes sepulcros regios, las pirámides, recortando el perenne azul del cielo egipcio, faros del desierto, faros de la Muerte en remotas edades, señal y sepultura a las que se dirigían las cansadas caravanas del desierto y de la vida.

La civilización egipcia fué la piedra fun-

damental, el primer escalón, la fuente y el abrevadero de las más grandes naciones de la antigüedad.

Su arquitectura, tan admirable en templos, palacios, obeliscos y pirámides, dió con sus formas y principios, los embriones que más tarde se desarrollaron de manera prodigiosa.

El Egipto fué la fecunda simiente de la cual nació el árbol del arte antiguo, cuyas más hermosas flores fueron Grecia y Roma.

ARQUITECTURA GRIEGA

MIENTRAS el gran imperio egipcio llegaba al zenit de su gloria, un astro nuevo emprendía altísimo vuelo....; un astro, un gran sol, un pueblo heróico y bello: el pueblo griego, el pueblo que habitaba esa pequeña península montañosa que, desprendiéndose de la Europa del sureste, avanza hacia el azul Mediterráneo entre una multitud de islas cubiertas por bosquecillos de laureles, olivos y mirtos.

De la Grecia antigua, de los tiempos de su prehistoria, nos quedan sólo las épicas narraciones que sembró al són de su lira un ciego bardo llamado Homero. Del Epiro a la Argólida y de la Tesalia a la Arcadia, iba de ciudad en ciudad, cantando en hermosos ver-

sos sonoros, las maravillosas proezas de los héroes antiguos.

Por algún tiempo solo los dioses existían; y cuando el hombre apareció sobre la tierra, vivía feliz y tranquilo, exento de preocupaciones y cuidados, hasta que la curiosidad, filtrándose en el corazón de una mujer, la hermosa Pandora, la hizo abrir una caja que contenía la tristeza, las enfermedades y toda otra clase de aflicciones y de males. Desde entonces, mil calamidades inundaron al mundo, y a la tranquila y sosegada vida que llevaran antes, sucedieron una existencia dolorosa y una maldad tan grande que hizo a Zeus enviar sobre la tierra una lluvia abundantísima que ahogó a la humanidad rebelde.

Deucalión y Pirra, únicos justos, fueron salvados de la general catástrofe en una arca que, al cabo de nueve días, descansó en la cima del Monte Parnaso. De ellos descendieron los dorios, los eolios, los aqueos y los jonios.

Por las antiguas leyendas pasan luego en cortejo las figuras de Perseo y de Hérakles, junto a la pléyade de argonautas que, al mando de Jasón, emprendieron lejana expedición en busca del vellocino de oro: luego, las inspi-

radoras de la tragedia: Fedra, Yecasta, Antígona y Andrómaca, en medio de un vapor de sangre y de pasión. Y tras de ellas, las sublimes epopeyas, los viriles versos homéricos de la Iliada y la Odisea, que describen la guerra de Troya y el viaje de Ulises, el gran rey de Itaca.

«Por Homero» dice César Cantú «la epo-«peya llegó a ser fuente de toda la civilización, «de todos los géneros de arte y de poesía; por «él los griegos fueron el pueblo poético por «excelencia. Desde que se leyó en las solem-«nidades, excitó la actividad de todos los in-«genios; Esquilo, Sófocles, Eurípides, descu-«brieron en sus poemas los elementos del ar-«te dramático; Herodoto, Demóstenes, Platón «tomaron de ellos el arte de narrar y perorar. «Los artistas sacaron asuntos para sus com-«posiciones. En suma, los poemas de Home-«ro fueron una fuente de arte y de poesía en «los primeros siglos y de ciencia y de inves-«tigación en el de Alejandro.»

Después del sitio de Troya, los helenos volvieron a sus distintos reinos, derrocaron dinastías, subyugaron nuevos pueblos y produjeron grandes cambios en el orden político. Las tribus conquistadas emigraron a las

cercanas islas y fundaron en ellas colonias que comerciaban contínuamente con la península y con las naves fenicias que llegaban del Asia Menor, cargadas de los productos de Oriente. Los jonios y los dorios no se quedaron largo tiempo inactivos y cruzando el mar jónico, llegaron a la fértil Italia, establecieron colonias en el sur de la península como Paestum y Sybaris; y en la isla de Sicilia fundaron la ciudad de Siracusa y la de Acragas.

Hasta aquí los hechos históricos son vagos e imprecisos y a menudo confundidos con los de las leyendas gloriosas. Junto a acontecimientos posibles, vemos fabulosas hazañas. Al lado de la figura de Aquiles, en su carro de guerra, arrastrando a Héctor ensangrentado en torno de los muros de Troya, contemplamos a la diosa Palas (Minerva) nimbada de luz, dando consejos sabios al errante rey Ulises. En adelante, en vez de cantos épicos hay claras fuentes históricas en que beber. Tenemos los escritos maestros de Herodoto, de Tucídides y del insigne Jenofonte, llamado «la abeja ática» por lo dulce de sus frases, que hicieron compararlo con aquellas rumorosas del Himeto, elaboradoras de la miel más rica de Grecia.

Dejemos un momento el hilo de la narración histórica que, cual otro de Ariadna, nos ha de conducir fuera del intrincado laberinto de los sucesos antiguos, y pensemos ahora sobre las creencias, el carácter y los ideales helénicos para después contemplar en particular el género de arquitectura que produjeron estos ideales, este carácter y estas creencias.

Consideremos primero su religión. El griego, de espíritu sano, no construyó como el egipcio y el hindú abstrusos simbolismos o complicados sistemas filosóficos. Amante cual ninguno de la luminosidad y la vida, no se dejó invadir por el contínuo pensamiento de la muerte, como el habitante de las riberas del Nilo, ni especuló sobre la profundidad de los destinos forjando enormes cadenas de vidas rumbo a un final Nirvana, como el hindú de las riberas del Ganges.

Su Dios, o más bien, sus dioses, eran la creación directa de su sano entendimiento. Eran dioses-hombres, dioses-héroes, sujetos a sus mismas pasiones, propensos al amor y al placer, a la venganza y al odio, a la hilaridad y al buen humor; dioses que prefieren a la olímpica ambrosía el sabroso jugo de la uva como el Baco jocundo; diosas del amor y de

la caza como la rubia Afrodita y la casta Artémisa; dominadores de los elementos como Hefesto, el rey del fuego, cuya enorme fragua es el Etna, y el dios Poseidón, señor del Océano, con su corte de Nereidas y de Náyades, de delfines y tritones; dioses, en fin, como el guerrero Aries, el mensajero Hermes y Hérakles y Eros y el cabrío Pan «el dios vagabundo, señor de las tempestades; el que hace rodar los astros y cuya voz imita los conciertos eternos del mundo; el dios amado de los boyeros y los pastores que gustan de las claras fuentes; el dios rápido que habita las colinas; el amigo del sonido; el dios querido de las ninfas......» (Himnos de Orfeo).

A través de los cantos pindáricos y de las odas de Safo se advierten otra multitud de seres mitológicos y fabulosos. Corren, entre el fácil metro helénico, los veloces centauros y los enormes cíclopes; óyese al divino Orfeo arrancar cautivadoras sonoridades a las cuerdas de su lira y se perciben las carreras fugitivas de las ninfas, entre el perfume de las espesuras floridas, y el estremecimiento de las blancas náyades, sorprendidas por velludos sátiros traviesos.

He aquí a sus reverenciadas deidades, a

su sereno y hermoso Olimpo.que más bien parece el sueño de un gran poeta o el ideal taller de un prodigioso escultor!

El espíritu griego no podía penetrar en la penumbra del ensueño místico La sombra le atemorizaba; amaba francamente el día, la vida, la luz.... Su ideal era terreno: un cuerpo hermoso y sano, (1) tan fuerte y tan apto para la lucha en la palestra como para la del campo de batalla. Hacer su vida útil al Estado, combatir por la patria, realizar grandes empresas heróicas y si fuera preciso, morir por alcanzarlas. «Más allá no ven na «da, y si hay un más allá, es para ellos como «ese país de los cimerios de que habla Home- «ro, pálida región de los muertos envuelta en «nieblas melancólicas en donde, semejantes a

---

(1) Aristófanes dice así a los jóvenes griegos educados en la palestra:

"Tendrás siempre el pecho lleno, la piel blanca, las espaldas anchas, las piernas grandes. Vivirás hermoso y floreciente en las palestras; irás a la Academia a pasearte a la sombra de los olivos sagrados, una corona de juncos en flor sobre la cabeza; con un amigo sabio de tu edad, a placer, perfumado por el buen olor del cedro y del álamo retoñante, gozando de la hermosa primavera, cuando el plátano murmura al lado del olmo."



«murciélagos, los fantasmas vienen en tropel, «con gritos agudos, a llenar y calentar sus «venas bebiendo en la fosa la sangre roja de «las víctimas.» (1)

Los dioses se comunicaban con los helenos por medio del oráculo de Apolo en Delfos. En lo alto de una colina y en medio de pequeños bosques en los cuales limoneros, cipreses y olivos combinaban sus limpios tonos verdes, se alzaba, magestuoso y solemne, el blanco templo del dios. Adentro, la extática pitonisa, sentada sobre un alto trípode, en medio de densos vapores y perfumados inciensos, con la boca crispada y sacudida por horribles convulsiones, balbuceaba palabras incoherentes, que los sacerdotes recogían con sus plumas de ave, en blancos papiros. Luego, leían al pueblo las palabras del divino Apolo y las interpretaban a su manera, dándoles sentido ambiguo, para que el hecho no desacreditara, más tarde, la profecía délfica. El oráculo era consultado para cuestiones nacionales y privadas, por legisladores y guerreros, por re

---

(1) Taine.—Filosofía del Arte. "La Escultura en Grecia."

yes y simples ciudadanos. Su influencia en Grecia era grandísima y su fama se extendía más allá de la península, hasta las colonias del Asia Menor por el oriente y las lejanas de Iberia, cerca de las columnas de Hércules, por el occidente. Las distintas razas griegas pensaban en Apolo como en un común profeta y este pensamiento fué siempre un fuerte lazo de unión entre ellos.

Hablemos ahora sobre su carácter. La raza griega era sobria y pura de costumbres, fácil de divertirse, amante de la naturaleza y de una ingenuidad incomparable. Sus gustos eran sencillos e infantiles. «Pasearse por «los jardines durante la noche, escuchar las «cigarras, sentarse a la luz de la luna tocando «la flauta; ir a beber agua a la montaña, llevar «consigo un panecillo, un pescado, un «lécy-«the» de vino que se bebe cantando; en las «fiestas de familia colgar una corona de folla-«je arriba de la puerta, ir con sombreros de «flores: el día de las fiestas públicas llevar «tirsos adornados con hojas, pasarse los días «bailando y jugando con cabras domesticadas: «estas son las diversiones griegas; diversio-«nes de una raza pobre, económica, eter-«namente joven, habitando un país encanta-

«dor, hallando su bien en ella misma y los do.
«nes que los dioses le han hecho.» (1)

El griego era amante de oír los cantos y las bucólicas de los pastores y los cabreros. Cuando, cansado de las preocupaciones y los negocios de Estado, abandonaba la ciudad, gustaba de encaminarse al campo y tenderse sobre la olorosa hierba, a oír cantar al son de la doble flauta el enamorado epitalamio de Bien o algún idilio pastoril a la manera del dulce Teócrito. En todos se nota ese impulso hacia la hermosura de la Naturaleza, ese gusto de vivir, ese sentimiento profundo de la Belleza, tan admirable entre los callados auditorios de Atenas que oían con delicia los versos de Anacreonte, el cantor de las rosas, del amor y del vino, como entre los ancianos de la Eolia que colgaban sus arpas sonoras de las copas de los árboles, para que el viento al pasar les arrancara suspiros hondos, largos lamentos, dulces notas tranquilas que les hicieran oír en sus vehementes imaginaciones la mágica flauta del dios Pan, poblando de dulces melodías los profundos silencios silvanos.

---

(1) San Pablo por Ernesto Renán, pág. 202.

Otra fase del carácter helénico era la afición a los ejercicios gimnásticos que acrecentaban su fuerza. «Mens sana in corpore sane» dice el conocido proberbio latino inspirado, sin duda, en la experiencia del caso griego.

Hemos dicho ya que el ideal de aquellos hombres era un cuerpo sano y hermoso. Eso era lo que deseaban, sobre todo, cuando desde niños se ensayaban en la carrera y en el pugilato; cuando cuidaban de su desarrollo físico con la misma solicitud y el mismo esmero con que un jardinero cuida de la más hermosa planta de sus prados. Que primero se hiciera el cuerpo digno de aposentar el espíritu. Que luchando en la palestra o arrojando el pesado disco de bronce a gran distancia, se hicieran los efebos musculosos y recios, de complexión robusta y de gustos varoniles. Que como los niños espartanos, marcharan cantando, descalzos y descubiertos a pesar de la lluvia y a pesar del sol, para después ser soldados acostumbrados a las marchas fatigosas, hechos a los trabajos rudos, disciplinados y obedientes a la voz del superior. Que pasaran su primera edad a la intemperie y en los gimnasios, aplaudiendo al vencedor de

los juegos olímpicos, coronando con hojas de laurel silvestre al primero en las carreras del estadío, admirando los bellos torsos de los atletas, las prodigiosas musculaturas de los luchadores y el elegante ademán del lanzador de disco, para después ser los enamorados de la gallardía y la belleza del cuerpo humano, los familiarizados con las hermosas actitudes, escultores exquisitos, como le fueron debidos al mismo medio, Fidias y Escopas y Praxíteles.

Educado el niño griego de tal manera, llegaba a su madurez sano y robusto, vigoroso y lleno de energías para emprender cualquier trabajo intelectual. Frecuentaba entonces las academias y las ágoras; oía con atención las discusiones de los sofistas, admiraba el fácil decir de los oradores de Estado y se interesaba en cuestiones filosóficas y avanzados problemas de geometría y de física.

En fin, después del cuerpo sano, venía el espíritu sano como lógica consecuencia, formando en su conjunto la raza más perfecta y más inteligente de todos los tiempos.

Tal fué Grecia y tales fueron sus ideales y sus aficiones. Veamos ahora la arquitectura producida por esta raza, arquitectura de

monumentos rientes, no para ser vistos destacando sus inmensas siluetas en medio de la noche, como los tristes egipcios, ni tampoco a la luz de descoloridos crepúsculos del norte como las místicas catedrales de Francia y de Alemania; sino en pleno sol; a la claridad de un cálido mediodía de verano, para admirar bien sus graciosas columnatas y sus armoniosos colores, sus dioses y sus héroes de mármol, que pueblan tímpanos y metopas y la lógica y la serenidad de sus hermosas líneas, dignas de un pueblo de filósofos y de artistas.

Los más antiguos monumentos que se hallan en Grecia, pertenecientes a la llamada Edad Heróica, son obra de los Pelasgos, antecesores de los dorios en el suelo griego. Son los tales monumentos, grandes construcciones hechas con piedras poligonales que, por su enorme tamaño y la fuerza necesitada para su manejo, hicieron pensar a los antiguos en una gigantesca raza de cíclopes, pobladora en aquel lejano entonces del país helénico.

Dédalo representa la fase oriental y mítica del héroe-arquitecto y su nombre ha llegado

hasta nuestros días. como sinónimo de Laberinto, en memoria del que él construyó en Creta, a semejanza del egipcio, al tiempo que los cíclopes levantaban las altas torres de sus fortalezas. En aquel tiempo las ciudades griegas deben haber presentado un aspecto áspero y guerrero; circundadas de murallas altas, sus acrópolis arriba de escarpadas colinas y llenas de torres fortificadas, daban una impresión de sombría hostilidad al viajero que se aventuraba a pasar delante de aquellas fieras construcciones, levantadas entre peñascos, como nidos de valientes águilas.

Pertenecen a la arquitectura pelásgica y son sus más notables ejemplos: la Acrópolis de Micenas con su «Puerta de los leones» y el Tesoro de Atreo cerca de la referida Acrópolis. La primera parece haber sido construída en tres distintas épocas si se observa la diferencia entre las piedras que la componen. Su puerta principal está formada por dos grandes piedras verticales y una horizontal, sobre ella, sirviendo de dintel. Encima y a la manera de un ático en embrión, se encuentra una cuarta piedra triangular con un bajo-relieve, que representa dos leones parados sobre sus patas traseras y que apoyan

las manos sobre una especie de columna invertida. El otro monumento era el lugar donde Atreo y sus hijos guardaban los tesoros. Su entrada es más ornamentada que la «Puerta de los Leones» en la Acrópolis de Micenas. Se inician ya en el diseño los elementos de un orden: la columna esbelta y hermosa, descansando sobre su pedestal y coronada por un capitel semejante al dórico; el entablamento dividido en sus tres partes principales y el triángulo del tímpano, ya menos rudimentario que el del ejemplo anterior. Un largo corredor lleva de la puerta descrita a una sala circular, cuyos muros encorvados regularmente, forman una bóveda: la primera de que se tiene conocimiento y que vino a ser la precursora de tantas maravillas.

La arquitectura propiamente griega comenzó a florecer al mediar el séptimo siglo A. J. C. Fueron los dorios y los jonios quienes desarrollaron este arte y ellos quienes dieron sus nombres a los dos órdenes que predominaron en los tiempos clásicos.

La columna llegó a ser en Grecia el principal elemento arquitectónico y al contrario de los egipcios que la usaban casi exclusivamente como soporte interior, los Helenos ha-

cían de ella motivo de decorado y la prodigaban en sus plazas y en sus templos.

El origen de la columna dórica, cuyo orden fué el que alcanzó mayor perfección, es tema de discusión aún en la actualidad. Unos la hacen descender de las construcciones de madera primitivas, basándose en la aserción de Pausanias respecto a las primeras columnas del Heraion de Olimpia; otros dicen que los Dorios trajeron la idea del Asia y otros aún las derivan de las de Beni-Hassan, en el Egipto, con las cuales, en efecto, tienen extraordinaria semejanza. Sin embargo, «parece extraño, admitiendo esta última hipótesis, que los griegos hayan pasado a través de los espléndidos templos de Luksor y de Karnak para copiar, al fin, una insignificante tumba perdida entre las agudas rocas de las riberas del Nilo.» (Hamlin, Hist. of Arch. página 50.)

El origen del capitel jónico es igualmente obscuro. Varias teorías han sido sostenidas respecto a su génesis y mientras unos, arguyendo la derivación de las formas arquitectónicas de otras primitivas en madera, ven las volutas como una reminiscencia de los tajos que (enroscados en espiral) eran dejados como

adorno en los troncones que sostenían las cabañas primitivas, otros hacen proceder las mencionadas volutas de las del capitel asirio y otros aún dicen que fueron sugeridas por la espiral de un caracol, motivo favorito de los pueblos primitivos y frecuentemente hallado en obras del arte micenio. De todas maneras los griegos perfeccionaron este motivo, a tal grado, que apenas si se encuentra afinidad entre los elegantes capiteles del Erectión y del templo de Nike-Apteros y sus prototipos, ya sean asirios o micenios.

Del período Arcaico (de 650 a 500 A. J. C) nos quedan el templo de Apolo en Corinto, el del Norte en Selino y el de Zeus en Agrigente, templos dóricos los tres, pesados y toscos, pero ya completos en sus partes, constituyendo un paso en el desenvolvimiento del orden.

Ni de este período ni de los siguientes, nos queda un solo ejemplo de la arquitectura doméstica de los griegos. La dulzura de su clima les permitía vivir al aire libre y su carácter de ciudadanos les hacía estar casi todo el tiempo en la «ágora», lugar público de reunión. Era al aire libre donde los sofistas discutían, al aire libre donde los oradores de Es-

tado arengaban al pueblo y al aire libre donde los jóvenes griegos ejecutaban sus juegos gimnásticos. Una vida tan poco doméstica, mal podría haber desarrollado este género de arquitectura. En cambio, sus nociones tocantes a la Divinidad, su reverencia a los antepasados y los sacrificios ofrecidos a los dioses que velaban sobre su comunidad, hicieron que el templo—símbolo de la unión de un grupo en comunión de ideas y de sentimientos—fuera el monumento por excelencia de su arquitectura.

El templo griego era en extremo simple: el «naos» conteniendo la estatua de la divinidad, a donde sólo los sacerdotes tenían derecho a entrar, el «opistodomo» cámara en que se guardaban los tesoros y las ofrendas, una columnata que en los templos más grandes rodeaba el contorno, un pórtico al frente y coronado el conjunto por un techo de madera inclinado hacia los lados y cubierto generalmente por mármol o ladrillos de terracota. Y en una obra tan sencilla tenemos cuanto de más bello se ha producido hasta nuestros días. Para comprender esta belleza, o al menos, para tener una idea del punto de perfección que alcanzó el referido templo, vamos a

seguir a grandes rasgos el curso de la evolución de sus formas, desde la cabaña de los primitivos helenos hasta el admirable Partenón, la apoteosis de su arte.

Todos los elementos principales del templo griego tienen su origen en construcciones anteriores: las graciosas columnas que sostienen su entablamento son los troncones de árboles que soportaban el techo de la cabaña; el tímpano que corona el pórtico evoca con su forma los mismos troncos encontrados (como los brazos de la armadura moderna) sobre los que descansaba la cubierta de la cabaña; los escalones, encima de los que se sentaba la casa para precaverla de las inundaciones, vienen a ser las escalinatas (estilobato); las cabezas de las vigas vistas de frente y sus intervalos dan idea de los triglifos y las metopas (1) del friso. El «naos» y el «opistodomo» se derivan de los cuartos de la casa primitiva y el mismo adorno de flores y follaje, tan usado entre los primitivos helenos, se hace en el templo motivo de decorado, junto a los relieves que re-

(1) Se sabe que en los primitivos templos griegos las metopas se dejaban abiertas, como los espacios entre las cabezas de las vigas. Hamlin. Hist. of Arch. pág. 49.

presentan los viejos hechos gloriosos de sus héroes y sus dioses.

Desde los primeros templos dóricos hasta el Partenón hay una línea no interrumpida de sensibles adelantos: la columna, pesada y tosca al principio, se adelgaza y se alarga; toma en sus dos terceras partes superiores una ligera curvatura que la asemeja a la esbelta palmera; el «echinus» de su capitel se hace elegante como el contorno de una ánfora, las proporciones del entablamento se mejoran, el ángulo del tímpano se recoge y cúbrese el templo de relieves y esculturas. El refinado sentido estético del griego lo obliga a observar que los contornos de la columna de fuste liso se pierden en la luz y que sus líneas son vagas e imprecisas. Hace entonces pequeñas canales verticales a lo largo del fuste, quedando los huecos en la sombra y brillando las aristas en plena luz. Nota luego que las columnas exteriores parecían inclinarse hacia fuera y enmienda este defecto dándoles una leve inclinación hacia dentro.

Hace más gruesas las columnas del ángulo y menores los últimos intervalos, dando así al ojo la satisfacción de la solidez y la fuerza en las esquinas del monumento. Diseña lige-

ramente convexas las líneas horizontales del entablamento para evitar su aparente concavidad. Pinta el tímpano del frontón de un azul obscuro sobre el que se destacan las esculturas que lo adornan, cubre de rojo obscuro los muros de la «cella,» para hacer resaltar las claras columnas; juega con la luz y la sombra, combina los jaspes con los mármoles, el oro con el marfil; corrige la vista, harmoniza los tonos, coloca sus templos arriba de colinas, entre bosquecillos de cipreses y mirtos, sobre azules perspectivas de cielos y de mares. Pasa el adelanto por los monumentos de Egina y de Paestum y llega por fin al Partenón. a la maravilla arquitectónica insuperada e insuperable, a la obra de arte más grande y más perfecta que nos ha legado la más perfecta y la más grande raza que ha atravesado por nuestro globo.

El Partenón se construyó en el siglo de Pericles por los arquitectos Ictino y Calícrates y por el escultor Fidias, quien hizo la estatua de oro y marfil de Palas Athenea y diseñó las esculturas del tímpano, los bajo-relieves de las metopas y el friso exterior de la «cella» que representa la «Procesión Panateniense.» El templo es peripteral, con ocho columnas en

cada frente y diecisiete en cada lado y fué hecho como santuario a la estatua de Fidias. Sin embargo, no es sólo por los artistas que levantaron el Partenón por los que se alcanzó tal triunfo en la feliz combinación de la arquitectura y la escultura; sino simplemente por el orden natural y como consecuencia del grado de civilización alcanzado en una época extraordinaria.

Todo gran movimiento de arte ha sido precedido por un movimiento en la literatura. En ese siglo de oro florecía el genio griego en todo su esplendor. Esquilo, Sófocles y Eurípides escribían sus inspiradas tragedias; Herodoto y Tucídides daban forma a la historia; Aristófanes lanz ba sus finas sátiras, como agudos dardos; y l profundo Anaxágoras asombraba al mundo con nuevos pensamientos.

Después de sus victorias gloriosas sobre los persas, en los años que precedieron la guerra del Peloponeso, los atenienses gozaron de una era de paz y de regocijo.

Engalanose la ciudad y levantó en su acrópolis soberbios monumentos. Prodigáronse las diversiones; los juegos olímpicos revistieron mayor esplendor; la tragedia se repre-

sentó al aire libre, en anfiteatros tallados en la roca; las procesiones subieron a los templos, a depositar las ofrendas sagradas; Pericles se rodeó de filósofos y de artistas y los ciudadanos atenienses gozaron de la vida fácil y muelle de su Atènas, mientras la sobria Esparta veía con ojos celosos a su rival.

Fué en medio de esta época de lujo y de refinamiento, cuando el austero estilo dórico fué sustituído por el jónico, más sensual, más femenino y por lo tanto más correspondiente a la época.

Lució la Acrópolis sus monumentales Propileas, obra maestra de Mnesicles, en las cuales los dos órdenes expresados se combinan con gracia y magestad; fué entonces cuando se levantó el Erectión, ejemplo sin igual del jónico y en cuyo plano el ingenio helénico se pone de relieve al vencer las dificultades de la irregularidad del terreno, obteniendo el templo tal vez más elegante de toda la Grecia. Por último mencionaremos como perteneciente a la época de Pericles el templecito de la Victoria sin alas (Nike Apteros), también jónico y de una admirable ejecución.

Un período de reacción siguió a la actividad arquitectónica del gobierno de Pericles.

La guerra del Peloponeso, que mató en flor la juventud de Atenas, quitándole la supremacía, y se llevó con ella todo cuanto de grande, de bello y de noble alentaba, marcó el fin de la carrera gloriosa de la ciudad helenica.

No que la fuente de su ingenio se hubiera secado, pues quizá más alto que nunca voló entonces el pensamiento griego; sino que con la derrota se fueron las energías y dejaron en su lugar un profundo desaliento. Pero el espíritu de la raza, su genio filosófico, su inspiración y su intelecto existían aún, y tal vez, como decíamos, más potentes y más altos que nunca. Sócrates vivía y con él Esquines y el cínico Antístenes y Arístipo y Pirron el escéptico y el geómetra Euclides y el divino Platón y con éstos sus discípulos, formando todos una malla sutil con que envolvían la Helenia y la mantenían a gran altura, a pesar de sus desgracias y de sus guerras fratricidas.

Páginas brillantes de conquistas, gloriosos hechos de armas, batallas que evocan por su furia las legendarias homéricas, siguen en la Historia al momentáneo decaimiento de la heróica nación. Bajo Filipo y Alejandro Magno, la Macedonia (que hasta entonces no había ocupado lugar preponderante en la políti-

ca griega), tórnase conquistadora y avasalla toda la Grecia. Luego, el gran Alejandro marcha hacia el Asia, vence a Darío, subyuga al Egipto, funda Alejandría en la desembocadura del Nilo, vuelve hacia Persia, toma Babilonia, toma Persépolis y marcha hacia la India. Proyecta luego expediciones a la Arabia, al Africa y a la Europa Occidental, aspirando al dominio universal, y la muerte le sorprende en medio de su delirio de grandezas. El triunfo de Macedonia inauguró una nueva época de magnificencia artística. Ya no fué, sin embargo, la noble simplicidad del dórico ni la elegancia femenina del jónico, el ideal arquitectónico de la época; sino más bien la suntuosidad del orden corintio, tan en consonancia con el gusto por el lujo y el esplendor asiáticos, adquiridos en las tierras que conquistó Alejandro.

En los tiempos de sobriedad y de labor, de austeras costumbres y de sencillez en las diversiones; en los períodos arcaicos y de transición, fué el estilo dórico el preferido y el desarrollado en la multitud de templos que precedieron al Partenón. Después de la expulsión de los invasores persas, en los años de paz de que gozó la Atenas triunfante, en-

vanecida, rica, ávida de placeres tras las fatigas de la guerra, vino un período de lujo y de molicie, en el que como dijimos ya, el estilo jónico, menos simple y menos viril que el dórico vino a tomar su lugar; así como un espíritu de refinada elegancia había sustituído el alma arrogante y guerrera de la pasada edad.

En la última parte del siglo cuarto A. J. las victorias de Alejandro marcaron un tercer cambio en el carácter helénico y por consiguiente un tercer orden arquitectónico, correspondiendo con el espíritu general, vino a imponerse en Grecia, con la naturalidad con que se impusieron sus dos predecesores, aunque con menos duración debido a la carrera tan corta del héroe que más contribuyó a dicho cambio.

Este orden, más rico en adorno que el jónico y cuyo completo desarrollo tocó a los Romanos, fué el corintio. Cuéntase que su hermoso capitel fué sugerido a Calímaco por un canastillo con frutas que, depositado como ofrenda en la tumba de una joven, fué envuelto por las hojas de un acanto que ahí crecía, de manera tan elegante y sencilla, que llamó la atención del artista, el cual lo copió y formó un modelo para el capitel de dicho orden.

A la edad de Alejandro pertenecen los templos de Apolo Dídimo en Mileto, el famoso Artemiso, el monumento a Lisícrates conmemorando su victoria en las competencias corales y una multitud de lujosos sarcófagos.

Vienen después los monumentos de la Decadencia y del período Romano, menos notables que los precedentes y de los que solo mencionaremos la Torre de los Vientos, el Mausoleo de Halicarnaso en la Caria, soberbiamente decorado por el escultor Escopas y finalmente el colosal templo corintio de Zeus Olímpico en Atenas, notable por la fina ejecución de los capiteles de sus columnas y por su exhuberante decoración, modelo que fué, más tarde, de muchos monumentos romanos.

—— ——

Cuando se contempla el desarrollo de la civilización helénica a través de guerras y calamidades, cuando se ve en las brillantes páginas de la historia griega, su marcha segura, desde el sitio de Troya hasta la destrucción de Corinto; y se pierde la mirada del observador en una inmensa perspectiva en que se aglomeran las figuras de los héroes legendarios y de los míticos dioses y se nota el in-

cesante pasar de los sucesos: las guerras y los conflictos; la invasión persa, la supremacía de Atenas, la guerra del Peloponeso, la supremacía de Esparta, la de Tebas; la influencia de reyes, oligarquías, tiranos y democracias; la carrera y las conquistas de Alejandro y los mil y mil sucesos que conmovían siempre a los griegos; cuando se contemplan sus contínuos trastornos y su perenne agitación, causa maravilla que un arte tan perfecto, tan puro. tan sereno, haya podido levantarse en medio de tan adversas circunstancias.

Más admirable aparece entonces el espíritu de la Grecia, ese espíritu enamorado eterno de la Belleza que exclama con el sublime Platón:

«Lo que puede dar precio y valor a esta «vida es el espectáculo de la Belleza eterna.... «¡Cuál no sería el destino de un mortal a quien «fuere dado contemplar la Belleza sin mezcla «ninguna, en su pureza y simplicidad; no re- «vestida de carne ni de colores humanos ni de «todos esos vanos adornos condenados a pere- «cer! ¡Quién será el dichoso que podrá ver, ca- «ra a cara, en su forma única, la Belleza divina!»

He ahí el espíritu griego!

Hemos contemplado ya una fase del arte que produjo!

ARQUITECTURA ROMANA

CUENTA el poema virgiliano (1) que, cuando los sitiadores de Troya consiguieron apoderarse de la legendaria ciudad, Eneas, hijo de Anquises y de Venus, logró escaparse en compañía de otros troyanos y se hizo a la vela rumbo a la fértil Italia. Por mil aventuras pasó durante su navegación, el héroe troyano quien, protegido por su amable madre, desembarcó en costas del Lacio, en el reino de Latino, a cuya hija Lavinia cúpole en suerte conquistar.

La Italia presentóseles desde su llegada adornada con pompa primaveral. Acostumbrados a su infecundo y sinuoso país, impues-

---

(1) La Eneida.

ta su vista a las perspectivas quebradas por líneas de enormes montañas y a la esterilidad de sus campos, gozaron entonces de la fertilidad del suelo italiano. La inmensa campiña extendia sus planos verdes, abundantes en pastos, surcados por riachuelos y salpicados por límpidas fuentes; las colinas adornadas de pámpanos y viñedos; los olivos, los cipreses y los naranjos de dorado fruto; los granados en flor, los rebaños y las vacadas paciendo entre el esmeralda de los campos; y todo bajo la tranquilidad de un cielo de intenso azul......

La belleza y la abundancia del país deben haber influído no poco en los troyanos emigrantes que hicieron del Lacio el término de su azaroso viaje. Fundaron allí la ciudad de Alba Longa y la espléndida dinastía de la cual descendieron Remo y Rómulo, la víctima y el fratricida que fueron amamantados por la emblemática loba.

En el valle que riega el Tiber, en el lugar en que se levantó más tarde la cesárea Roma, Rómulo pasó el arado, abrió un surco que señalaba los contornos de una ciudad y comenzó a construír un cerco para fortificarla. Remo tiró un pedazo del muro fresco aún y le

dijo a su hermano: «Así destruirán tus enemigos la ciudad que levantes», y Rómulo le contestó: «Así castigaré yo al osado que intente hacerlo», y tomando una gran hacha de piedra, le mató.

Tal fué, según la leyenda, la fundación de la augusta ciudad: amasados sus cimientos con sangre, amamantado su primer hijo por una fiera. He ahí la primera página de la historia de Roma, página que es un presagio del orgullo y de la crueldad que flotaron sobre esa raza de conquistadores feroces y sanguinarios Césares.

Rómulo reinó sabiamente sobre la ciudad y ésta comenzó a crecer por grados. El rapto de las Sabinas ocasionó una guerra contra este pueblo, guerra que terminó con la fusión de los dos. Vienen luego la rivalidad entre Roma y Alba Longa y la célebre lucha entre los Horacios y los Curiacios que dió la victoria a la primera. Sucédense los reyes, derrócase la Monarquía y se establece la República.

El culto de los romanos era casi en todo semejante al de los helenos. Sus institucio-

nes religiosas fueron formadas, casi en su totalidad, por Numa, quien edificó el templo de Jano, «dios que bendice los principios y los fines de todas las acciones», templo que permanecía abierto en tiempo de guerra y cerrado en tiempo de paz. Aparte de Jano reverenciaban a Júpiter, guardián de Roma; a Saturno, a Minerva, a Vulcano, a Venus y a Marte. Un bello culto añadieron los romanos a la herencia que recibieron de los griegos: la veneración de Ceres, diosa de los campos, señora soberana que protegía al labrador y bendecía la simiente arrojada entre los surcos, haciendo brotar del fértil suelo de las campiñas, la abundante cosecha de dorados granos. Otra divinidad agreste era Palas, diosa de los pastores, a quien consagraban éstos sus cabritos más tiernos y sus más blancas ovejas.

Los Romanos sostenían colegios que cuidaban de llenar ciertos ritos especiales: tales eran el de las seis vírgenes vestales que custodiaban el fuego sagrado de Vesta; el de los doce sacerdotes de Marte que salían en solemnes procesiones, con sus túnicas color de púrpura, sosteniendo las corazas simbólicas y cantando himnos a su dios; y el de los augures que leían la divina y todopoderosa vo-

luntad de Júpiter en el zig-zag luminoso de un relámpago o en el vuelo tranquilo de una bandada de pájaros.

Tenían, además, los Romanos, dioses tutelares que veneraban en el larario y multitud de divinidades que velaban sobre todos los actos de su vida.

Seguidos, al principio, los ritos con gran apego, por los primitivos pobladores del Lacio, fueron poco a poco olvidados al tiempo que crecían su orgullo y sus conquistas. Deificaron, entonces, a sus Césares. Les hicieron pontífices máximos y diéronles el título de divinos. En medio del refinado sensualismo que les trajo su riqueza, confundieron lastimosamente sus ceremonias religiosas con ritos obscenos, celebrados ya públicamente como las pompas báquicas descritas por Varron, ocultos como los que llegaban a la señorial Roma de la Etruria y la Campania, como un tributo más de las conquistadas provincias. Voces aisladas de austeros moralistas se levantaban, de vez en cuando, para condenar con tono severo las infamias y el oprobio con que se cubría Roma: voces como la de Séneca, el filósofo estoico, quien abandonó gustoso y sereno una vida que no ofrecía más para su

alma superior, que el espectáculo de la bajeza y de la crueldad sanguinaria.

El carácter romano de los primeros tiempos presenta los tipos más completos de superioridad: (1) viriles, sobrios, austeros, prácticos, fríos patriotas que iban a la muerte con una sonrisa despreocupada; amantes de su trabajo, levantaron lentamente, con pausado ademán de obreros inconscientes, el pedestal fortísimo en que se asentó más tarde, el alma conquistadora que avasalló al mundo.

Tipos de hombres superiores: un Cincinato que sorprendido por el mensaje del Senado en rústicas ocupaciones, pónese la toga para recibirlo con dignidad, colócase al frente de las legiones y después de vencer al enemigo, rechaza los honores y la aclamación entusiasta de la muchedumbre y vuelve a la soledad de su huerto a manejar, tras la exterminadora espada de mando, el sencillo azadón que prepara la tierra a recibir la si-

---

(1) Saint Evremond, hablando de los Romanos de esta época, dice: "Sus cualidades principales fueron, a mi concepto, el valor y la firmeza: emprender las cosas más difíciles, no asombrarse de ningún peligro, no desanimarse por ninguna pérdida."—"*Reflexiones*."

miente; un Camilo, valiente y oportuno, que salva a Roma y expulsa a los Galos invasores en el momento en que Breno lanzaba su «Vae Victis» ante el suplicante Senado; un cónsul Decio que hace el sacrificio de su vida, arrojando su carro de combate en medio de las compactas filas de los enemigos de su patria y perece, atravesado por mil picas y dardos, dando valor y victoria, con su ejemplo, al desalentado ejército de Roma; un Espurio Melio, el generoso plebeyo que gasta toda su fortuna en alimentar al pobre y es muerto después ignominiosamente, imputándole el Senado ambiciones que no tuvo; un Manio Curio Dentato, un Catón y, en fin, unos hermanos Gracos, nobles, justos, reformadores de crueles leyes, amantes del pueblo y compadecidos de su miseria, y quienes murieron víctimas de sus ideas valientemente expuestas en un medio tan adverso a ellas.

Esos son los Romanos representativos de esa edad, como diría Emerson, caracteres bien templados, máximos contribuyentes a la grandeza de Roma.

Tras de doscientos cincuenta años de monarquía, se desarrollaron los cinco gloriosos siglos de la República en que Roma acrecen-

tó su poder, dominó toda la península itálica y venció en mar y en tierra a su rival Cartago. Fueron cinco grandes siglos de luchas sociales en que los plebeyos conquistaron lentamente sus libertades públicas; cinco siglos en los cuales las águilas romanas emprendieron un vuelo triunfal por el mundo entero y las invictas legiones aterrorizaron a los bárbaros de largos cabellos, empujándolos hacia el fondo de sus tupidos bosques.

Roma creció desmesurada en poder y en orgullo. Su inmensa fuerza estaba en el ejército, en sus disciplinadas y valientes legiones, cuyo solo nombre causaba espanto a los innumerables pueblos conquistados.

La edad de los estadistas había pasado ya, cediendo su lugar a la de los grandes generales.—Por eso al aparecer Cicerón, a quien su elocuencia y el haber descubierto la conspiración de Catilina habían llenado de gloria, le vemos empequeñecido, al compararle con las espléndidas figuras de Mario, de Sila y de Pompeyo.

Mario y Sila fueron los primeros en hacer comprender a los romanos que aquel que tuviera bajo sus órdenes al ejército, tendría a Roma bajo sus pies y fué Pompeyo, en su gue-

rra contra Mitrídates, quien enseñó cuán benéfica sería al mundo romano la autoridad en las manos de un solo hombre. (Botsford).

Consciente o inconscientemente, fueron ellos quienes prepararon el camino al gobierno absoluto de los Emperadores. Julio César, encarnando la omnipotencia romana, después de su conquista de las Galias y de su expedición a la isla sagrada de los Druidas, aprovechó la lenta preparación de los cinco siglos anteriores y se hizo nombrar dictador, cónsul, censor, pontífice máximo e «imperator», convirtiendo al Senado en Consejo y limitando su antiguo poder. Al entrar triunfante en Roma, rodeado de sus ejércitos, seguido de miles de prisioneros entre quienes podíon admirarse desde al gigante germano de ojos claros y rubias melenas, hasta a la pálida druidesa de alba túnica y hoz de oro; al entrar a la augusta ciudad de las siete colinas con todo el prestigio del conquistador y con la omnipotencia de su mando absoluto sobre las legiones. el pueblo entero prorrumpió en un grito de admiración. Su voluntad fué la suprema ley y la adulación del romano llegó hasta levantarle una estatua, en el Capitolio, junto a la de Júpiter, con esta inscripción: «A

César, semi dios.» He ahí al romano antiguo convertido en abyecto cortesano!

César nombró para que le sucediera, a Octavio, joven pariente suyo que ya hacía hablar de su claro talento; puso buenos gobernadores a las provincias; dió la ciudadanía a los galos y fué muerto por el homicida golpe de los puñales de Casio y de Marco Bruto.

Poco tiempo después Octavio, con el nombre de Augusto, subió al poder, marcando con su ascenso al trono, el comienzo de los cinco funestos siglos del imperio, con su enorme cadena de infamias y el largo desfile de sus crueles Césares, ante los ojos atónitos de las naciones lejanas, deslumbradas y vencidas.

César Auguste fué omnipotente. ¡Nunca hombre alguno ha reunido en sus manos tal suma de poder! ¡Nunca sueño de ambicioso logró alcanzar el vértice altísimo, el pináculo de gloria sobre el que se asentó la magestuosa figura de este César!

Emperador y Pontífice Máximo reinaba desde lo alto del Palatino, recibiendo durante los cuarenta y cuatro años de su reinado, la general adoración de Roma.

«Toda la savia de una raza fuerte. todas

«las victorias amasadas y todas las fortunas «esparcidas aún, se ensancharon en Augusto «con esplendor excepcional, que nunca debía «volver a sustentar brillo semejante. Fué ver- «daderamente el amo de la tierra, con los pies «sobre la frente de los pueblos conquistados «y pacificados, en medio del estado florecien- «te del arte y de las letras. Parecía haberse «satisfecho en él la antigua y ruda ambición «de su pueblo que, durante siglos de conquis- «ta paciente, había luchado por convertirse en «el pueblo rey.» (Roma.—Emilio Zola).

Octavio Augusto venció a los cántabros y a los asturianos rebeldes. Los indios, los etíopes y los partos buscaron su alianza, amedrentados. Cerráronse las puertas del Templo de Jano. Todo el universo vivía en paz bajo su imperio (1) y Jesucristo nació de gente humilde en la Judea.

(1) "Augusto estableció el orden, es decir, una servidumbre durable, porque en un estado libre donde se usurpa la soberanía, se llama regla todo lo que puede sostener la autoridad sin límites de uno solo; y se llama confusión, disensión, mal gobierno, todo lo que puede sustentar la honrada libertad de sus sujetos."—Grandeza y Decadencia de los Romanos. Montesquieu.—Cap. XIII, pág. 103, Ed. Fr,

Tal era el estado del mundo cuando esa gran luz apareció en Oriente: luz cuyos suaves reflejos guían todavía hoy a un tercio de la humanidad. Cuando todo era ambición y codicia, Cristo predicó la renunciación: cuando todo era orgullo y vanidad, enseñó con su ejemplo la modestia y la humildad. Confortó al triste; dió la mano al caído y dijo «Hermano» al esclavo. Saludaba con la palabra «Paz» y predicaba que, siendo todos hijos de Dios, el siervo era igual a su señor. Esta semilla, arrojada en la Judea entre gente rústica, fué llevada a la señorial Roma y germinó de tal manera que, al cabo de dos siglos, los frutos cubrían su suelo por completo, amenazando primero al paganismo y venciéndole después por la virtud de su fuerza.

A la muerte de Augusto, sucede el trágico desfilar de las figuras imperiales: primero el funesto Tiberio, de humor sombrío, viviendo lejos de Roma, entre un grupo de delatores y de cortesanos quienes, por adularlo, llegaban hasta el oprobio. Luego, el frenético Calígula, sediento de sangre, que alimentaba las fieras con carne de prisioneros y se divertía haciendo luchar con tígres y leopardos a los más viejos y achacosos de sus gladiado-

res; luego Claudio, semi-idiota, glotón, envenenado por el mismo que él nombrara como sucesor. Después Nerón, el monstruoso parricida, el incendiario de Roma que acusó a los cristianos de su crimen y decretó su persecución; sucédense luego Galba, Oton y Vitelio añadiendo, con sus reinados, una nota infamante a la historia de Roma; vienen después los Flavios, Vespasiano y Tito, abriendo un paréntesis de justicia y de bondad, cerrado a la aparición de Domiciano, César cuya sombra trágica hacía temblar al mundo entero. Siguen emperadores tras emperadores; unos buenos y justos como Nerva, Trajano y el estoico Marco Aurelio; otros, los más, crueles y sanguinarios, cebándose en la naciente secta cristiana, decretando persecuciones, arrojando mártires a sus anfiteatros, condenándolos a los más horribles suplicios y viéndolos morir heróicamente, sostenidos por la fuerza interior que les daba su fe.

Al subir Constantino al trono, la capital del Imperio fué cambiada a Bizancio, disminuyendo, por lo tanto, la importancia de Roma. En estas circunstancias y no contando el gobierno con gente a propósito para la guerra, contrató germanos mercenarios para for-

mar sus ejércitos. Estos y los cristianos, naturalmente hostiles a un gobierno basado en la idolatría, comenzaron a minarlo, logrando al fin su completa destrucción.

Hemos pintado ya, a grandes rasgos, el medio romano, del que brotó, como flor de orgullo y de crueldad, una arquitectura de palacios y de circos, de termas y de arcos triunfales; una arquitectura que aprovechó la herencia que le dejara Grecia, usando sus elementos en nuevas combinaciones, adaptando sus estilos a edificios creados por sus propias necesidades y cubriendo las cimas de las siete colinas romanas con una gran corona de templos y palacios, cuyas magestuosas ruinas son aún el asombro del mundo.

La arquitectura romana del período republicano es etrusca en la mayoría de los monumentos, cuyos vestigios diseminados en el norte de la península itálica, enseñan al arqueólogo, junto a los muros de antiquísimas ciudades, una multitud de templos y de tumbas caracterizados por una hábil construcción y una falta absoluta de gusto estético.

En los monumentos etruscos: tumbas, templos y puertas de ciudades, vemos aparecer el arco, elemento que, combinado con otros de procedencia griega, le dió su sello especial a la arquitectura romana y permitió por sus cualidades constructivas realzar con tanto señorío y tanta grandeza, los espléndidos edificios de los períodos posteriores.

En los últimos tiempos de la república, el Foro Romano estaba ya cubierto de magestuosas construcciones entre las que se erguían, hermosos y augustos, los blancos templos del Capitolio rodeados de murallas y el Templo de la Concordia donde se verificaban las sesiones del Senado y donde una vez se alzó solemne el alado apóstrofe de Cicerón al abyecto Catilina, ante los senadores atónitos y aterrorizados. En esa lejana época ornaban ya el Foro los templos de Faustina y de Antonino, el de Castor y Polux y el de Saturno, juntos con una multitud de columnas levantatadas a la gloria guerrera de la inmortal ciudad y de un gran número de arcos triunfales, bajo los que pasaron los tribunos y los cónsules seguidos de sus victoriosos ejércitos, entre la frenética aclamación de la plebe.

Pero la verdadera época de magnificencia

arquitectónica fué bajo el reinado de Augusto, el César que en los últimos días de su vida, contemplando el suntuoso panorama de la ciudad desde el monte Palatino, exclamó gozoso: «Encontré una Roma de arcilla y dejo una Roma de mármol.» Y en efecto, en esta era de paz, se cubrió la ciudad de una blanca floración de monumentos de mármol, decorados con indecible profusión.

No tenía el romano ese amor a la simplicidad que hizo al griego desarrollar de preferencia el orden dórico. La riqueza del corintio placía más a los conquistadores de la clásica Helenia. No tenía tampoco el romano el gusto refinado que hizo preferir al griego la delicadeza de un contorno o la suave curvatura de un «éntasis» al adorno exhuberante de los orientales. Los de la estirpe latina buscaban siempre la apariencia magestuosa y la grandiosidad de las proporciones, sin preocuparse tanto por la belleza pura de las líneas y por la armonía de la composición. «Fabricaban como titanes y pulían como orfebres.» Levantaban enormes edificios en su Foro; hacían derroche de mármoles y de jaspes, mezclaban en su decoración el oro, el nácar, el ónix y el marfil; traían de las conquistadas

ciudades helenas las esculturas maestras de Fidias y de Praxíteles y llenaban los muros de sus edificios con las exquisitas obras del pincel de Apeles.

«Lucio Escipión llevó a Roma mil cuatrocientas veinticuatro libras en vasos de plata labrada y mil veinticuatro en oro; doscientas ochenta estatuas de bronce y doscientas treinta de mármol adornaron el triunfo de Marco Fulvio contra los Etolios; Sila redujo a Atenas a un esqueleto y despojó los tres templos más ricos; el de Apolo de Delfos, el de Esculapio en Epidauro y el de Júpiter en Elide, del cual condujo a Roma hasta las columnas y el dintel de bronce de la puerta. Fulvio Flacco quitó la techumbre al templo de Júpiter Lacinio junto a Crotona para colocar sus tejas de mármol en el templo de la Fortuna Ecuestre y Varron y Murena hicieron descortezar en Esparta las paredes, para trasportar sus frescos.»—Vitruvio II. 8.

«Para adornar la Casa Aurea de Nerón se llevaron quinientas estatuas de bronce sólo del templo de Delfos.»—Pausanias X.

Las naves volvían de Corinto y de Atenas cargadas de tesoros de arte y de prisioneros griegos a los que el talento práctico de los con-

quistadores supo aprovechar, haciendo que llenaran sus propios dominios con monumentos análogos a los que habían admirado en las ciudades helenas, saqueadas por ellos. El refinamiento de los artistas griegos, junto con el sentido práctico de los constructores etruscos, inauguró la edad de oro de la arquitectura romana, bajo el reinado de Augusto.

Antes de tratar de los principales monumentos de la época a que nos referimos, vamos a hablar de algunas características de la arquitectura que venimos estudiando. Como ya dijimos, los romanos adaptaron a sus necesidades los edificios griegos. Su columna fué usada profusamente en combinación con el arco, formando su conjunto el «leit-motiv» del estilo romano. Retuvieron el orden toscano, ornamentaron el dórico, pusieron cuatro volutas al capitel jónico, desarrollaron el corintio, convirtiéndolo en un orden independiente y, combinando este último con el jónico, crearon el orden compuesto. Subieron sus columnas arriba de pedestales para darles mayor altura y establecieron nuevas relaciones que fueron reducidas a un conjunto de reglas por Vitrubio. Fué innovación romana el uso de las pilastras que vienen a ser

ecos de las columnas en los muros. Invento de ellos fué también la superposición de los órdenes arquitectónicos en los edificios de varios pisos, poniendo abajo el dórico o el toscano, luego el jónico y arriba el corintio, por ser el más ligero.

Otro elemento de construcción que añadieron los romanos a su herencia griega, fué la bóveda. Los Etruscos fueron los primeros que la usaron y la «Cloaca Máxima», construída cinco siglos A. J. C., queda aún como un monumento a su habilidad. Probablemente algunos constructores asiáticos, hechos prisioneros en las Provincias Orientales y llevados a Roma como esclavos, prestaron también su concurso para el desenvolvimiento de la bóveda, cuyo uso dió a los templos un efecto tal de grandiosidad y de amplitud, como no los produce ningún monumento griego, a pesar de su belleza superior.

Introdujeron ellos también un nuevo material, el cemento, que vino a revolucionar los sistemas de construcción, ya anticuados entonces, de sus predecesores los griegos y permitió nacer, por su resistencia y la facilidad de su manejo, un gran número de formas nue-

vas, que hubieran sido punto menos que imposibles sin este material.

El siglo de Augusto revivió la luminosa intelectualidad del de Pericles. El estudio de los poetas y los historiadores griegos estimuló el genio latino, que produjo entonces al exquisito cantor de las Eglogas (1), cuya poesía fué la más brillante estrella de la constelación que formaron los inspirados versos de Horacio, de Tíbulo, de Lucano, de Cátulo y de Ovidio. Tuvo Roma en esa edad de oro, su pléyade de historiadores encabezada por Tácito y Tito Livio. sus grandes satíricos como Juvenal y aquellos dos inolvidables poetas cómicos que tanta gloria supieron conquistar· Plauto y Terencio.

En medio de este Renacimiento literario, en medio de la paz y del florecimiento que trajo a la imperial ciudad el reinado de Augusto, se levantaron en Roma sus más hermosos monumentos, inspirados por la grandeza y la magestad del espíritu cesáreo.

(1) Virgilio.

«Fué en este período en el que Roma, por «primera vez, asumió el aspecto de una me«trópoli opulenta. En el reinado de Augusto se «completó la Septa Julia y el Pórtico de Octa«via, y se construyeron las Termas de Agrip«pa, el Teatro de Marcelo, el primer Panteón, «los templos de Castor y Polux y el de Júpi«ter sobre el Capitolio.» (1)

Los sucesores del gran Emperador hicieron derroche de suntuosidad en los monumentos posteriores. Nerón prodigó el oro y el marfil en su famosa Casa Aurea y embelleció notablemente a la ciudad, después del gran incendio. Al reinado de Vespasiano pertenecen el comienzo del Coliseo y los Baños de Tito.

El Coliseo era un espléndido anfiteatro que podía acomodar cerca de noventa mil espectadores. Tenía forma elíptica y sus diámetros medían ciento ochenta y dos y ciento cincuenta y un metros. Ochenta arcos daban ingreso al interior, de los cuales dos estaban reservados al Emperador y a los altos funcionarios y dos a los gladiadores y sus cortejos. Sus alrededores eran monumentales: las vías empedradas de granito azul; frente a las en-

(1) Hamlin. (History of Architecture, Pág. 91).

tradas principales, la meta sudante (fuente enorme en cuyas aguas lavaban los gladiadadores sus heridas), ídolos y estatuas arriba de columnas o sentados en altos pedestales, avenidas de árboles, astas con banderolas; y dominando el magnífico conjunto, la colosal estatua del Sol que casi alcanzaba con su diadema, la altura máxima del Coliseo. Más antiguos que este anfiteatro eran el Circo Máximo y el construído por Calígula y Nerón, capaz de acomodar trescientos mil espectadores.

Es en estos circos donde se retrata y se pone de relieve la crueldad romana Ese pueblo conquistador y guerrero gustaba sólo de espectáculos sangrientos, y las ruinas de los anfiteatros enormes que construían los Césares para halagar al populacho, nos han quedado como un imborrable recuerdo de esa bárbara afición. Su arena se tiñó mil veces con la sangre de gladiadores vencidos y de cristianos infamemente condenados a los más crueles suplicios. (1)

---

(1) Gaudencio, arquitecto del Coliseo, se convirtió al cristianismo y fué martirizado en el propio circo que él construyó.

Las Termas fueron otra clase de edificios, que el sensualismo romano hizo nacer. Estas se componían de una multitud de salas, cuartos, estanques públicos, baños privados, jardines primorosamente cultivados, salones de lectura, peristilos, patios para ejercicios gimnásticos, cuartos de descanso: todo, en fin, lo que pedía la comodidad de ese puñado de sibaritas que se entregaban a la molicie y a los espectáculos crueles, contentos de que sus antepasados hubieran hecho guerras afortunadas y conquistas gloriosas, para legarles sus claros timbres y las píngües rentas de sus tesoros. La dorada juventud de Roma pasaba en estos establecimientos la mayor parte del día. Llegaban allí los patricios atomar baños de perfumes, a ser frotados por sus esclavos con especias traídas de las provincias asiáticas, a rizar sus sedosos cabellos, a pintar su pálida tez, marchita a fuerza de orgías .... Reclinados negligentemente sobre elegantes lechos, coronados de rosas, oían cantar, al son de flautas y de sistros, los amores de Venus y de Baco o bien se interesaban en fáciles juegos de ingenio y en oír las odas enfermizas de los poetas de la Decadencia.

Las más antiguas Termas son las de Agrip-

pa y las de Tito, y las más notables las de Caracalla y Diocleciano, cuyos baños podían servir para tres mil quinientos bañistas a la vez.

Otra de las fases interesantes del arte romano es su arquitectura doméstica. El padre era la cabeza todopoderosa de la familia. Dos individuos podían observarse en él: el ciudadano y el hombre de hogar, dos personalidades por completo distintas, que llevaban vidas independientes entre sí. El padre tenía sus costumbres y sus deberes domésticos que reservaba a la intimidad de la familia y que no dejaba siquiera entrever a los amigos y conocidos del ciudadano. Así pues, la casa constituía un recinto privado, un lugar de descanso y de solaz para el hombre público. Su exterior era sencillo: un muro liso y sin adorno, con una puerta que daba acceso al atrio, patio circundado de columnas, en cuyo centro se encontraba una fuente adornada generalmente con una estatua de mármol; a un lado del atrio estaba el triclinio, comedor de la casa; enfrente, el tablinio, sala adornada con obras de arte y retratos de antepasados, en donde el padre recibía a sus clientes; y, por último, separados del resto de la casa, los

cuartos de la familia, a los que nunca penetraba un extraño.

Las corrientes de lava y las ardientes cenizas que, en su más famosa erupción, vomitó el Vesubio sobre las alegres campiñas y las entonces florecientes ciudades que rodean el golfo de Nápoles, nos han guardado, intacto a través de los siglos, el tipo clásico de una ciudad de la época imperial. La alegre Pompeya, con sus teatros, sus casas profusamente decoradas, sus plazas y sus amplias calles enlozadas, es realmente la más grande evocadora de los tiempos antiguos. Es a su conservación a la que debe nuestra época sus conocimientos sobre la arquitectura doméstica de los romanos.

La «villa» era una gran casa de campo y se diferenciaba mucho de la casa de la ciudad. En sus planos, reflejan los de aquella época su perfecta noción de lo que es práctico, de lo que es deseable en determinados casos y su gusto por la comodidad, cosa desconocida hasta su época. El romano no era esclavo de la simetría. Gustaba de ella, pero solo donde convenía. Al proyectar sus «villas» agrupaba los cuartos, la biblioteca, los baños y el comedor como le parecía más cómodo, con ab-

soluto desprecio a toda regla de simetría. La más notable era la «villa» de Adriano en Tívoli. Escogió para ella el Emperador, uno de los lugares más hermosos de los alrededores de Roma: una colina a cuyos pies se despliega, tranquila y sonriente, la campiña romana; delante, la ciudad imperial y suntuosa con sus mil monumentos, y atrás, las montañas sabinas, agrestes y escarpadas. En su «villa» tenía Adriano las obras más grandes del arte clásico y las joyas más valiosas de las letras griegas y latinas. Ahí vivía rodeado de cuanto lujo y cuanta comodidad se puede desear. Tenía sus baños, sus jardines, sus terrazas, sus cuartos de invierno, mirando hacia el Sur y sus cuartos de verano dando su frente hacia el Norte. En suma, la «villa» romana es el modelo más completo de la casa de campo, y no se ha construído nada, hasta nuestros tiempos, que la supere en su género.

No fueron los romanos tan felices en la arquitectura de la mayoría de sus templos como lo fueron en la doméstica. El templo romano no tiene, en nuestro concepto, por más que se haya levantado a su gloria tan sonoro himno de alabanza, la sencillez, la belleza pura y casi sobrehumana de su prototipo el tem-

plo griego. Hay en aquel demasiada ornamentación, demasiado deseo de espantar y espantarse por la enormidad del tamaño.

Dos clases de templos levantaron los romanos: rectangulares y circulares. Entre los primeros tienen la preeminencia los de Venus y Roma, Fortuna Virilis, Castor y Polux y la «Maison Carrée» en Nimes, Francia. Entre los circulares sólo mencionaremos por su indiscutible superioridad sobre los demás, al magnífico Pantheón, la obra más noble de la arquitectura romana. El Pantheón fué levantado por Adriano, en el mismo sitio que ocupaba el erigido por Agrippa. Dieciseis columnas de granito coronadas por capiteles corintios tallados delicadamente en mármol pentélico, sostienen el pórtico con su frontón triangular. Tras de ellas se alza el enorme cilindro del templo con su cúpula chapeada de escamas de reluciente bronce y rematan el magestuoso conjunto, sobre grandes pedes tales de mármol, las estatuas de Augusto y de Agrippa. El interior era aún más imponente y bello que el exterior. El oro, el estuco y el mármol de diversos tonos mezclaban sus tintes y resplandecían a la luz que penetraba por el ojo de la cúpula. Al rededor, en-

tre columnas corintias, estaban las innumerables deidades a que estaba consagrado el Pantheón. Veíanse allí representados los cultos más disímbolos, las religiones todas de las conquistadas provincias. Admirábanse las esculturas griegas de armoniosas líneas, las Venus y los Hermos, junto a las feroces deidades del norte, cerca de las sanguinarias del Asia, acostumbradas a los sacrificios humanos, al lado de las fúnebres egipcias, semiperdidas entre las ofrendas y los humeantes trípedos. Ardían ante los mármoles sagrados las lámparas votivas, rodeábanlos frescas guirnaldas de flores y los envolvían, como el alma adoradora de sus devotos, los delicados perfumes de los vasos de alabastro y las azuladas espirales de los inciensos orientales. ¡Ha de haber sido hermoso el Pantheón en los antiguos tiempos del imperio, con sus turbas abigarradas entre las que podían verse hindús extáticos ante sus Budas, egipcios prosternados ante las estatuas de sus Osiris; gigantes normandos y guerreros galos adorando fervientemente sus monstruosas deidades, cartagineses prisioneros sacrificando lechones y corderillos a sus fieros Baals y romanos arrastrando con negligencia la punta de su

toga, sobre el mosaico del pavimento e inclinando sus orgullosas cabezas delante del altar de su omnipotente Júpiter!

El Pantheón puede considerarse como la más alta expresión de la arquitectura romana, como el prototipo y el más noble de los templos circulares.

Otro monumento romano interesante, sobre todo, por haber sido el germen de las mismas iglesias cristianas que llegaron a convertirse en las espléndidas catedrales de la Edad Media, es la Basílica, lugar donde se administraba justicia y se hacían las grandes transacciones comerciales. El plano de la Basílica era sencillo: una nave central flanqueada por dos alas y terminada por un «apside» semi-circular llamado «tribuna» en el cual estaban los sillones de los magistrados; la nave estaba separada de las alas por hileras de columnas soportando galerías y dejando entrar la luz por una serie de ventanas abiertas en los muros. Las principales basílicas romanas eran la Sempronia, la Emilia y la Julia en el Foro Magno y la Ulpia en el de Trajano.

En Roma y en las ciudades provincianas abundaban los monumentos conmemorativos de la Victoria, los arcos triunfales y las gran-

des columnas. Los arcos triunfales fueron un producto característico de Roma. Se componían, generalmente, de uno o tres arcos separados por columnas empotradas que soportaban un entablamento coronado por estatuas y un segundo cuerpo sólido adornado con inscripciones y bajo-relieves. El más perfecto en diseño es el de Tito. Los triples de Septimio Severo y Constantino son más suntuosos;pero de menos pureza en sus detalles Entre las numerosas columnas, sólo dos merecen mencionarse: la de Trajano y la de Marco Aurelio. La primera fué levantada en memoria de las victorias alcanzadas sobre los Dacios por el ilustre emperador ibero. Tiene cuarenta y dos metros de altura, incluyendo el pedestal y la estatua que la remata; y su fuste está adornado con una espiral de bajo-relieves. La de Marco Aurelio le es semejante en diseño, pero inferior en ejecución.

Tocamos ya al final de nuestro breve estudio sobre la arquitectura romana. Hagamos punto omiso de las manifestaciones menores del arte imperial, como las tumbas y

las fuentes que ornaban la ciudad y contemplemos, por un momento, el último cuadro de su historia.

El esplendor cesáreo daba su última luz. Roma, la señora del mundo la orgullosa ciudad cuyas legiones habían conquistado desde al hindú de estirados ojos hasta el feroz ibero, agonizaba tras los cinco siglos de su imperio. El cetro del mundo vacilaba en las manos trémulas de Rómulo Augústulo, el último de sus Césares. Los cristianos, predicando la igualdad social, haciendo más y más adeptos con el sublime heroísmo de sus mártires, destruían lentamente el gastado imperio.

Ya no era la raza, aquella dominadora que se impuso a todas las naciones en la época republicana. Ya no eran sus legiones las disciplinadas y valientes que vencieron a Cartago y expedicionaron en las Galias, bajo Julio César. No poblaban ya el Mediterráneo los esbeltos birremes y las temibles galeras tripuladas por aquella marinería audaz que llevó las águilas de oro y las lobas de verdoso bronce, desde la brumosa y fría Bretaña hasta las calcinadas y áridas costas de Persia. El romano se había afeminado a fuerza de los refinamientos acarreados a Roma por las con-

quistas; vivía solo para el placer, en perpetua orgía, ebrio de Falerno. viendo las danzas lascivas de sus esclavas asiáticas, al son de los crótalos y las tiorbas.

El ejército estaba totalmente invadido por extranjeros. Había en él germanos de roja barba, galos con cascos hechos de cráneos rematados por largos cuernos, asiáticos de pintarrajeadas túnicas e iberos cubiertos de pieles. Las sediciones abundaban. Rotos los valuartes fronterizos, las hordas de vándalos y de hunos asolaban las campiñas. Un vapor de sangre y de muerte nublaba las colinas romanas y la Roma de Augusto, la que se alzó poderosa sobre el mundo, la orgullosa. la soberana, cayó a los pies de los fieros gigantes del norte.

«¡ Sic transit gloria mundi !»

ARQUITECTURA BIZANTINA

«LA translación de la sede del Imperio de Roma a Bizancio, constituye, bajo el punto de vista de la civilización y por consecuencia de la Historia del Arte, un hecho de una importancia considerable Fué este, el desquite del Oriente sobre el Occidente; la vuelta del mundo romano hacia su cuna, hacia el pretendido lugar de su origen: la restitución a la Grecia y al Asia, del cetro del mundo que habían poseído por tanto tiempo.» (1)

El poder y la gloria que parecían haber emigrado para siempre del suelo oriental, volvieron entonces a las bellas costas del Asia, cerca de aquellas legendarias troyanas de

(1) Histoire et Philosophie des Styles Havard.

donde una vez salió Eneas buscando tierras hospitalarias que le abrigaran.

Bizancio gozaba en Occidente de fama sin igual. Pasaba por ser una encantadora ciudad de leyenda, donde se cultivaban las Artes por delicados ingenios y en que la se guardaban como inapreciables tesoros las ciencias heredadas de los pueblos caldeo, egipcio y heleno.

Juntábanse ahí las influencias del Oriente y del Occidente: el indómito valor, la actidad y la energía de los bárbaros de allende los Alpes y el temperamento muelle y voluptuoso de los asiáticos. Veíase pulular en su recinto una mu titud abigarrada y extraña de griegos y de hindús, de persas y de romanos, de sirios con dalmáticas rayadas de café y rojo, de cireneos cubiertos por telas amarillas y negras, de bizantinos con vestidos violetas en los cuales pavos bordados se ofrecían a feroces panteras o en los que se desarrollaban escenas bíblicas, dibujadas con hilos de oro y plata y vistosas sedas de colores. Había judíos con túnicas negras, que mostraban las duras líneas de sus perfiles y caminaban lentamente, absortos en sus meditaciones; y nómadas y escitas confundidos entre las cara-

vanas de camellos que mercaderes levantinos traían de los bazares persas, cargados de tapices y de joyas, de sedas y de especias.

Los baluartes y las murallas de la ciudad se extendían leguas y leguas, y a veces aparecían, a lo largo de las fortificaciones, guardias y soldados que levantaban el bosque tupido de sus lanzas, al son de bélicas fanfarrias. Bizancio aparecía riente y hermosa, con sus macizos de cipreses, con sus vegetaciones exhuberantes entre las que sobresalían esmaltadas cúpulas y se dibujaban las elegantes «villas» de los eunucos imperiales y los grandes dignatarios. Notábase un incesante rumor que era como el pulso febril de la ciudad; y hacia el lado de la tierra, cerca del Cuerno de Oro, se destacaban las manchas blancas de los conventos, a donde almas metadibundas y dolientes retirábanse a orar. Por el lado del mar, detrás de los jardines que avanzaban sus prados y sus flores hasta mojarlos en el agua salina, veíase la bahía poblada de barcos: unos, con velas triangulares en que figuras escuálidas de santos lucían sus tonos marchitos; otros, con velas cuadradas, amarillas, rosas, blancas y violetas; otros, atracando a los muelles, henchidos de frutas y de mercancías;

otros aún, grandes y lentos, saliendo de la bahía para llevar a lejanos países los productos de la civilización bizantina, dirigiendo sus elegantes proas «hacia la Costa de Asia, hacia Calcedonia, donde se dibujaban vagamente cimas de montañas azules».

Bizancio está admirablemente dispuesta para ser un centro comercial de primer orden. «Es una ciudad que la misma naturale- «za ha designado para ser la Señora del Mun- «do. Está en Europa, mira en dirección al «Asia; alcanza por mar al Egipto y al Levante «por el sur y al Mar Negro y las costas Euro- «peas y Asiáticas por el Norte.» (1)

Constantino, que rayó con su lanza los extensos contornos de la nueva metrópoli, quiso que las artes ayudaran a la naturaleza a embellecer la ciudad que escogiera para asiento de su Imperio y desde el principio de su reinado comenzó a llevar de Roma, de Grecia y del Asia una multitud de estatuas. relieves y columnas (2) que, arrancados del suelo donde

---

(1) Descripción de Busbecq, viajero flamenco del siglo XVI.

(2) "El poder de un Emperador Romano" escribe Gibbon "no iba hasta reanimar el genio de Fidias y de Lisipo; "pero las inmortales producciones que ellos habían legado

artistas exquisitos las habían sembrado, fueron a ornar las plazas y los suntuosos palacios de Bizancio, sus Basílicas cristianas y su enorme Hipódromo, en el cual por siglos se continuaron los juegos olímpicos, instituídos en honor de Júpiter, en los tiempos clásicos de la Hélade triunfal.

Los bosques y las canteras del Asia Menor y de las islas griegas surtían de materiales a Bizancio; y ésta fué creciendo esplendorosa y llena de magestad, adornada de cúpulas, ceñida de altas murallas, salpicada de jardines, «levantando al cielo su acrópolis «eminente y el fuego de su faro gigante, sobre «el promontorio.»

Constantino cambió la política y la religión del imperio. El paganismo fué condenado y en su lugar, el Cristianismo se elevó a religión de Estado. El pueblo seguía, gustoso, el ejemplo dado por el hijo de Constancio. El Iesus y la Panagia reemplazaban a los dioses olímpicos. Mirábanse en medio de las frondosas selvas que vieran la carrera fugitiva de las ninfas y en la cima de las montañas

---

"a la posteridad eran abandonadas sin defensa a la orgullo-
"sa avidez del déspota."



en que más de una vez se oyó el trueno de la voz de Júpiter; contemplábanse sus imágenes, idealizadas, sobre fondos azules y con nimbos de oro, en altares y grutas, a la orilla de las fuentes que las náyades encantaban y a la vera de los caminos por los que antaño transitaban las procesiones de Hermes y en los que entonces abrían las cruces sus brazos compasivos, para recibir en ellos a los desventurados y a los devotos.

El culto cristiano iba substituyendo a los ritos paganos y su espíritu penetraba dando la paz a los corazones en tumulto y era como un bálsamo para los adoloridos, que hallaban en las Panagias buenas y misericordiosas, el supremo consuelo a sus aflicciones. Los desiertos se poblaban de anacoretas que vivían en perpetua penitencia, casi sin alimentarse, extáticos ante Dios. «Pensaban que las en«fermedades de nuestros miembros salvan «nuestras almas y que la carne no puede os«tentar más gloriosos adornos que úlceras y «llagas. Cumplíase así la palabra de los pro«fetas que habían dicho: «El desierto se cu«brirá de flores.» (1)

---

(1) Taís. Anatole France.

En las ciudades, en cambio, el sentimiento religioso se modificaba al contacto del espíritu griego. Se destruía la unción evangélica; se olvidaba, poco a poco, la palabra de amor y de nobleza que el maestro hebreo predicara en las montañas y en los lagos de Palestina y la religión que había enseñado, toda espiritual y pura, iba perdiendo sus contornor suaves.

Sofistas griegos, habituados a ingeniosos juegos intelectuales, buscaron a la palabra de Cristo sutiles interpretaciones y originaron en el campo religioso una gran controversia. Desarrolláronse entonces años de fiebre, de lucha apasionada en pro y en contra de doctrinas y herejías que sin cesar aparecían. Maestros de la Escuela de Alejandría llegaban a la ciudad de Oriente a exponer ante auditorios atónitos su complicada exégesis de los textos sagrados: «Los Eones» decían «son «emanaciones del Uno, Inconocible, Indeci«ble, Centro de los Números, el Padre. De «El procede el Hijo Inteligible, puro como el «Cordero y el Fuego. De El procede el Espí«ritu Santo que se manifiesta por el movi«miento de las fuerzas creadoras, gracias a las «cuales brillan los cielos, la tierra se cubre de

«césped, la mar se encrespa, las creaturas «pululan y la Inteligencia medita sobre la «Causa.»

Arrio y Atanasio argüían sobre la naturaleza del Padre y del Hijo. Los Macedonios no admitían la divinidad del Espíritu Santo. Nestorio negaba la virginidad de María y e cisma que había de dividir más tarde la Iglel sia, comenzaba a delinearse. A la aparición de cada heregía importante se llamaba a Concilio y los obispos del mundo cristiano se apresuraban a juntarse. Llegaban del Asia Menor, del Africa, de Italia, de España y de todos los países más allá del Danubio, donde catequisaban a las naciones todavía penetradas de las viejas mitologías. Arribaban los Patriarcas y los Obispos y se reunían en nombre de Dios, para anatematizar y separar de la Comunión de la Iglesia, al miembro herético y dañado.

Otras veces, en cambio, del seno de los monasterios salían doctrinas tan puras y llenas del verdadero espíritu cristiano, que parecían el eco de aquellas palabras que Jesús pronunciaba cuando al caer la tarde, se sentaba en medio de sus discípulos y comenzaba

a hablarles con aquel verbo suyo, más suave y más dulce que la miel híblea.

En medio de esta actividad intelectual, en la cual se esbozaban ya las líneas máximas del edificio católico, surgió el episodio de los Iconoclastas. León el Isáurico, inspirado según se cree por sus súbditos judíos, decretó la abolición del culto de las Imágenes. Con esto se suscitó una verdadera revuelta entre el pueblo que gustaba de los Iconos sagrados, a los cuales, en días aciagos, iba a confiar sus penas y a invocar su protección.

«La historia de esta herejía es toda de ri- «validad entre los soldados y las mujeres: los «unos, envidiosos, y tratando de acrecentar el «botín de sus victorias; las otras, enamoradas «de los lujos canónicos, acostumbradas a la «sonrisa dolorosa del Iesus expirante, habi- «tuadas a la mirada de la Panagia, clemente «y dulce presta a ennòblecer con sus consue «los, las más íntimas confidencias. Ellas no «hubieran querido perder el amor inmediato «del Cristo, el de sus compañeros los santos, «formas místicas y castas donde encarnaba «su perpetua necesidad de ternura, de pro- «tección. Ellas no hubieran querido desistir «de su creencia en el poder real de sus pa-

«tronos, intercediendo por la remisión de sus «meundos pecados de corazón y ornando con «sus telas suntuosas, con sus aureolas de oro «y con sus luminosas gemas, los mosaicos, los «cimacios, los altares.» (1)

Los sacerdotes ortodoxos, rebeldes al mandato del Emperador de Oriente, predicaban en sus templos ante los fieles reunidos. «La Religión de Iesus» decían «es la Religión del «Bien combatiendo al Mal; los Pobres, los Hu- «mildes y los Débiles son los miembros del «Iesus; los Ricos, los Soberbios y los Fuertes «son los secuaces del Hades, es decir del In- «fierno. El Bien, que es la Vida, se simboliza «en las Imágenes, cuya adoración lleva la sufi- «ciente alegría al corazón, ilusión al alma y «encanto al ser entero, para considerar útiles «su conservación y su culto.» (2)

Entonces ocurrieron escenas violentas en los interiores de las basílicas cristianas y sus mosaicos, sus ambones y sus altares fueron manchados con la sangre y regadas con las lágrimas de los devotos. Los guardias palatinos llegaban a los templos en medio del su

---

(1) "La Princesse Irene et ses Eunuques." Paul Adam

(2) Byzance. Jean Lombard.

surro de las oraciones, al oficiarse con pompa fúnebre los servicios divinos y el silencio era interrumpido por la violencia del asesinato. Llegaban como los bárbaros, a la destrucción, al incendio, al pillaje. Y cou sus hachas y con sus picas ensañáronse contra las delicadas orfebrerías, contra los vitrales luminosos, contra las Imágenes que flotaban en áureas claridades y miraban con gesto triste y lleno de resignación el cruel triunfo de los iconoclastas. Los Hegumenos y los religiosos ortodoxos fueron infamemente mutilados, arrancaron los ojos al viejo Patriarca y hasta los claustros tranquilos, los callados conventos que dormían un sueño de paz, alejados del tumulto de la ciudad, conmoviéronse entonces al paso de los soldados imperiales. Sus Capillas, sus largos ambulatorios, sus celdas y sus bibliotecas fueron invadidos por los iconoclastas; holladas las Imágenes divinas, despedazados los marfiles y los relicarios de oro y rotos los manuscritos que la paciencia de los monjes había llenado de encantadoras viñetas y miniaturas de colores. La persecución tuvo una tregua en el reinado de Irene, princesa de sangre griega que reinstituyó el culto de las imágenes. Fué su gobierno, una

época pacífica para iconófilos e iconoclastas y en la cual cesaron un tanto las rudas contiendas entre los Verdes y los Azules. (1)

En adelante, la historia de Bizancio se desenvuelve bajo el despotismo de sus Basilios, entre una serie de batallas, de invasiones reprimidas, de cambios de dinastías, de intrigas palaciegas y controversias religiosas, hasta que los turcos se apoderaron de la metrópoli y arrancaron al cetro de Oriente de manos del último Paleólogo.

A través de la agitación que reinó siempre en estas tormentosas edades, Constantinopla fué una plaza fuerte, un firme baluarte que encerró el tesoro inapreciable de la civilización. Allí se atizó el fuego sagrado del Arte cuando el resto del mundo estaba sumido en la barbarie y allí se conservaron las ciencias que antaño irradiaron en Grecia y Roma.

La deuda de la Europa Moderna al Imperio Bizantino es enorme, porque éste se constituyó en depositario de los conocimientos hu-

---

(1) Partidos rivales que tomaron sus nombres de los colores que usaban los corredores que se disputaban el premio en el Hipódromo.

manos, para transmitírselos cuando, con el curso de los siglos, dejó el Occidente su tosca envoltura de oruga y fué apto para recibir de manos de la nación oriental, el fardo de verdades científicas y las delicadas sensaciones de Arte que con sus poesías, sus esculturas y sus monumentos, habíanle legado, para su mayor edad, los pueblos heleno y latino.

Tenemos hoy, por primera vez en nuestro estudio, que observar la influencia que ejerció la idea cristiana sobre la Arquitectura. Las primeras manifestaciones del arte que había de producir las espléndidas catedrales que levantan sus flechas en los burgos populosos del Norte, fueron las catacumbas.

No nos detendremos en consideraciones sobre estos lugares subterráneos, cementerios inmensos que guardan aún en sus gavetas, los restos venerados de muchos mártires Las catacumbas han inspirado tantas y tan bellas páginas y han sido escogidas tal número de veces como escenario de leyendas piadosas, que al intentar describirlas, no haríamos sino caer en vulgares repeticiones.

Bástenos saber que fué ahí, en la época de las persecuciones, donde comenzó a desarrollarse el simbolismo religioso. Las lápidas, generalmente, no lucían más que el sencillo epitafio «In Pace» y alguna que otra vez, pueriles dibujos de corderos, de palmas o de peces.

Al ser reconocido oficialmente el Cristianismo, se adoptó la Basílica para las reuniones de sus fieles. El templo antiguo con su «cella» diminuta en la que no penetraban sino los sacerdotes y los iniciados, no podía ser de utilidad a los cristianos quienes por su idea de absoluta democracia, necesitaban vastos recintos para congregarse en su totalidad. Y en el tipo especial de edificios que adoptó y desarrolló la Iglesia primitiva, tenemos desde luego la influencia de la idea cristiana sobre la Arquitectura clásica.

Las primeras Iglesias que se hicieron en Roma, fueron la Basílica de San Pedro, destruída en el siglo XV y la de San Juan Lateran, a tal punto alterada en la actualidad, que es difícil descubrir en ella la forma antigua,en su primitiva nobleza. A la construcción de estas basílicas siguieron la de San Pablo, la de San Clemente y la de Santa María

Maggiore, al tiempo que los cristianos de Siria y del Oriente levantaban con incomparable celo las Iglesias de Antíoco, Bezrah, Jerusalem y Kolat Seman. Todos los monumentos de que hemos hecho referencia, Basílicas y Bautisterios en su mayoría, pertenecen a un estilo romano convencional y un tanto modificado. Es sólo desde la construcción del Bautisterio de San Juan en Rávenna, que comenzó a caminar con pasos seguros la Arquitectura que tomó su nombre de la hermosa sultana oriental.

El Bautisterio de San Juan, marca en efecto, un avance notable en la evolución del diseño eclesiástico. Ya no es la copia servil del modelo antiguo. Se notan en él las características de la arquitectura bizantina: la cúpula, el lujo del colorido, los mosaicos, el idealismo que trajo consigo la religión cristiana y que supo imponer sobre la material belleza de los monumentos antiguos. Este cambio de espiritu en las formas clásicas, que hizo palpitar con vida nueva, intensa en amor y en anhelos, la piedra arrancada a los vetustos templos paganos, fué un extraño «avatar», una encarnación de alma nueva en el cuerpo que

había dejado exánime la muerte de los viejos dioses helenos

Los símbolos paganos fueron modificados y adaptados a la idea cristiana; las uvas que celebraban antaño la festiva risa de Baco, fueron convertidas en emblema de la sangre de Cristo y gustadas por creyentes devotos en ágapes divinos; la paloma que abría sus alas blancas en torno de las rubias Afroditas y que era furtiva mensajera de amores en la elegante Atenas, trocóse en cándido signo del Espíritu Santo; y las coronas y las palmas que se agitaron sobre las testas altivas de los Césares y los tribunos vencedores, llegaron a ser las poéticas señales del martirio y de la virginidad. El gusto por la belleza del cuerpo se perdió. Consideraron obscenas las supremas desnudeces de los mármoles y un velo pudoroso cubrió los senos erectos de las figuras femeninas, las líneas deliciosas de sus caderas, las musculaturas de los dioses jóvenes, los torsos de los viejos atletas. Creció entonces un arte delicado, enfermizo, verdadera flor de invernadero, que abrió sus pálidos pétalos a la luz que se filtraba ténuemente, a través de los altos ventanales, en el interior de los templos. Las figuras se alargaron, se

les dió una expresión triste, una posición rígida, perdióse la proporción anatómica y el cuerpo, deificado por los paganos adoradores de la vida, tuvo que abdicar en favor del espíritu, cuyo reino vino a predicar el sublime profeta hebreo, en las tierras que riega el Jordán.

La otra gran influencia que sufrió desde su principio la arquitectura bizantina fué el gusto por el colorido. El frecuente trato que tenían los súbditos del Emperador Cristiano, con gente levantina, habitante de países llenos de sol, en los cuales es el día una fiesta, y el color harmonioso, un culto, vino necesariamente a impresionarles y a hacer que llenaran sus iglesias con una decoración polícroma, a semejanza de la que se veía en los tapices de Persia y Arabia y en las cúpulas esmaltadas de la feérica Bagdad. Además, una gran parte de los artistas que se ocupaban en la construcción de los edificios de Constantinopla era oriental; y ésta se encargó de imprimir a los mosaicos, a las imágenes y a los emblemas, todo el lujo de tonos y toda la brillante armonía de colores que constituye su arte.

Aparte de los mosaicos y de los grandes

frescos, abundantes en sujetos bíblicos y evangélicos, una decoración de encaje esculpido en los muros, en los capiteles y en los altares, daba mayor encanto a las iglesias bizantinas. La obra de cincel de los artistas de entonces no tenía ya la valentía y el sello genial que supieron dar a su trabajo los decoradores atenienses. El relieve era bajísimo, casi perdido, formado por pequeñas incisiones que hacían pareciera más bien un dibujo. Se notaba en su ejecución la timidez, el esfuerzo contínuo, la falta de seguridad. El acanto mostraba sus afiladas hojas entre capiteles toscos y entablamentos hechos con una agrupación informe de molduras, que apenas sí sugerían los contornos clásicos.

No es pues la pureza del detalle lo que caracteriza la arquitectura que estudiamos, sino más bien su decoración polícroma. En sus palacios y demás edificios civiles fueron también los bizantinos pródigos del mármol, de los «opus» que lucían sus encantadores dibujos sobre fondos de lapizlázuli, de los jaspes, del oro trabajado en filigranas y cuajado de rara pedrería. Era verdaderamente oriental el lujo del palacio de las Blaquernas, el de la Galería de los Cuarenta Santos, del Hipódro-

mo, de la Sala de los XIX lechos y de la Magnaura, donde grandes candelabros de plata iluminaban a los leones de oro que guardaban las gradas del trono y a los pajarillos del mismo metal que, por ingenioso mecanismo, juntaban sus cantos a los sonidos del órgano.

En el terreno de la construcción se distinguieron mucho los bizantinos. Sus materiales favoritos eran la cantera y el ladrillo, que revestían de placas de mármol. Apartándose también en esto de la construcción romana, cuya base es el concreto, tuvieron que generar formas distintas y podemos observar en efecto, la diferencia grande que hay entre los tipos de edificios de las dos capitales. La cúpula, adoptada y modificada después con el uso de las pechinas en que se asienta, y los semidomos que cubren los ábsides de las iglesias, son sus elementos principales.

En la primera mitad del siglo VI de nuestra era, siglo de plenitud del Imperio de Oriente bajo el gran Justiniano, se edificó la Basílica de la Santa Sabiduría (Hagia Sophia), (1) obra maestra del bizantino ejecutada por los arquitectos Isidoro de Mileto y Ante-

(1) Conocida vulgarmente con el nombre de Sta. Sofía.

mio de Trales. En esta magestuosa estructura, la cúpula descansa sobre cuatro enormes arcos, en dos de los cuales se abren los semidomos que cubren los ábsides. A los lados están las naves y las galerías, que conectan con un «narthex» (1) columnar; y el conjunto está coronado por una cúpula estupenda que se levanta cincuenta y cuatro metros en el aire y lanza por las cuarenta ventanas que la ciñen, como un aro de diamantes, un torrente de luz que hace centellear los mármoles de sus mosaicos y los oros de sus orfebrerías.

Los materiales que se usaron para las bóvedas que cubren las naves de la Santa Sabiduría, fueron la piedra pomez y el ladrillo de Rodas, ligeros a tal punto, que sobrenadan en el agua. Sólo así pudo realizarse el pensamiento atrevido de los arquitectos que levantaron ese cielo de piedra! Mientras se construía, sacerdotes griegos vestidos de albo lino cantaban salmos, juntando sus voces al fragor de la fábrica. Colocábanse reliquias de mártires entre las hiladas de ladrillo de las bóvedas y se incrustaban piedras preciosas en los muros de la ciclópea iglesia. Una mul-

(1) Pórtico.

titud iba a admirar los progresos de la obra y cada vez se le sorprendía con el avance de la construcción de las bóvedas y de las galerías, con el labrado de los capiteles y los frisos, con el revestimiento de las pilastras y con el ornato de los altares. Era un trabajo febril, incesante, en el cual se ocupaban miles y miles de operarios y artistas que juntaron sus varios talentos y sus distintas fuerzas, para levantar las gibas gigantescas de la Basílica, por encima de los palacios y de los huertos de Bizancio y para adornar con su gusto delicado y su exhuberante imaginación, ese interior que más de un poeta ha comparado al cielo.

Cuando, años después, terminó la obra y Justiniano, al entrar en el suntuoso recinto le vió brillar, espléndido como una gran joya y se asombró ante el vuelo de las bóvedas que se despliegan «como un segundo firmamento» y se sintió envuelto por las coloraciones exquisitas del decorado, en las cuales el mármol verde de Laconia lucía junto al púrpura de Frigia y al rosa y al oro de Mauritania, prorrumpió en el más férvido hosanna que labios humanos han entonado ante el prodigio: «Gloria a Dios que me ha juzgado digno de acabar

tan grande obra! ¡Oh Salomón! ¡Te he vencido!»

Oigamos un momento a Edmundo D'Amicis hablando de Santa Sofía: «Sobre todas «estas magnificencias brillan en alto las siete «medias cúpulas revestidas de mosaicos de «cristal y oro y en la grande, toda dorada, se «extienden las imágenes de los apóstoles, los «evangelistas, la Virgen y la Cruz, pintados «de varios colores: es una bóveda de joyas y «de flores. Y cúpulas, columnas, estatuas y «candelabros, todo se mira, como en límpido «espejo, en el suelo de mármol proconeso on- «dulado que, visto desde las cuatro puertas «de entrada, semeja cuatro magestuosos ríos «encrespados por el viento.»

Preciso es ahora figurarse el aspecto de la Basílica en un día de ceremonia. Imagínesela engalanada, luciendo al sol su plata y sus cristales, sus jaspes y sus pórfidos, entre el lujo de los cortejos imperiales, en medio de los que se levantan los tronos del Emperador y del Patriarca, recamados de oro y pedrerías. Imagínese el brillo y el fulgor de los candelabros de bronce, de las espadas, de los cascos y de las armaduras y la pompa litúrgica y el clamor de los soldados al vitorear a su

César en el Atrio y los sonidos triunfales del órgano que inundan con sus notas los ámbitos de la iglesia.

Sólo ese siglo único en que el Imperio Oriental gozó de positiva grandeza, pudo dar ser a la Basílica maravillosa que hoy duerme convertida en mezquita, humillada en su carácter cristiano por las inscripciones del Korán, vejada en su arte sin igual por los torpes musulmanes que cubrieron con yeso sus mosaicos de cristal y poblada de imanes y muezzines que invocan sin cesar a Alá, con el rostro vuelto hacia La Mecca.

Para terminar, detengámonos un momento en la ciudad de los Dogas y contemplemos la otra maravilla del Arte Bizantino, la Basilica de San Marcos, comenzada a edificar a fines del siglo X, bajo Pietro Orseolo, Dux de Venecia. A la muerte del gran Dogo la obra se continuó por sus sucesores sufriendo sucesivamente las influencias de distintas épocas y civilizaciones; pero conservando siempre, en la mayoría de sus elementos, las características del estilo bizantino. En términos

generales puede afirmarse que el cuerpo del edificio es del siglo X, los detalles góticos del XIV y los mosaicos restaurados del XVII. (1) Esta Iglesia, notable sobre todo por sus incrustaciones, fué construída con las piedras de los templos antiguos, que buques guerreyos y mercantes traían de lejanas playas como botín de guerra o como resultado de sus expediciones comerciales.

La fachada de la Basílica que mira a la plaza, consta de cinco pórticos que dan acceso al interior. Arriba de sus columnas (monolitos de malaquita, mármol cipolino, pentélico y jaspe) una galería circunda el edificio y cinco cúpulas la rematan «como cinco cascos de plata.» La ornamentación, muy al contrario de la del exterior de Santa Sofía, es riquísima. Hay profusión de mosaicos, estatuas, agujas, nichos y follajes de piedra en que anidan palomas......

Su interior es de una suntuosidad solo comparable a la de su prototipo (2). Teófilo Gautier la describe así: «La primera impre«sión es la de una caverna de oro incrustada

---

(1) Afirmación de Ruskín «Piedras de Venecia.»

(2) Santa Sofía.

«de piedras preciosas, a la vez que espléndida «y sombría, brillante y misteriosa. ¿Se está «en un edificio o en un inmenso estuche? Tal «es la pregunta que uno se hace porque aquí «es inútil toda idea de arquitectura. Las cú«pulas, bóvedas, arquitraves, murallas, están «cubiertas de hexaedros de cristal dorado de «una brillantez inalterable, en donde reberve«ra la luz como sobre las escamas del pez y «que sirven de campo a la inagotable fantasía «de los mosaístas. En donde acaba el fondo «dorado, a la altura de las columnas, empie«zan los mármoles más preciosos y variados. «De la bóveda desciende una gran lámpara en «forma de cruz de cuatro brazos con puntas «flordelisadas, suspendida de una bola de oro «afiligranada. Seis columnas corintias de ala«bastro rayado, con capiteles de bronce dorado, «sostienen elegantes arcadas sobre las que «circula una tribuna que da la vuelta a casi «toda la iglesia. En el fondo de la bóveda, cim«brada y ovalada, que reluce vagamente de«trás del altar mayor, se diseña el Redentor «bajo una figura gigantesca y desproporcio«nada, para marcar, siguiendo el uso bizanti«no, la distancia que hay de la débil criatura «al personaje divino. Como Júpiter Olímpico,

«este Cristo, si se levantara, rompería la bó-
«veda de su templo.»

Una de las maravillas de San Marcos es el retablo del altar mayor llamado «La Palla d'Oro.» Está incrustado de diamantes, zafiros, granates, camafeos, esmaltes y perlas, representando con su deslumbrante dibujo, escenas de la vida del Evangelista.

El gusto de los venecianos por el color, gusto que adquirieron en su frecuente trato con Orientales y que produjo en el Renacimiento un Ticiano, un Tintoretto y un Veronese, hizo que vistieran con las piedras más hermosas del mundo las Iglesias y los Palacios de la romántica Reina de las Lagunas, como en cada primavera se visten de flores y de musgos los prados de las campiñas toscanas.

San Marcos es, bajo el punto de vista del color, la iglesia más interesante de la cristiandad. Está llena de cruces, monogramas, máximas, emblemas y versículos evangélicos que, juntos con sus mosaicos, le dan la apariencia «de un libro de oraciones, de un vasto
«misal iluminado, forrado con alabastro en
«vez de pergamino, incrustado con pilares de

«pórfido en vez de joyas y escrito con letras «de esmalte y oro.» (1)

La Arquitectura Bizantina produjo, aparte de los monumentos de que hemos hablado, la Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalen, la de Saint Front en Perigueux y la Catedral de Angulema.

La Iglesia Rusa ha aceptado este estilo para sus catedrales; pero, sin comprensión alguna de sus principios, solo ha producido una serie de edificios bizarros y caprichosos.

En Constantinopla, el arte bizantino yace postergado, sumido en un letargo profundo, desde que los turcos entraron victoriosos en la ciudad cristiana, sellando con sangre su conquista y ondeando al aire los estandartes verdes del Profeta. En la actualidad, el culto Mahometano substituye al Cristiano, como éste substituyó, a su vez, al moribundo paganismo. Las Iglesias antiguas se han conver-

---

(1) Ruskin. «Las Piedras de Venecia.» Cap. sobre San Marcos.

tido en Mezquitas, y hora por hora, desde la altura de sus minaretes, se difunde en la melancolía de la ciudad vencida, el grito constante de sus muezzines:

«La Illah il Allah»
«Ve Mohammed resoul Allah.»

ARQUITECTURA CRISTIANA

CUANDO la loba romana, envejecida y achacosa, llenaba de horror con sus aullidos de agonía los parajes que antes sacudiera con sus bríos y con sus furias; cuando el Imperio de los Augustos y los Trajanos se derrumbaba tras larga carrera gloriosa y los bárbaros llegaban a la ciudad máxima, a imponer su fuerza vírgen de titanes sobre los vástagos de los antiguos latinos, la Europa Occidental presentaba el más triste cuadro de anarquía y disolución. La Italia en ruinas, presa de Alarico y de Atila; la Galia en incesantes revueltas, teñida con la sangre de sus hijos, diezmada por la peste y las contínuas incursiones de tribus nómadas; la Bretaña, sacudiendo el yugo latino, para caer extenuada después de

la lucha bajo la garra de los sajones; y por último, la España, peleando por su independencia, defendiendo su territorio, palmo a palmo, contra el torrente bárbaro que se despeñaba desde lo alto de los Pirineos.

Tales eran los elementos que debían constituír la Edad Media; elementos de barbarie vigorosa y libre, elementos cristianos reprimiendo los abusos de la fuerza y predicando sus principios de igualdad y de amor y elementos latinos, despojos casi insignificantes de la civilización romana, que sobrenadaron en el naufragio occidental.

De este caos social fueron formándose, como al conjuro de una voz creadora, todas las naciones europeas. Fué en ese momento su génesis, su nacimiento doloroso entre hemorragias tan terribles, que dejaron exhausta a la vieja madre.

En esta época, en la Arabia Feliz, nació Mahoma. Atormentado desde su adolescencia por visiones contínuas, viviendo casi en la soledad, entre las grutas del Monte Hira, recibió una tarde, en la paz del tramonto, un

mensaje de Dios. Y de su extraña alucinación, salieron, uno a uno, los principios del Korán y la fórmula sagrada de la religión musulmana. Desde entonces comenzó para él su vida de apóstol, su ardiente afán de proselitismo que hizo de los Arabes un pueblo brioso y viril y lo empujó, con singular denuedo, a las conquistas. Las tribus pacíficas que traficaban en los bazares orientales, los pastores que cuidaban sus rebaños en los fértiles planos del Yemen, los conductores de caravanas y los caballeros del desierto ciñéronse la curva cimitarra y se lanzaron a los campos de batalla, ebrios de gloria y de fervor, ansiosos de morir en santa lid para gozar del paraíso prometido a los bravos por su profeta. Conquistaron el caduco imperio de los Sasánidas, penetraron en los huertos del Iran llenos de rosas, tremolaron sobre sus ciudades las flámulas verdes del Islam y marcharon por las calcinadas planicies y las doradas arenas del Norte Africano, hasta llegar a la fiera España, hasta pasar los Pirineos azules y ser derrotados, en Poitiers, por los caballeros francos al mando de Martel. Allí empezaron a marchitarse los lauros de sus triunfos y en ese momento, de una importancia ca-

pital para el viejo mundo, comenzó el declinar de su estrella. Se retiraron. Torció el cauce la impetuosa corriente de lava que amenazaba encontrarse con la avalancha de los hombres del Norte y se volvió contra la Iberia cual cayó abrumada al golpe de los alfanjes triunfales, pero con tal odio y con tal rabia, que no les dió tregua sino hasta expulsar al último de sus califas y hasta que los pabellones de Castilla y de León se impusieron sobre los palacios morunos y las mezquitas vencidas.

A la muerte de Carlos Martel, el valeroso paladín que infligiera a los sarracenos tan sangrienta y trascendental derrota, su hijo Pipino subió al trono, siendo su reinado notable bajo el punto de vista histórico, por haberse constituído, a su amparo, el poder temporal del pontificado romano, poder que tan gran papel desempeñó en la Edad Media. Pipino hizo donación del Exarcado de Rávena y la Pentápolis al Papa Esteban II, y recibió, en cambio, el título de Patricio Romano. De tal padre nació Carlos, el monarca que revivió

el antiguo imperio romano y conquistó el nombre de «Magno» por sus grandes hechos militares, su amor a la cultura latina agonizante entonces, y por su ardiente celo religioso, que fortificó el poder de la Santa Sede, con nuevos donativos.

Henchidas las arcas del Tesoro de Pedro con los productos de sus tierras y los diezmos de sus súbditos espirituales, la Iglesia aprestó sus filas de evangelizadores para emprender la conquista santa de las almas paganas, en el nombre de Cristo. Enviaron legados a la Iberia para convertir y confortar a las poblaciones visigodas, caídas bajo el yugo sarraceno; dirigieron misiones por todos los países: entre las tiendas de las tribus errantes por los campos de la Bohemia y de la Hungría y a la falda de los Alpes nevados, habitada por una raza de montañeses cazadores. La conquista avanzó con increíble rapidez. El señorío espiritual del Vicario de Cristo extendióse por casi toda la Europa del Sur y los misioneros, portadores de la buena nueva, penetraron en los bosques y en los burgos de la Galia y la Germania...... Infatigables, abnegados, llenos de celo y de fervor, caminaron por montes y llanuras predicando la

palabra de Dios, fecundando con ella las imaginaciones de los bárbaros, llenas antes de leyendas sangrientas y fantásticas. Llegaron hasta las costas bretonas que bate un mar constantemente tempestuoso, hasta las tierras que riega el Rhin y encantan Nibelungos y Walkyrias, hasta la brumosa isla druídica donde las algas marinas tejen guirnaldas alrededor de las rocas y cuyos habitantes suspendían coronas de flores de las ramas de sus árboles sagrados y continuaron al norte; hacia los países boreales, hacia los «Fjords» helados y las ciudades blancas que el Edda había poblado de dioses......

En los parajes silenciosos, al pie de los castillos, en las alquerías y los villorrios, fundaron monasterios, recintos de paz para que los hombres cansados del ruído del siglo fueran a refugiar sus ensueños, a purificar, por la penitencia, sus cuerpos exíguos y a sumergir sus almas en las aguas lustrales del éxtasis y la oración. «Entonces meditaba, oraba, «sufría, deliraba en el fondo de los conventos, «bajo un pálido fulgor de vidrieras historia- «das, un pueblo de monjes devorados por el «amor divino, agitados por incesantes escrú- «pulos. El alma exaltada por la costumbre

«de la meditación, alucinada por las angustias y los arrobos del misticismo o por la fatiga y la incertidumbre de esa especie de «vaga melancolía que ellos llamaban la «acedia»; viviendo en un contínuo vértigo causado por el ayuno, las maceraciones, la oración «o el éxtasis; encerrados en el círculo infranqueable de sus ideas como en una estrecha «prisión, esos piadosos recluídos cuya vida se «pasaba en buscar sobre un destierro la vía «de la eterna patria, no veían al rededor del «hombre sino emboscadas, peligros de pecado, ocasiones de caídas y tentaciones diabólicas. La obsesión de Satán y de sus ardides pesaba sobre ellos como una mole abrumadora; y se imponían el deber de hacer partícipes de sus temores a los hombres del siglo» (1)

Las reglas de vida religiosa formadas por varones justos fueron haciendo más y más secuaces. Crecieron las órdenes de Benedictinos, de Cistercianos y de Cartujos. Cada congregación vivía en su monasterio, entregada a la oración, a la enseñanza y a la cari-

(1) Historia de las Literaturas Comparadas. Federico Lolié. Cap. X, Pág. 136. Ed. Fr,

dad. trabajando en la obscuridad de sus claustros, copiando manuscritos de la ciencia antigua y sosteniendo en sus manos de ascetas. casi extinguida, la antorcha que tan luminosa brillara bajo los cielos de la Hélade y del Lacio. Las comunidades se propagaron por el suelo del viejo continente y bien pronto llenaron todos los países, tomando gran preponderancia en los asuntos seculares.

Al finalizar el siglo X, después de que la Europa fué diezmada por las guerras y la peste, cuando los ánimos exaltados creían inminente el fin del mundo y cuando al ponerse el sol entre incendios de luces, nadie estaba seguro de ver la próxima aurora, el misticismo llegó a su colmo. De lo alto de la cátedra los sacerdotes dejaban caer sobre sus auditorios las profecías apocalípticas: «Que aquellos que «tengan oídos, escuchen; que aquél que tenga «ojos los abra y mire, porque los tiempos es«tán próximos!»

Un pavor inmenso se apoderó del mundo. La imaginación sobreexcitada por las horribles descripciones del infierno, atemorizada por el espectáculo terrible del último día, ansiosa y febril, buscó el sosiego en la oración y las liturgias eclesiásticas. Los enemigos

diéronse tregua; cesó el señor de oprimir a su esclavo; los reyes de la tierra palidecieron bajo sus diademas de oro; todos los malos temieron y en las almas justas lució una alba celestial.

Cuando la fecha fatal de las predicciones hubo pasado y la tierra, ajena a vaticinios humanos, siguió su vuelo sereno por los espacios sin fin y dió a los hombres el acostumbrado espectáculo de sus días luminosos y sus noches consteladas, de sus campos verdes en primavera y blancos en invierno, de sus mares encrespados y sus bosques rumorosos, el ánimo perdido se fué recuperando. Volvió la vida a desplegar sus galas y todas las almas se levantaron hacia Dios y hacia la Vírgen, en una acción de gracias sincera y ferviente. Levantaron a la gloria del Señor vastas casas de oración y prodigaron a María las rosas más blancas de sus huertos espirituales. Llamáronla Vaso de Elección, Estrella de la Mañana, Torre de Marfil.... Amáronla como a Madre y Señora y hubo ascetas y eremitas que, al invocarla en su muerte, la vieron bajar en una nube dorada, rodeada de ángeles rubios y sintieron sobre su frente la

imposición de sus manos, manos más puras que los lirios nuevos....

La confianza y la tranquilidad renacieron. Los trovadores errantes de castillo en castillo, como los rapsodistas antiguos, de ciudad en ciudad, cantaron sus estrofas enamoradas al pie de los torreones almenados donde escondían su gracia y su belleza las castellanas recluídas. Los viejos burgraves y los señores feudales hicieron sonar en los bosques sus bocinas de caza y otra vez los paladines más esforzados, los caballeros sin miedo y sin tacha, midieron sus lanzas y la fuerza de sus brazos en justas y torneos.

Entretanto la invasión normanda, iniciada desde el reinado del más grande monarca Carlovingio, tomaba proporciones alarmantes. Eran los hombres del norte, de raza guerrera, educados en el combate y acostumbrados a la sangre. Cada año bajaban de sus países helados hacia las costas galas y bretonas, fortificaban una isla desde la que dirigían su campaña de corsarios y después de asolar los lugares cercanos y de pelear rudas batallas con margraves y barones, volvían los «Vikings» poderosos, reyes del mar, para gozar en su blanca Escandinavia de «la cosecha de

verano» como llamaban en sus «sagas» heroicas, al producto de su rapiña.

Reinaba en aquella época la barbarie más absoluta. Apenas en uno que otro convento se cultivaban las ciencias y solo en las universidades árabes brillaba con prestigio la civilización.

Bajo el sistema feudal la condición de los pobres fué más dura aún que en los tiempos pasados. Tras la tregua de que gozaron cuando los poderosos de la tierra creían próximo su fín, vinieron nuevos sufrimientos........ y enfermos de tristeza, fueron a llorar ante los Cristos y las Madonnas de sus Iglesias. Allí era su refugio; el asilo siempre abierto para el menesteroso de consuelo. Habían hambre y sed de justicia, soñaban en ser hartos y pedían al Señor la bienaventuranza eterna. En los interiores sombríos de las catedrales, entre el gris perenne de los altos muros, veían abrirse los grandes ventanales hacia místicos jardines encantados, donde imaginaban ver las almas convertidas en flores. Brillaban allí todas las gemas, como en un gran mosaico luminoso. Junto a las pálidas claridades de los berilos y los ópalos, lucían los sangrientos rubíes, las esmeraldas de re-

flejos marinos, las amatistas violetas y los áureos topacios. Ante el diáfano prodigio los espíritus devotos sentían renacer la esperanza. Esas claridades ultraterrenas, contrastando con el eterno gris sombrío de los muros y las bóvedas, hacían germinar pensamientos confiados en las sencillas imaginaciones de los siervos. Sufrían para merecer; sufrían en silencio y resignados las iras de su feudal señor; pasaban hambres y fatigas, fríos y privaciones mientras el cruel amo gozaba de placeres sin cuento. Pero su Dios era el Dios de los pobres, el Dios que se rodeó de los humildes e hizo de su vida un exquisito poema de conmisceración. Ellos se irían; pasarían sus días malos y al morir, serían arrullados por los cantos de los serafines; oirían músicas inefables, verían a los magestuosos coros de los profetas, a la legión de los mártires agitando verdes ramos de olivo, a los Patriarcas, a los Querubines, a la Santa Virgen con manto constelado de estrellas y al Dios clemente y misericordioso, recibiendo en su seno las almas de los que sufrieron en vida. El ensueño los cobijaba bajo sus alas blancas. Su anhelo subía a Dios como las espirales de incienso; perfumado, etéreo, puro...... Subía su

esperanza hacia el Señor. Ascendía......como ascienden las altas columnas hacia lo sumo de las bóvedas eminentes.

Así esperaban y así soñaban los desheredados. Y de estas esperanzas y de estos pensamientos vamos a ver surgir la Arquitectura Cristiana. Vamos a contemplarla, levantándose en Iglesias y Monasterios, misteriosa y sublime. Vamos a verla erguirse y salir de las líneas rígidas del bizantino, pasar entre los arcos plenos y los pesados pilares románicos y hacerse ligera, esbelta, aérea y calada con la ojiva, traída en triunfo del Oriente, por los ejércitos cruzados. Vamos a verla, en fin, como espejo fiel en el que se reflejaron los temores y los arrobos del Cristianismo: como expresión justa, en sus iglesias y sus castillos, de esa época que Hipólito Taine ha llamado «Edad de monjes y de caballeros».

En el capítulo precedente hablamos ya sobre las primeras iglesias cristianas, construídas en su mayoría bajo el modelo de la basílica antigua, aprovechando los restos suntuosos de los templos paganos y siguiendo las

tradiciones clásicas en sus líneas y sus decoraciones.

Empero, el simbolismo religioso y el sentimiento cristiano hicieron nacer formas nuevas que alteraron el aspecto original del edificio y lo marcaron como obra y producto de distintos ideales. Alteróse el plano de la basílica, diósele forma de cruz en recuerdo piadoso, crecieron los ábsides, substituyóse el techo de madera por bóvedas de piedra, edificáronse sonoros campaniles al lado de las iglesias para que con su voz de bronce llamaran a la oración y poco a poco, con el transcurso de los años, fué dejando el edificio su aspecto gentílico y se vistió con un ropaje de novicio, consagrándose al culto del Señor.

La Arquitectura Cristiana es hija del dolor y de la esperanza. Nació entre tumbas, en los momentos en que la opresión y la angustia cernían sus alas entre las muchedumbres romanas y de estas tumbas conservó al principio de su desenvolvimiento el sello de tristeza que tienen sus monumentos. Todos hacen recordar las basílicas de la época imperial; pero sólo en sus líneas máximas. La decoración varió, casi por completo. La superficie de los muros ofrecía amplio campo a los pin-

tores y a los mosaístas, campo que éstos se encargaron de llenar con las visiones que turbaban su imaginación. Sus ensueños místicos, su vaga melancolía, sus aspiraciones y su fe crearon un mundo nuevo, sombrío y austero, cuya representación pictórica vino a ornar con su policromía y sus dibujos pueriles los interiores de las iglesias primitivas. Hay una gracia ingenua en esas decoraciones: la gracia del cristianismo en toda su pureza que, por lo expontánea, encanta al observador de nuestros días, más habituado a complicaciones de sentimiento y a morbosas especulaciones, que a la sencillez y a la llaneza. Los decoradores italianos del siglo VIII, influenciados del bizantino, pintaban figuras escuálidas, pálidas y exangües como los monjes y cenobitas que vivían en la penumbra de los claustros o agotados por la penitencia en las ardientes arenas de la Tebaida. Esos eran sus modelos: los atletas de la vida espiritual, los que despreciaban las pompas de la carne «que era heno y cuya gloria caería como su flor.» El fondo de sus decoraciones lo pintaban con arquitecturas de columnatas y templetes o con arboledas y montañas sin perspectiva de colores. Adornaban también sus interiores con dibujos li-

neales y franjas de mármol, como los bizantinos y los árabes de quienes recibían la enseñanza, a través de Venecia y Génova.

Aparte de las basílicas propiamente dichas y de las iglesias italo-bizantinas, otras dos clases de monumentos crecieron en Italia, los cuales dieron nombre a dos estilos: el Románico Lombardo y el Románico Toscano. El primero tenía sus centros en Milán, Pavía, Boloña y Verona, y el segundo en Pisa, Luca y Florencia.

La iglesia lombarda era sobria y macisa. Su fachada era un mero frontispicio coronado por un triángulo. Tenía, generalmente tres puertas con columnas sostenidas por leones o monstruos, a guisa de pedestales. Sus interiores eran severos y el interés que tenían radicaba especialmente en su bóveda, la cual constituía un problema todas las veces que el plano cambiaba y cuyo problema era siempre solucionado de una manera directa y lógica, contribuyendo con esto al advenimiento de la arquitectura gótica. Los monumentos principales que legó este estilo fueron la iglesia de San Miguel en Pavía (siglo XI), la de San Ambrosio en Milán

(siglo XII) y la de San Zenón en Verona (siglo XII).

El estilo toscano era menos vigoroso pero incomparablemente más elegante que el lombardo. Había en él profusión de arcadas y columnatas. Se usaba el mármol en combinaciones harmoniosas de color. Eran los suyos, templos rientes y hermosos, muy interesante bajo el punto de vista decorativo; pero de construcción forzada y defectuosa. El estilo románico-toscano ha dejado, aparte de las iglesias florentinas del siglo XII, un magestuoso grupo de edificios: el formado por la Catedral, la Torre Inclinada y el Bautisterio de Pisa.

Sin embargo de algunas notables manifestaciones, no fué el suelo clásico propicio al desenvolvimiento de las formas cristianas. Un país como Italia, sensual por temperamento y por herencia, donde se juntan el lujo de la naturaleza, la fertilidad y abundancia de sus campiñas, sus golfos en curba, sonoros y harmoniosos, su cielo y su clima; un país en el que la vida se adorna y se desliza suavemente, como los vientos tibios que atraviesan sus jardines perfumados, no pudo dar expresión arquitectónica a los ideales cristianos que

consideraban la vida como amarga pesadilla y vía dolorosa y aspiraban a la eterna bienaventuranza, a la ilimitada felicidad. No, el latino era alegre como su país. Bastábanle su sol, sus claras fuentes, sus rebaños de cabras, la alegría franca de sus vendimias, la ruidosa algazara de sus fiestas rústicas. Había nacido enmedio de una tierra encantadora, hijo mimado de la diosa Fortuna y gozaba de la vida presente, como sus abuelos paganos, de quienes heredara con la tierra, el espíritu helénico.

Para que la idea cristiana, prometedora de dichas ultraterrenas encontrara almas a propósito para germinar, necesitó penetrar en las umbrías selvas del norte de Francia y Alemania, en que la inclemencia de los elementos: las fuertes tempestades y los largos inviernos, estaban más en harmonía con una religión que predicaba el sufrimiento resignado y que llamaba a nuestro mundo «valle de lágrimas.»

Allí comenzó a florecer la arquitectura románica, en iglesias y monasterios, agarrada a las cimas de los montes coronados de abetos y en los riscos escarpados donde el musgo tendía su manto verde, en lucha incesante

con la escarcha del perenne diciembre. Allí creció, en gestación dolorosa, llevando la esperanza donde estaba el desaliento, en medio de la sangre, al tiempo que los rudos barones y los caballeros cruzados salían de sus castillos a la conquista de la Tierra Santa.

En estos parajes tristes en que la naturaleza no es madre cariñosa, sino implacable enemiga del hombre, comenzó a echar hondas raíces el cristianismo. Se encontró con razas graves, ensoñadoras y oprimidas para las cuales era la vida, lucha incesante; con siervos cuyo sudor regaba los campos de sus señores feudales; con multitudes sumisas para los cuales, la esperanza de una vida en que fueran recompensadas de sus fatigas, constituía su único aliento, la fuente de donde sacaban fuerzas para seguir adelante por su espinoso camino.

Y la palabra evangélica, untuosa y consoladora, la plática del misionero que contaba del mártir que murió en la cruz por todos, del maestro que no despreciaba al pobre ni al humilde, germinó en las imaginaciones de los bárbaros y el anhelo que encendió en ellas produjo las flores maravillosas de las catedrales góticas, los cálices de lirio de sus flechas

y los encajes finísimos de sus decoraciónes.

Uno de los primeros monasterios que se construyeron en Francia fué el de Cluny, fundado por Guillermo de Aquitania en el primer cuarto del siglo X. Su aspecto, al decir de viejos infolios desenterrados del polvo secular de algún archivo de la orden era, como el de los de la mayoría de aquella época, maciso y tosco. Tenía su decoración ligeras reminiscencias de la romana; esbozos de capiteles corintios; vagas sugestiones de acantos y laureles; arcos semicirculares que se levantaban casi del suelo, oprimidos por bóvedas enormes y desnudas, en las que ya no abrían sus pétalos carnosos las flores que ornaban las del panteón. La Arquitectura Románica del Norte tiene casi la inmovilidad de la Egipcia. A pesar de sus arcadas y galerías, de sus torres y sus pórticos columnares, conservó durante algún tiempo, como ya hemos dicho, el aspecto sepulcral y subterráneo de las primivas catacumbas.

Al aproximarse el milenio, las conciencias inquietas buscaron un auxilio en los claustros, al lado de los viejos abades y los monjes, a quienes prestigiaba su vida de virtud y de oración. Barones y Landgraves dotaron mag-

níficamente a los monasterios e iglesias de sus dominios y fueron, atritos y temerosos, a arrodillarse ante el ara del Dios justiciero, en demanda de perdón.

Enriquecidos con estos donativos y una vez que los vanos temores del fín del mundo se hubieron disipado, diéronse los monjes a construír. En los sitios incultos y boscosos, ayudados de siervos y señores, plantaron las primeras piedras de los monumentos cuya belleza y grandiosidad habían de asombrar a las generaciones posteriores: levantaron en Francia las iglesias de Cahors y Clermont-Ferrand y los Monasterios de Fontevrault y Vezelay. Las riberas del Rhin se cubrieron de catedrales; Maguncia, Bonn, Worms y Espira lanzaron al aire sus recias torres. España, cristiana y fervorosa, edificó las iglesias de León, Avila y Salamanca, con un desprecio absoluto a las formas moriscas y la rubia Albión, que no contaba con más arquitectura que unas cuantas torres celtas y sajonas diseminadas en sus suelos, sintió la necesidad de elevar al Señor su alma y le dió, en ofrenda, las catedrales de Durham y de Norwich.

El espíritu caballeresco y guerrero de la Edad Media hizo nacer una arquitectura mili-

tar que, aunque inferior en grandeza y propiedad de expresión a la eclesiástica, merece nos ocupemos brevemente de ella en el presente estudio.

El noble de aquella época, amenazado continuamente por hordas devastadoras ó enemigos personales, construía para su defensa fuertes castillos en lo alto de las peñas o circundados de fosos e impenetrables murallas, si en medio de los valles o al pie de las montañas. Eran estos rudos edificios más bien fortalezas que habitaciones. Su entrada era angosta y solo accesible (en la mayoría de las veces) por medio de un puente levadizo a través del foso, el cual tenía su mayor profundidad en este punto. Constaba el castillo, aparte de incómodas habitaciones, de una sala de armas, un gran comedor, bodegas, prisiones subterráneas, una capilla y un patio con una gran fuente en su centro para hacer provisión de aguas pluviales y poder sostener un largo sitio. Construíanse en algunos castillos pasajes subterráneos que llevaban a lugares muy distantes como en Coucy, para que, en caso necesario, pudiera escapar la guarnición.

En estas fieras construcciones vivían los caballeros con sus familias, su servidumbre

y sus mesnadas, ejercitándose en el manejo de las armas, cazando en los bosques inmediatos con sus ruidosas jaurías y sus bravos halcones o proyectando atrevidas expediciones y desmedidas empresas. Tenía el señor antiguo un tanto de Don Quijote y un mucho de Bayardo. Gustaba de la aventura y era valiente y leal. Por eso cuando la voz de Pedro el Ermitaño se dejó oír por los castillos y las ciudades predicando la cruzada contra los infieles que se habían posesionado de los santos lugares, encontró pronto eco en los corazones cristianos y aguerridos de los belicosos Señores. Salió de Francia, de Alemania y de Inglaterra toda la flor de la caballería: príncipes rubios y héroes de la fábula, santos e hidalgos, caballeros andantes y valientes hombres de armas; fueron los Godofredos, los Bohemundos, los Tancredos y los Barbarrojas.

Caminaron a veces victoriosos y a veces vencidos. Colmaron de cadáveres los fosos de los castillos saqueados y clavaron en las puertas de las ciudades indefensas las cabezas de sus enemigos. Y cuando a punta de lanza y golpe de tizona las mesnadas y los tercios cruzados entraron en la tierra que había

consagrado el paso de Jesús, llenaron con sus bélicos himnos y sus gritos de santo entusiasmo el vetusto valle de Henón y despertaron de las ruinas que fueran la ciudadela de los Macabeos, su alma guerrera y su legendario ardor.

Quince años estuvieron las huestes cristianas en posesión de los santos lugares. La desunión y los reveses de fortuna los expulsaron de aquella tierra que habían regado con su sangre y aunque de nuevo se hicieron tentativas para recuperar lo perdido, probaron ser infructuosas en su objeto capital. No así, afortunadamente, en sus resultados civilizadores. Cuando los occidentales volvieron a sus patrias, después de haber visto en el oriente tantas maravillas, llenas sus imaginaciones con el lujo de la corte de Bizancio y la visión de las maravillosas arquitecturas asiáticas, impusieron sobre la tristeza y la austeridad de sus vidas y de sus monumentos, la reminiscencia polícroma y brillante de su expedición.

Fué en tal época cuando nació el estilo gótico, cuando se desprendió del románico y comenzó a desplegar la insólita opulencia de sus galas.

A esta arquitectura, que se desarrolló en el occidente de Europa del siglo XII al siglo XV y que no fué sino la lógica solución del problema románico al introducirse la ojiva, dió en llamársele gótica, a imitación de los italianos de la edad, que llenos de orgulloso desprecio hacia todo lo que no trascendía a las formas clásicas, no concebían otra belleza ni otro arte que los que ellos hubieran heredado.

Dicha arquitectura se distingue entre las demás por dos principios fundamentales: el primero es la concentración de las fuerzas en puntos aislados, la cual da al monumento un aspecto ligero y aéreo; y el segundo el equilibrio de los empujes que consiste, no en resistirlos por la pura inercia de los materiales, sino en oponerlos unos a otros en pasar por todos los miembros del edificio corrientes de fuerzas y llevar su resultante, a través de botareles y columnas, hasta los cimientos y el subsuelo del edificio.

No queremos detenernos en la construcción gótica, materia vastísima que no pertenece a nuestro estudio y que sólo tocamos incidentalmente. Para el propósito del presente libro no es lo importante descubrir el mis-

terioso nacimiento de la ojiva ni seguir el desenvolvimiento de la bóveda, desde su humilde origen hasta las más grandes complicaciones del aristamento sajón. Bástanos considerar la catedral gótica en su aspecto espiritual, en su delicado simbolismo y en su prolífica decoración, para seguir luego, a grandes rasgos, su descenso y su agonía.

Las referidas catedrales son semejantes, en lo esencial, a las románicas cruciformes. Constan de un «narthex» al que dan acceso las tres grandes puertas de la fachada occidental, decorada por multitud de esculturas de santos, guerreros, reyes y obispos; coronadas por galerías delicadísimas, por la gran rosa central que simboliza el reino de Dios y por las dos torres, gemelas en la mayoría de estos edificios. Del «narthex» se dirigen al oriente, como hacia un puerto celestial, la nave, las alas laterales y las galerías que, al encontrarse con los cruceros, lanzan al aire (en el punto medio de la intersección de sus bóvedas) una flecha, un cimborio o un octágono como el famoso de Ely. Detrás de los cruceros despliega el ábside su curva y deja en medio, al altar rodeado del coro; capillas laterales entre los botareles que soportan los empu-

jes de los arcos, circundan al edificio; ilumínanlo amplios ventanales y lo puebla la fantasía popular y religiosa que junto al santo de beatífica expresión, coloca en los recesos y los huecos de la piedra a una multitud de monstruos que se retuercen de dolor, que se crispan de espanto, que parecen gritar de rabia, que se increpan y se muerden o que, perseguidos por endriagos y demonios, corren en rondas desesperadas y se ocultan entre las hojas de las viñas y los arabescos del decorado.

Una catedral es la síntesis más completa de la Edad Media. Allí se encuentra todo lo que caracteriza a la época: su horror al infierno, su esperanza en Dios, sus ensueños, su tristeza y su fe. Es también este edificio imagen exacta del dogmático levantado por el sutil ingenio de los Padres de la Iglesia. Hay un paralelismo exacto en su desarrollo: el uno que camina desde la simplicidad de la Basílica a la complicación lineal de la Catedral y el otro, de la sencillez evangélica a los problemas arduos e intrincados de la Teología.

Como se ha dicho, la Arquitectura Gótica desafía la ley de gravedad, parece salirse de las condiciones naturales. Al contrario de la belleza griega, serena y lógica, la ojival tiene un carácter paradójico, incomprensible a primera vista. Hay en la construcción de una gran catedral, un espíritu de completa renunciación a los bienes de la tierra Todas sus líneas, sus flechas, sus pináculos, sus columnas, se lanzan hacia arriba como una aspiración y a una altura vertiginosa, sostiene sus «bóvedas henchidas de plegarias» y sus torres que se levantan «como brazos implorantes de la misericordia divina.»

¡Qué distintos el espíritu helénico y los templos que engendró! Macisos, serenos, plácidos, de líneas horizontales paralelas a la base sobre la que se levantan, dan una sensación de bienestar y de descanso, se apegan a la tierra, a la vida presente que tanto amó el griego. No produce su contemplación el pavór y el recogimiento que se experimenta bajo las altas bóvedas de las iglesias del norte. La sombra que en éstas se hace densa, que envuelve con sus paños negros los interiores gigantescos, es en aquellos sólo la precisa para hacer brillar más clara la piedra iluminada.

El arquitecto cristiano, muy al contrario del griego tomó de la naturaleza sólo su aspecto pavoroso y terrible. «Por medio del ór «gano y del suspendido bronce ha unido al «templo gótico hasta el *rumor* de los vientos «y de los truenos que ruedan sordos en la pro «fundidad de los bosques. Los siglos evoca«dos por aquellos religiosos sonidos, levantan «su decrépita voz en el seno de las piedras y «suspiran melancólicos en la espaciosa basíli«ca: el santuario muge como la caverna de la «antigua sibila; y *mientras* el bronce se co«lumpia con estruendo sobre la cabeza del cre«yente, los abovedados subterráneos de la «muerte enmudecen profundamente a sus «pies.» (1)

Francia fué, sin duda, la nación que mejor comprendió el gótico y la que, en consecuencia, produjo más maravillas. Tres períodos comprende el desarrollo de esta arquitectura: el primitivo (1160-1275), simple y vigoroso; el «Rayonnant» (1275-1375), llamado así por los dibujos radiales de sus ventanas y caracterizado por la riqueza de su decoración, el perfeccionamiento de la bóveda, sus gran-

(1) El Genio del Cristianismo. Chateaubriand.

des ventanales y sus esculturas hieráticas y cristalizadas en que «el artista parece» según la frase de un gran poeta, «haberle infundido a la piedra una segunda petrificación;» y por último el «Flamboyant» (1375-1525), nombre que se aplicó al tercer período, por su decoración caprichosa, que se asemeja, en sus líneas, a una llama. El «Flamboyant» es una degeneración del estilo. La fantasía sin freno tuvo concepciones bizarras, creaciones exhuberantes y desordenadas que hicieron morir el arte que levantó las catedrales de Notre Dame, Rheims, Amiens y Chartres y que sostuvo, sobre muros de cristal, la bóveda maravillosa de la Santa Capilla.

España sufrió la influencia francesa en sus catedrales de Burgos, Toledo, León, Valencia y Gerona. Al expulsar a los árabes de su suelo, comenzó a levantar todos estos monumentos; pero no en balde vivió allí durante siglos aquella raza. Su aversión a las suntuosidades exteriores, tan de manifiesto en la Alhambra, fué comunicada inconscientemente a los constructores góticos de la edad, quienes edificaron los exteriores de sus templos con gran sobriedad y reservaron el filigránico detalle para sus magníficos interiores. Hay

en esto, algo de la tendencia del celoso oriental que reserva a su intimidad todos los lujos, todos los goces y todos los refinamientos de sus serrallos, sin dejarlos siquiera entrever al vulgo.

Inglaterra pasó, como Francia, por tres períodos en el desarrollo de su estilo ojival: El Primitivo, digno y sencillo; el Decorado, ligero y con profusión de adornos elegantes y el Perpendicular, que marca la agonía del estilo, por su rigidez y su falta de imaginación, al contrario del francés correspondiente a esta época. Las catedrales inglesas son notables, sobre todo, por sus complicadas bóvedas y sus torres centrales. Son menos altas que las de Francia, construídas sin valentía, de pórticos bajos y fachadas poco interesantes. Su belleza está más bien en lo elaborado de su decoración, en su flora, en la lozana vegetación de rosas de piedra y de tupidos follajes que cubrió los muros de las Catedrales de York, Lincoln, Westminster, Wells y Salisbury.

El desenvolvimiento en Alemania no es tan interesante como el de Francia e Inglaterra; no solo porque fué menos sistemático, sino también porque produjo menos obras de

consideración. Sus períodos no son bien definidos ni se suceden lógicamente como los de otras naciones europeas; nótase en sus edificios la influencia francesa, especialmente en la catedral de Colonia y les falta originalidad y buen gusto, a pesar de la belleza indiscutible de algunos detalles. Aparte de la catedral de Colonia, que es la más hermosa producción de Alemania, merecen citarse las iglesias de Ulm, Viena, Ratisbona, Estrasburgo y Praga.

Poco diremos de la arquitectura cristiana en el suelo clásico, a pesar de sus manifestaciones en Milán, Asís, Orvietto, Siena y Pavía. No que en Italia deje de haber monumentos ojivales de alto valor artístico. Bastaríale solo el Campanile de Giotto en Florencia al que Ruskin llama en sus «Siete Lámparas»: «Modelo y espejo de la arquitectura perfecta», para que el gótico italiano fuera interesante y encantador; pero como ya lo notamos, el espíritu cristiano que elevó las iglesias del Norte, no pudo imponer su sello sobre los templos italianos, polícromos, alegres y luminosos.

La producción artística de la Edad Media tiene una sorprendente homogeneidad. Entre las catedrales góticas y la Comedia del Dante hay la misma hermandad que entre los castillos medioevales y la Canción de Rolando. Hijos de sentimientos religiosos y caballerescos, encuéntrase una unión tan fuerte en su nacimiento como en su agonía. La arquitectura ojival y el maravilloso ciclo de poemas cristianos, murieron cuando el Renacimiento y la Reforma apagaron el fuego que a aquellos alimentara; y la sátira amarga del manco español junta con el absolutismo monárquico que substituyó al sistema feudal, fueron el ariete formidable que dió en tierra con la caballería y despojó de sus cascos, de sus yelmos y de sus escudos a todos aquellos bravos desfacedores de entuertos que por montes y llanadas buscaban al azar una aventura y ofrecían su viejo lanzón y su indomable valor a aquel que de ayuda hubiere menester.

El siglo XV presenció la agonía de los viejos ideales. El gótico tuvo su canto de cisne en los intrincados dibujos de las iglesias de Rouen; dió sus últimas notas en los calados sumos de la aguja de Estrasburgo y falto

de vitalidad, arrollado por la marea del Renacimiento que llegaba de Italia, pletórico de vida y de entusiasmo, resignóse y murió, dejando sus Catedrales, sus Conventos, sus Abadías y sus Castillos, como suntuosos monumentos al ideal que los levantó.

ARQUITECTURA DEL RENACIMIENTO

ERA a principios del siglo XV en la ciudad que ostenta por emblema un lirio rojo. El Arno legendario, serpeando por las calles de Florencia, pasaba debajo de sus puentes musgosos y traía de las campiñas floridas, un hálito primaveral. Los pastores, en las cañadas y las colinas cubiertas de mirtos y madreselvas, revivían con sus flautas el alma de Dafnis y tejían fragantes idilios como guirnaldas de flores. La sana alegría de la vendimia se esparcía por los prados y llegaba en oleadas tumultuosas a las ciudades italianas. Todo era paz. Dormían los arcabuces y las bombardas cansados de su obra destructora; despertábase la conciencia, aletargada en la Edad Media, y el gusto por las letras clásicas, ini-

ciado por Petrarca, iba haciendo más y más conquistas. Aún resonaba el festivo cascabeleo de los cuentos galantes que Bocaccio contara a la sombra de los laureles de Fiésola y sus libros, llenos de admiración por los poetas helenos y latinos, sembraban en las inteligencias la semilla del Renacimiento.

Cosme de Médicis hizo sentir su alma de príncipe enmedio de una ciudad republicana. Amante del saber y deseoso de hacer explorar nuevos horizontes a sus conciudadanos, fundó una gran biblioteca y abrió las puertas de una Academia para comentar los escritos de Platón—ánforas que encerraron por mucho tiempo el sutil perfume de la ciencia antigua. El pensamiento voló entonces sobre alas poderosas y en plena libertad se remontó a los campos azules de la especulación filosófica.

En la campiña y en las riberas del Arno paseaban los adolescentes florentinos—como entre los bosquecillos de la Acrópolis lo hicieran otras veces los atenienses—discurriendo sobre la vida y el amor, dejando volar serenamente los aforismos platónicos o declamando

con entusiasmo los tercetos sonoros de la Divina Comedia

Las artes plásticas fueron en pos de la literatura. Un gusto vigoroso sucedió al enfermizo medioeval; pintores y escultores rompieron abiertamente con la tradición bizantina; y las cabezas y los torsos de mármol con que tropezaba la reja del arado al hender la tierra de los campos romanos, les proporcionaron la ruta y la verdad que debían seguir. Abrieron de nuevo los ojos a la sencillez y a la belleza pura de las líneas; volvieron a su vieja tradición como el pródigo de la parábola; y sedientos de sensaciones de arte, abismáronse ante los frescos de Masaccio en la Capilla Brancacci y meditaron en silencio la lección de fuerza y de naturalismo que se desprende de sus figuras viriles. No flotaba ya en ellas aquel delicado sentimiento de beatitud que sella la obra del angélico monje de Fiesola; es más bien la profecía de las maravillas de la Sixtina, de los atletas que se levantarían en actitudes soberbias, cantando hosannas a la vida y loas fogosas a la belleza y a la fuerza.

Los pesados velos de las estatuas y las imágenes medioevales cayeron, descubriendo

la rítmica hermosura del cuerpo humano; y a la par que el nervioso Botticelli marcaba en su obra, llena a la vez de gracia pagana y de mística unción, el punto en que el espiritualismo refinado de los siglos medios se confundía con las visiones de la belleza helénica, Verrochio y Donatello preparaban la vía que a pasos de gigante habían de recorrer más tarde los genios altísimos de Buonarroti y de Vinci.

En la Florencia ducal, reuníase en torno de los Médicis una corte de literatos y de artistas. Al aproximarse las calendas de mayo las vírgenes coronadas de rosas bailaban en las plazas, al son de las flautas; Ghiberti cincelaba las puertas del Bautisterio; la juventud florentina se batía en brillantes justas ante la gracia de sus doncellas; se ponderaba a Homero, a Sófocles y a Esquilo...... ¡El Olimpo resucitaba!

Más no se operó la resurrección del genio antiguo de golpe y por violenta imposición. Tuvo sus trabas, pasó por pruebas terribles antes de triunfar definitivamente y volar allende los Alpes a luchar contra los prejuicios arraigados tan profundamente en los espíritus de Francia y de Alemania. Un mon

je dominico llegó un día a la antigua ciudad toscana y supo conmoverla y dominarla de tal manera, que su pueblo, impresionable y temeroso, llamó vanidades a su arte y a su ciencia y encendió hogueras que devoraron los manuscritos iluminados de los poetas, las Ledas y los Adonis de sus jardines, los lienzos exquisitos de sus pintores y los relieves que embellecieron los frisos de los templos imperiales y que fueron la fuente de inspiración en que abrevaron los espíritus de Nicola Pisano y Lucca della Robbia.

El lenguaje del Apocalípsis, áspero y terrible, volvió a azotar los oídos florentinos, más acostumbrados ya a las melodías homéricas y virgilianas que al fragor tempestuoso de los videntes hebreos. Savonarola fué el amo de Florencia, adueñóse de las conciencias y se constituyó en árbitro de todas las cuestiones, llegando hasta desafiar al Borgia que vivía en medio del lujo de la corte de Roma.

Pocos años duró sin embargo el señorío del «frate» dominico. Sujeto a prueba por el pueblo que exigía un milagro, demostró tener menos disposiciones para mártir que para

orador y pagó con el tormento los triunfos de su vida.

Desde entonces entró Florencia, y con ella todas las Repúblicas Italianas. en el período franco y glorioso del Renacimiento. Otra vez, y quizá con mayor magnificencia, volvieron las calles de la ciudad de las flores a verse transitadas por aquellos cortejos brillantes que llamaban «Triunfos.» Pasaron bajo sus palacios los carros adornados, ostentando su púrpura, su oro, sus alegorías que evocaban la grandeza guerrera de la Roma antigua o la serena majestad del Olimpo griego ...... Eran Césares fieros en sus carros de combate, patricios y tribunos, pretorianos y gladiadores, héroes de la época republicana, los vencedores de Cartago, los Tarquinos, Numa Pompilio, Rómulo, Eneas y los colonos troyanos que traían a la nueva patria sus penates y sus armas gloriosas; eran, otras veces, Hércules domadores de monstruos, Venus hermosas saliendo como perlas de la espuma marina, Neptunos armados de tridentes que conducían sus carros nacarados; y náyades y nereidas y ninfas y sátiros y dríadas .... todos los esplendores lejanos y las visiones confusas que zagales y pescadores

creían ver entre la sombra de los bosques o al pie de los promontorios donde tiraban sus redes. Pasaban también coros de adolescentes, arrancando con cadencia y uno a uno, los catorce pétalos de los sonetos que Lorenzo el Magnífico—como nuevo Anacreonte—componía a la vida y al amor. Con sus voces cálidas modulaban los versos del poeta: «¡Qué hermosa es la juventud!—¡Huye, sin embargo!—Que el que quiera ser feliz lo sea en seguida. —No hay certidumbre para mañana».... ¡Era el espíritu pagano que volaba de nuevo!

Otras veces aún, gozaban presenciando las entradas triunfales de algún príncipe. Desfilaban entonces los trompeteros, los pajes vestidos con jubones de brocado de oro y mantos de terciopelo granate; los guerreros de largas alabardas y corazas de hierro: Carlos VIII de Francia en medio de su nobleza o el Duque de Valentinois, ídolo hermoso de las multitudes. Pero no siempre eran entradas pacíficas y de aparato teatral. También llegaban a las capitales italianas ejércitos enemigos en son de asalto. Ciudades y familias rivales se destrozaban con odio implacable.—Pisa y Florencia, Milán y Génova, los Médicis y los Pazzi, los Orsini y los Colonna, los Capu-

letos y los Montescos no cesaban de pelear o de tramar sordas conspiraciones que estallaban, a veces, con violencia infernal.

Sobre este escenario de sangre, sin manchar las alas blancas de su sentimiento, sin descender de los cielos azules donde vivía, volaba con vuelo sobrehumano la fantasía creadora de los grandes artistas. Leonardo de Vinci imprimía en los labios de la Gioconda su indefinible sonrisa; Miguel Angel, en un desbordamiento tempestuoso de su genio, cubría con un mundo de figuras agigantadas la bóveda de la Capilla Sixtina; y Rafael, el príncipe afortunado, de gracia femenina, decoraba las «Stanze» del Vaticano con sus harmoniosas y delicadas composiciones. Las artes plásticas produjeron una frondosa vegetación en el suelo italiano: Venecia, Perusa, Siena y Boloña cubrieron sus iglesias y sus palacios con todo lo que producía aquel brillante ejército de exquisitos artífices. Escultores, orfebres, grabadores, plateros, pintores y arquitectos formaban legión y trabajaban con actividad sólo comparable a la que se vió en Atenas, durante el siglo de Pericles. Roma reconquistaba al mundo con el prestigio de su cultura. Los sabios de Bizancio, no pu-

diendo soportar el yugo turco, llegaron a las ciudades de la península y establecieron sus cátedras de filosofía ante auditorios ávidos de la ciencia antigua. En los Países Bajos y en Alemania, en Francia y en España se reflejaba la civilización italiana y producía escuelas de pintura y academias; la libre investigación científica se hacía sentir en las Universidades; la semilla que sembraron obscuros precursores de la Reforma comenzaba a germinar en serias protestas contra el lujo de Roma y los marinos portugueses ponían en comunicación con la Europa occidental, a las naciones exóticas del Extremo Oriente y descubrían los campos de especulación que habían de enriquecer con su asombrosa fertilidad, a las potencias máximas del mundo actual.

En aquel tiempo la vida de los italianos era tormentosa e intensa. Nunca se estaba a cubierto de un golpe de mano o de que algún servidor pagado escanciara en la copa un brebaje mortal. Se vivía, por lo tanto, con plena conciencia del precio de la vida y se la saturaba con goces refinados, con impresiones de arte y placeres intelectuales. Una existencia así producía invariablemente tipos como los de César Borgia, Benvenutto Cellini

y Oliveretto de Fermo, cuyas vidas y hechas narra elegantemente Machiavello. Todos los señores de entonces eran amantes de pendencias, intrigantes, con poca o ninguna noción del honor caballeresco, fecundos en ardides, prontos para tramar, hábiles para ejecutar, acostumbrados a lances belicosos; pero haciendo mediar entre ellos y los antiguos feudales, todo un abismo de cultura. Gustaban tanto de hacer un bello soneto como de dar una buena estocada; se declaraban francos protectores de artistas y sabios, les daban lugares prominentes en sus administraciones o hacían ejecutar para sus capillas y palacios grandes cuadros y grupos escultóricos. Amantes del buen decir, de las conversaciones doctas, de la oratoria y de la música pasaban su su vida (cuando no en guerra), en mascaradas y procesiones, en cenas y festivales, en medio de galanteos y aventuras de amor. «Tenían una fogosidad de animal joven» que estallaba en risas, como en rosas la eterna alegría de la campiña. Vivían así, inconscientes del tiempo que pasaba, reprimidos a veces por vagas y extrañas supersticiones que olvidaban pronto, para volver a darse por entero al goce, con pagano ardor.

El Renacimiento fué la distensión del arco que había contenido por siglos la mano de hierro de la Edad Media; fué una explosión de savia que cubrió con manto verde la vetusta ramazón del roble latino y revivió su antiguo esplendor imperial. «Es» dice Taine «la «era de la gran invención; todo en ella es ex«pontaneo; nada se hace rutinariamente y los «espíritus son tan fecundos, que no pueden «tocar una cosa sin fertilizarla.»

Y es verdad. Porque entonces se laboraba en las obscuras celdillas de los cerebros pensadores los inventos que cambiaron el aspecto y la concepción de la vida; porque Copérnico y Galiieo emitían los principios de la moderna astronomía; porque Colón zarpaba de un puerto español con la proa de sus naves hacia lo desconocido; porque Guttenberg iniciaba con su descubrimiento una brillante evolución intelectual y porque Da Vinci—augur divino—esbozaba, con amplios trazos, la máquina que cinco siglos más tarde había de conquistar el aire.

He ahí, a grandes rasgos, el carácter del Renacimiento. Su arte en general y su arquitectura en particular, tienen, entre otras muchas analogías con los que produjo Gre-

cia, una que (a nuestro entender), es la más grande: haberse levantado, serenos y apacibles, enmedio del tumulto y la agitación, sobre suelos regados por sangre derramada en lides de Repúblicas hermanas.

Desde el siglo XIII algunos precursores ignorados del movimiento que había de dar por resultado la reimplantación del clacicismo, recurrían a los monumentos romanos en busca de inspiración. Nicolás Pisano revelaba en los púlpitos de Siena y de Pisa su amor à la decoración antigua e iniciaba, inconsciencientemente, una época de observación y de estudio. En los frescos de Cimabue, de Giotto y de Gaddi aparecían con frecuencia, entre arquitecturas góticas, capiteles y frisos corintios; y en algunas obras de menor importancia, como las que joyeros y orfebres cincelaron entonces, encontrábase fácilmente el sello pagano.

Estas manifestaciones sencillas fueron a manera de un preludio melodioso que apenas sí sugería la complicada y harmoniosa trama sinfónica. Puede decirse que comienza ésta

al levantarse en Florencia la cúpula de la Catedral y que termina en Italia al erigirse la mayor de Roma. Pero a pesar de estar comprendida toda la buena arquitectura del Renacimiento Italiano entre esos dos grandes problemas de construcción eclesiástica, no fué ni esencialmente religiosa ni caracterizada por dificultades técnicas, como la gótica. El estilo que vamos a estudiar ha sido definido como un sistema de ornato, basado sobre un dogma de proporción. Su campo fué, por lo tanto, el decorativo y sus obras, ya no dictadas por misticismos o caballerescos ardores, palacios suntuosos y elegantes «villas.»

En el año de 1417 se inició una gran competencia para levantar una cúpula sobre el inmenso octágono de la Catedral de Florencia. Felipe Brunnelleschi, quien con Donatello había hecho viaje detenido a Roma para estudiar las ruinas de los monumentos clásicos, fué el que consiguió solucionar el arduo problema y levantar el domo magestuoso de la ciudad ducal.

Brunnelleschi, penetrado de la arquitectura y la decoración romanas, las prodigó en Santa María de las Flores, la Capilla de los Pazzi, San Lorenzo y el Santo Spirito. Desde

esa época el clásico fué el estilo adoptado y seguido por los Alberti, los San Gallo y los Bramante, en las Iglesias y Capillas cuya erección les fué encomendada.

Sin embargo, no sobresalían los arquitectos del Renacimiento, en el diseño eclesiástico. Su éxito radicó en la construcción de palacios, monumentos más adecuados a una época caracterizada por el lujo y la cultura de sus prohombres. Eran estos palacios sólidas construcciones coronadas por clásicas cornisas y ornamentadas por la flora y la fauna de los templos antiguos. El patio interior era el más bello elemento de su arquitectura. Circundábanlo elegantes arcadas adornadas con medallones esculpidos y entablamentos decorados con festones de rosas y laureles, con geniecillos entre vides o cupidos alados entre acantos y ramos de follaje. El vestíbulo, los salones y las habitaciones, lucían, en muros y bóvedas, delicados frescos con escenas del Olimpo. Hermosas tapicerías pendían, otras veces, de las altas paredes y grandes panoplias, armaduras de hierro, cascos y corazas, escudos y rodelas daban majestad a las salas de armas. Las bibliotecas lucían sus anaqueles colmados de valiosos manuscritos

y las galerías de pinturas ostentaban sus lienzos y sus estatuas Las molduras que habían perdido durante la dominación del gótico, su elegante pureza, mostraron clásicos perfiles en los palacios italianos. Notábase en los menores detalles una preocupación constante por la copia minuciosa y exacta del modelo antiguo y ya desde la construcción de los palacios Riccardi, Pitti. Rucellai y Strozzi presentíase el próximo período de formalismo y falta casi absoluta de fantasía. Los detalles del estilo nuevamente implantado se desarrollaron tanto en edificios monumentales como en obras menores, puramente decorativas. Lucca della Robbia, Mino da Fiésola y Benedetto de Majano diseñaron una gran cantidad de fuentes, altares, púlpitos y tabernáculos en los que nunca podrá dejarse de admirar su maravillosa facultad inventiva. Todas sus obras, eclesiásticas y profanas, tienen un sello netamente pagano. En cada una de ellas puede observarse—como un atavismo impuesto por le janos antepasados—su culto al bello cuerpo humano.

Al tiempo que Florencia daba al mundo con pródiga mano, una pléyade de artistas geniales, Verona, Siena, Pisa y Venecia flo-

recían con extraordinaria lozanía. Eran las flores venecianas lotos y lirios que levantaban sus invioladas corolas entre las hojas pulposas de las plantas acuáticas, nacidas en la sombra de canales taciturnos; flores hermosas, delicados cálices que parecían haber recogido en sus pétalos todos los colores del iris y amar entre ellos, con ferviente amor, el de la flor del granado, al que D'Annunzio da culto en sus versos y sus libros de enfermo. En esa ciudad antigua, que conservaba como última vestal en el suelo de occidente el fuego y el alma del color oriental, lució otra gran constelación de pintores y arquitectos: los primeros, enamorados de la luz, derrocharon en sus lienzos y en sus frescos la púrpura y el oro, los ocres y el vermellón y dieron vida, con sus pinceles, a una multitud de figuras voluptuosas, envueltas en cálidas coloraciones; y los segundos ornaron las orillas de los canales con filas cerradas de fachadas palaciales, a cuyas puertas, en noches románticas, llegaba la adolescencia enamorada a poblar con las melancólicas notas de sus serenatas, el silencio armonioso de la ciudad marina.

Hubo allí, en ese entonces, una familia

de arquitectos que se distinguió entre todas, por su buen gusto: la de los Lombardi. Rempiendo los de este apellido con la tradición gó tica y sus ad láteres árabe y bizantina, comenzaron a edificar en el nuevo estilo conservando solo, por fortuna, su antigua costumbre de incrustación de mármoles. La riqueza que con sus expediciones comerciales adquirieron los venecianos, fué utilizada en la construcción de diversos edificios, tales como Santa Marie dei Miracoli, la Scuola di San Marco, la Iglesia de San Zacarías y los palacios Vendramini y Darío en los cuales, Lombardi, Bregno y Rizzio usaron elementos del arte antiguo, recogidos por ellos en el Foro Romano.

Roma cuenta con pocos monumentos de importancia, pertenecientes a este período. Sus desórdenes internos detuvieron, por algún tiempo, el vuelo del Renacimiento; pero al finalizar el siglo XV, cuando con la tranquilidad volvió la riqueza a la ciudad pontificia, una era próspera se inició en la construcción de iglesias, arcos, puertas y palacios en los que ya no se quiso expresar una idea, como en las catedralas góticas; sino hacer sentir la Belleza como en los templos helenos. Cambióse por lo tanto la Arquitectura, del esca-

broso y fantástico terreno de la teología, al amplio y florido de la estética.

Una de las fases más interesantes de la arquitectura del Renacimiento en Roma, fué la de sus «villas». No eran estas, las casas de labriegos enriquecidos, ni realizaba su tipo la idea de propia habitación para el hombre pegado a la tierra. Constituían más bien el solaz de un ciudadano que, cansado de la monotonía y del convencionalismo de su vida, emigraba cada año en busca de horizontes más amplios y de vientos menos ardorosos. En la estación de los calores dejaban los descendientes de los antiguos «quirites» sus residencias urbanas y se dirigían con familia y amigos, a sus deliciosas quintas. Constaban éstas, en planta, de grandes terrazas a las que llevaban escalinatas ornadas con balaustradas y vasos de piedra, de habitaciones para familia y huéspedes, de salones, biblioteca, comedor y dependencias para el servicio. Al rededor de la casa se desplegaba, con lujo y encanto singulares, una naturaleza convencionalizada, domesticada, un paisaje de abanico o un grabado de parque inglés: eran filas apretadas de arbustos que elevaban sus ramas y follaje a la misma altura, con disciplina mili-

tar; eran avenidas de cipreses y de olivos entre los que aparecía, de trecho en trecho, como mágica visión, el cuerpo de mármol de una ninfa o el clásico perfil de una ánfora corintia; eran riachuelos sonoros que, descendiendo de lo alto de una colina, pasaban entre las hierbas olorosas y bajaban con alegre rumor a quebrarse en cascadas sobre las peñas o a subir otra vez en rectos chorros o irisados rocíos, vomitados por delfines y tritones sobre las blancas tazas de las fuentes parleras. A veces las avenidas se abrían en amplias glorietas, circundadas por bancas de piedra o conducían a canceles de bronce cincelado, a obscuras grutas, o a las terrazas que dominaban el paisaje, el amplio esmalte verde de la campiña, donde se hallaban incrustadas, como perlas de Ofir, las «villas» vecinas de príncipes y cardenales, en cuyo mármol había revivido la gracia clásica del ático cincel.

Las más hermosas «villas» de Italia, con la posible excepción de la villa Lante en Viterbo, son las romanas. La Villa Madama decorada por Rafael y Giulio Romano; la Villa del Papa Julio levantada por Vignola con toda la pureza que caracteriza sus obras; la Villa Médicis; el Casino del Papa en los jardines

del Vaticano y la Villa d'Este en Tívoli forman una hermosa guirnalda que ciñe la decrépita frente de la Ciudad Eterna.

El estudio y la imitación de los monumentos romanos tuvo que llevar, inevitablemente, a un academismo forzado, mató la fantasía individual y consideró como única arquitectura digna, la copia minuciosa y exacta de los modelos clásicos. Olvidáronse entonces del espíritu antiguo, siguieron sólo la letra y produjeron, en vez de los graciosos palacetes y las «villas» de la primera época, una serie de edificios de un formalismo exagerado, fríos y correctos como viejos dómines intolerantes a quienes sólo gustaran doctas conversaciones sobre los clásicos y despreciaran toda manifestación creadora del genio de su edad. Y al perderse, en el diseño, el entusiasmo y el vigor de los primitivos florentinos, comenzaron los síntomas, cada vez más alarmantes, de su decadencia y su final locura. Fueron primero los amaneramientos, las serviles imitaciones y la completa falta de fantasía; y luego, en una brusca transición, cual si de súbito hubiera perdido el juicio, una multitud de creaciones bizarras y caprichosas: espirales re torcidas, decoraciones monstruosas, líneas

que se quiebran con brusquedad, diseños febriles: el «barocco» y el «rococco», enfermedades misteriosas que atacaron el sano organismo del Renacimiento y lo mataron, enmedio de horribles convulsiones.

Roma inauguró espléndidamente su arquitectura palacial. Los genios de Bramante, de Miguel Angel, de Rafael, de Peruzzi, de San Gallo, de Vignola y de Sansovino dieron a luz creaturas perfectas. El Palacio Gondi, el Pandolfini, el Massimi y sobre todos, el Palacio Farnesio, prueban la impecable elegancia de sus arquitectos. Pero no fueron éstos tan felices en la construcción de sus templos. Les faltaba quizá la fé sincera de los constructores góticos que aun en la propia Italia lograron levantar la iglesia de Asís, tan profundamente cristiana como el espíritu del Santo Francisco.

Hablaremos sólo de la Basílica de San Pedro, la más notable, prescindiendo de las que Sanmichele, Palladio, Scamozzi, Fontana y otros, levantaron en las distintas ciudades de la península.

Era la intención de Julio II hacer erigir un enorme mausoleo sobre el monumento que

había encomendado a Miguel Angel; y al efecto el arquitecto Bramante comenzó a construír el suntuoso mausoleo sobre el plano de una cruz griega. A su muerte fué substuído por Giuliano y Antonio de San Gallo, Fra Giocondo, Rafael y Baltazar Peruzzi, quienes hicieron alteraciones al plano de Bramante, cambiándole por una cruz latina y proyectando una gran iglesia en vez del monumento funerario. En 1546 Pablo III encomendó el trabajo a Miguel Angel, el cual desechó los planos de sus predecesores, volvió al de Bramante, dando acceso a la basílica por un gran pórtico y coronándola con la estupenda cúpula que levanta su linternilla a más de ciento veinte metros de altura y que a pesar de las críticas de que ha sido objeto, sigue tomándosele como modelo del perfecto domo. San Pedro es la más grande iglesia de la cristiandad. Blasco Ibáñez al entrar a la suntuosa basílica y ver el lujo de los mausoleos papales, cuyo reposo guardan leones y guerreros romanos, al contemplar bajo el oro cóncavo del artesonado todas las maravillas del arte que guarda la Basílica y al admirar la gracia carnal de tanto mármol y tanto bronce desnudos, no pudo menos que observar: «Esto es un

«templo pagano. Se ve en él el esplendor del «poder temporal, el carácter de los construc- «tores que antes que guardadores de las lla- «ves del cielo, eran reyes de la tierra y que- «rían deslumbrar al mundo, sobrepujando en «fausto a los soberanos». (1)

La crítica más justa que se ha dirigido contra San Pedro, aparte de su poca expresión cristiana, es sobre el gran tamaño de sus detalles que empequeñecen el edificio a primera vista, pues el ojo busca siempre un elemento de comparación y es claro que, mientras más grande es este divisor, más amengua el efecto.

Al morir Miguel Angel, el perfil de la cúpula fué ligeramente corregido por Della Porta; la nave alargada y la fachada erigida por Maderna y las columnatas del atrio, por Bernini.

Después del período de frío clasicismo, vinieron las vulgares extravagancias del estilo «Barocco», llamado por otros «Jesuita» (1)

---

(1) En el País del Arte. Pág. 124. Vicente Blasco Ibáñez.

(2) "Al mismo tiempo aparecía en el interior de las "iglesias, el estilo llamado "jesuita" cuyo carácter consiste

por lo que contribuyó esta orden a su propagación. Sus edificios sobrecargados de ornato, con esculturas en actitudes exageradas, pintarrajeados de colores y dorados en exceso, no muestran sino un gusto degenerado y una falta completa de respeto a los modelos consagrados como clásicos.

La Arquitectura del Renacimiento y el medio que la formó nos ofrecen uno de los ejemplos más admirables de perfecta consonancia. Están los dos caracterizados, en contraposición a los medioevales, por un individualismo intenso y por un grande amor a la cultura y a la forma antiguas. Antaño, cuando las conciencias estaban sujetas por la férrea tradición, cuando el pensamiento teme-

---

"en deslumbrar la vista por la riqueza y variedad de los "motivos, sin preocuparse del verdadero papel del ornamen- "to, que no es otro que acusar la forma. Es esta la época "de la decoración empleada por sí misma interviniendo por "todas partes, aunque constituya un contrasentido y com- "placiéndose en una visión calenturienta de líneas retorci- "das y de relieves inesperados. El genio del Renacimiento "acabó por obscurecerse enmedio de esta orgía decorativa, "no sin haber producido, en ocasiones, hasta fines del siglo "XVIII, edificios notables por su atrevimiento y elegancia."

Apolo.—S. Reinach

roso no buscaba nuevas metas y le bastaban los estrechos senderos por los que invariablemente transitaba, la arquitectura era un producto colectivo en el que artistas y artesanos de distintas razas y varias generaciones iban dejando impreso su común ideal. Pero a las muchedumbres sucedió el hombre y a la turba inconsciente de constructores, el arquitecto libre; es decir que mientras la arquitectura gótica como producto sincero del pueblo es esencialmente demócrata, la del Renacimiento, hija de inteligencias selectas y resultado de la cultura alcanzada por los pocos, es aristócrata en sí.

Esa es la primera harmonía. Vamos ahora a hablar de la segunda: Al tiempo que los fundadores de la Biblioteca Florentina y mientras los humanistas enamorados de las letras clásicas estudiaban los manuscritos antiguos, en las campiñas y sobre las ruinas de las ciudadelas romanas los escultores y los arquitectos admiraban la plástica belleza de las esculturas y los monumentos imperiales. Día a día iban a medir las columnas que quedaban en pie, a copiar los frisos de los templos, a educar su vista con esa proporción de todas sus líneas, a la que llegaron los romanos,

aprovechando la exquisita percepción de los helenos.

He ahí, a trazos amplios, los dos grandes grupos de analogía entre el medio y la arquitectura italiana de los siglos XV y XVI. Por un lado el individualismo que hace aparecer a la conciencia emancipada y al arquitecto que da fruto propio y exclusivo; y por el otro, al humanismo investigador del pensamiento antiguo, que hace nacer el gusto arqueológico y renacer la ciencia y la literatura de los griegos y los romanos.

La Arquitectura del Renacimiento es la adaptación de la Romana a las necesidades de la época. Es el producto de la admiración por la forma y la cultura antiguas que se tradujo en los palacios de los magníficos señores y en las iglesias católicas que dejaron el sayal erizado de púas con que vistieran durante la Edad Media y a este prefirieron las redondeces de los arcos romanos y su decoración pagana.

Cuando los monjes bárbaros llegaban de sus sombríos claustros góticos a los templos romanos y los contemplaban brillantes al pleno sol y poblados de mármoles y de bellas Madonnas sonrientes como las Afroditas por

ellos detestadas y de santos efebos de gracia equívoca como los Antinoos de la época imperial y de coloraciones violentas, volvían espantados a los burgos silenciosos que habitaban y quizá en su interior oían la misma voz que había anunciado la muerte del gran Pan, pregonando ahora su resurrección.

La arquitectura del Renacimiento encontró dificultades muy grandes para imponerse en los países del norte de Italia. Profundamente místicos, opusieron toda la fuerza de su fe contra la invasión pagana y fué solo cuando la palabra alada que salía de las prensas de Guttemberg se adueñó de las inteligencias, que comenzó a imponerse sobre las ruinas del gótico, la arquitectura Italiana.

En Alemania produjo primero una serie de castillos y edificios palaciales con tejados pintorescos, altas chimeneas y profusión de cariátides grotescas y fantásticas en los cuales el detalle gótico no abdica aún del todo; luego, un período de minuciosidad en la copia de modelos antiguos. Este período tiene un marcado sello de academismo y de pedante-

ría. «El genio alemán»—dice Van Brunt en sus «Líneas Griegas»—«tiende hacia la co-«rrección absoluta, tanto en arte y arqueolo-«gía, como en ciencia y filosofía No está do-«tado de imaginación ni originalidad, sino que «esencialmente escolástico y exacto, respeta «la autoridad de los dogmas y la disciplina de «las fórmulas. Dentro de tales límites las me-«jores obras de la nación si bien admirables, «no son interesantes.

La Arquitectura Alemana del siglo XVIII fué influenciada por la francesa de la época de Luis XV y la Jesuítica Italiana. Tiene, como los citados prototipos, una agitación desagradable y cierta falta de sobriedad.

Los monumentos más notables del Renacimiento Alemán son los Castillos de Dresde y de Heidelberg, los Palacios de Bremen, de Ausburgo y de Zwinger y las Iglesias de San Miguel en Munich y de Santa María (Marienkirche) en Dresde.

Inglaterra pasó del Gótico al Renacimiento, a través del Tudor y de los estilos desarrollados bajo Isabel y Jacobo I. Inigo Jones fué el primero en introducir el estilo clásico italiano en la «Villa de Chiswik,» hecha bajo el modelo de la «Capra» levantada cerca

de Vicenza por Palladio. Las mejores obras de Jones son el palacio de Whitehall, Wilton House, y Covent Garden. El más grande de sus sucesores fué Sir Cristopher Wren, el arquitecto de la catedral de San Pablo en Londres—obra severa, magestuosa, digna y bella—que recuerda en sus líneas a la de San Pedro en Roma. Los monumentos ingleses de esta época tienen un carácter de serenidad y buen gusto, comparable a los florentinos primitivos. Si puede tachárseles por falta de imaginación y espontaneidad, nunca aparecen ridículos y desordenados. Son de raza de «gentlemen», sin chispa del «esprit» francés, pero con una distinción incomparable.

No fué España a la zaga del desarrollo arquitectónico en el Renacimiento. Más próxima a Italia en situación, raza y tendencias, supo aprovechar el impulso que aquella le impartiera y enmedio de un extraordinario florecimiento artístico y literario en el que los genios de Velázquez, Ribera y Murillo juntamente con los de Cervantes, Lope y Calderón produjeron sus impecables obras, la vieja Iberia dió a luz una generación de arquitectos que fué digna de hermanar con las de sus pintores y sus hombres de letras.

«Sabéis que España, en esta época era mo-
«nárquica y católica; que vencía a los turcos
«en Lepanto, ponía el pie sobre el Africa y se
«establecía allí; que combatía a los protestan-
«tes en Alemania, los perseguía en Francia,
«los atacaba en Inglaterra; que convertía y
«subyugaba a los idólatras del Nuevo Mundo;
«que expulsaba de su seno a los judíos y a los
«moriscos; que depuraba su propia fe a fuer-
«za de autos de fe y de persecuciones; que
«prodigaba las flotas, los ejércitos, el oro y la
«plata de su América, la más preciosa sangre
«de sus hijos, la sangre vital de su propio co-
«razón en cruzadas desmesuradas y múlti-
«ples, con tal obstinación y tal fanatismo, que
«cayó extenuada al cabo de siglo y medio ba-
«jo los pies de Europa; pero con tal entusias-
«mo, con tal resplandor de gloria, con un fer-
«vor tan nacional, que estos hombres, enamo-
«rados de la monarquía en que se encontra-
«ban sus fuerzas y de la causa a que consa-
«graban su vida, no experimentaban otro de-
«seo que el de exaltar la religión y la realeza
«por su obediencia y formar en derredor de
«la Iglesia y del Trono, un coro de fieles, de
«combatientes y de adoradores.» (1)

(1) **Filosofía del Arte. H. Taine**

Tal época produjo primero el plateresco, estilo afiligranado en el cual se confunden detalles góticos y moriscos con los del Renacimiento; luego el frío Griego-Romano impuesto por el riguroso clasicismo de Herrera y Berruguete y al fin, las aberraciones del gusto churrigueresco que llenaron a España de obras convulsivas y desordenadas que llegaron hasta la virgen América, la cual no había contemplado hasta entonces, sino las seculares y magestuosas construcciones de sus aborígenes.

Como ejemplos de la arquitectura del Renacimiento Español nombraremos solo algunos de los monumentos que se levantaron en el propio suelo de la Península: la Catedral de Jaén, la de Granada, el Hospital de Santa Cruz en Toledo, la famosa puerta de la Universidad de Salamanca, el Colegio de Alcalá de Henares, la Casa de las Conchas y la de Zaporta en Salamanca y Guadalajara, la Catedral de Valladolid, el noble y vasto Monasterio del Escorial y el Palacio de Carlos V en Granada, juzgado por muchos críticos como obra maestra, en su género

Quédanos sólo, para cerrar este capítulo, apuntar brevemente la correspondencia entre

el medio francés de los siglos XVII y XVIII y los estilos particulares que en ellos se desenvolvieron.

Nada más diferentes que la Francia caballeresca de los Bayardo y la monárquica bajo el Rey Sol. Nada más diferentes que las costumbres feudales y guerreras de la primera edad y las pulidas y cortesanas que privaron en los salones fastuosos del gran monarca. A la ruda diversión medioeval sucedió la aristocrática y galana de la corte; al estruendo de las armas y a la excitación brutal del torneo, los acordes melodiosos de las violas de amor y el rítmico ademán de los marqueses al compás del minuét.

Un teatro severo, de gusto clásico, envuelto en versos cadenciosos y serenos, toma el lugar de las epopeyas bárbaras que al amor del hogar cantaban los menestrales ante los fieros barones.

El gusto se refina, las costumbres se dulcifican y el tipo ideal de la época no es ya el guerrero temerario, armado de punta en blanco; ni el monje austero que perfuma su carne con los óleos y los aromas de la penitencia; sino el gran señor, hombre de mundo «causeur» espiritual e ingenioso, conquista-

dor menos de tierras que de corazones femeninos, elegante y presumido, leal a su rey, cuidadoso de su honor y quien no desdeñara en días aciagos para su país, cambiar la peluca empolvada por un recio casco y acampar días enteros, al sol y a la lluvia, en planicies inclementes, para volver después, herido y triunfante, a ser cuidado por manos blancas y a contar y mentir hazañas fabulosas bajo los artesonados de algún salón real.

Tales gustos produjeron las tragedias racinianas, el teatro de Corneille y de Moliere, las decoraciones y los mobiliarios de Boule y de Leclerc, las pinturas de Lorrain y de Lebrun primero y las de Watteau y Lancret, cuando a la sobriedad del reinado de Luis XIV siguieron la disipación y la frivolidad del de su nieto. Esa época, en fin, produjo los jardines acicalados y simétricos de Versalles y una arquitectura severa y magestuosa bajo el Rey Sol, femenina y elegante bajo Luis XV, noblemente bella bajo el infortunado Capeto y orgullosa, serena y clásica durante la época en que las legiones francesas hicieron sus marchas triunfales en el Viejo Continente, conducidas por el genio militar de Napoleón I.

Desde el final del siglo XV comenzaron a

entrar en Francia, atraídos por el monarca y la nobleza, las corrientes del arte pagano. Empezó la invasión en la arquitectura de castillos y solo mucho más tarde logró penetrar en la de las iglesias.

Las primeras manifestaciones del Renacimiento, en suelo francés, tuvieron lugar en los castillos del Valle del Loire, pintorescos y a mitad góticos, los cuales conservaron los altos tejados inclinados y una multitud de detalles medioevales, en híbrida alianza con los órdenes y la decoración clásica. (1)

Durante el reinado de Luis XIII, después de que las guerras de religión habían empobrecido a la nación francesa, desarrollóse un estilo arquitectónico caracterizado por la construcción de edificios de piedra y ladrillo, severos y armoniosos, respondiendo «por «su claridad y por su magnificencia exenta de «énfasis, al ideal clásico de Malherbe, el re«formador literario de la época.» (Apolo. Reinach.)

Pero la maravilla de la arquitectura francesa del Renacimiento es el Palacio del Lou-

(1) Ejemplos: Castillos de Blois, de Chambord, de Madrid y de Fontainebleau.

vre comenzado al mediar el siglo XVI y que, con la posible excepción del Vaticano, es la residencia real más notable del mundo. El plano original pertenece a Lescot, arquitecto de gusto sobrio, a quien siguió Perrault en la dirección de la obra, prefiriéndosele (afortunadamente) a Bernini. La construcción del Louvre no terminó sino hasta fines del pasado siglo, conservándose en todos los detalles posteriores la primitiva elegancia de Lescot, cuya concepción arquitectónica vinieron a ornar las deliciosas esculturas de Goujon.

Otros edificios notables del Renacimiento Francés son el Palacio de las Tullerías, ejecutado por Filiberto de L'Orme para Catalina de Médicis; el Palacio de Luxemburgo; el de Versalles y el Hotel des Invalides, construídos los dos últimos por Mansart. Todos estos edificios realizan, en su majestad, el espíritu de la época. Su dignidad fría y correcta, sus líneas armoniosas y su severo clasicismo se derivan más bien del estilo de Palladio que de las extravagancias de Bernini, apesar de que este último, por ser huesped y artista muy admirado de Luis XIV, pudo haber ejercido su nefasta influencia sobre las construcciones de aquella era.

Bajo Luis XV generóse un cisma entre arquitectos y decoradores. Unos continuaron encerrados en la tradición clásica, obstinados conservadores que cerraban los ojos ante la frivolidad general y sellaban sus obras con marca simple a la par que grandiosa; y otros, más en consonancia con su época, hicieron predominar en sus composiciones las curvas caprichosas, los festones de follaje, las palmas y las guirnaldas de rosas. El arte de los segundos ejerció su influencia en construcciones de recreo y en interiores palaciales y dejó a los primeros sintetizar su concepción arquitectónica, en la Iglesia de San Sulpicio.

Muy pobre quedó el tesoro de Francia a la muerte del monarca disipado que ante el Concejo de Ministros que le hablaba en alarmantes términos sobre la crisis económica por que atravesaban, tuvo la audacia y el cinismo de contestar que Francia duraría lo suficiente para él. Luis XVI, por lo tanto, no fué un gran constructor. Acosado por mil compromisos y cediendo, por debilidad de carácter, a los lujos y a las exigencias dispendiosas de María Antonieta, apenas sí tuvo elementos para continuar durante su reinado al-

gunas de las obras comenzadas en el anterior.

Fueron trágicos los últimos días del infortunado Luis XVI. Cansado su pueblo de sostener con paciencia a los reyes y a la nobleza, sintiéndose caminar a la bancarrota, poseído por el genio de sus filósofos que habían desvirtuado la idea del origen divino de la monarquía y consciente ya de su fuerza, desplególa con lujo de crueldad en los horrores de la Revolución.

Para que volviera la arquitectura francesa a cubrirse de galas y a asumir esplendor, necesitó que sobre ella se proyectara la épica figura del gran Bonaparte. Paris—durante las campañas y el imperio del nuevo César—cubrióse de monumentos orgullosos, trasuntos de los romanos.—Fueron arcos de triunfo bajo los que pasaron las legiones vencedoras de Napoleón; columnas que narran sus proezas como la antigua de Trajano; templos en que hace revivir el alma pagana y avasalladora de la Roma imperial; palacios altivos decorados por coronas de laurel que ciñeran su frente, por antorchas ardientes como su espíritu, por águilas como las que paseara sobre las astas de sus banderas en los campos de

Marengo y de Wagran. Parecía entonces la Francia, definitiva señora del mundo por el incontestable derecho de su fuerza; sentíase odiada pero inmensa combatida pero victoriosa, encadenada a la voluntad de un hombre, pero dueña de Europa.

Y no fué triste, fué pavorosa su decepción. Porque al caer el último soldado de la Vieja Guardia en la jornada de Waterloo y al sentir que una vez disipados sus ensueños de grandeza volvía a ser conducida por la mano de tiranuelos vulgares, un estremecimiento de rabia la sacudió; y de sus campos aún sangrientos y de sus tumultuosas ciudades, volvió a alzarse, cual rojo espectro, la Revolución.

LA ARQUITECTURA MODERNA
Y SUS TENDENCIAS

LLEGAMOS, tras larga peregrinación a través de la historia, al dintel de nuestra edad. Hemos paseado ya por las avenidas de esfinges que bordan las riberas del Nilo; discurrido por los frondosos bosquecillos y los blancos templetes de las acrópolis griegas; vitoreado a los Césares, cuando entraban triunfantes bajo los arcos de Roma; admirado el lujo de la corte bizantina; recogido nuestro espíritu en los interiores sombríos de las iglesias del norte; y regalado nuestros sentidos en los festivales suntuosos de los príncipes florentinos. Y ahora, después de la visión de aquellas lejanías, después del espectáculo de la belleza helénica, del orgullo romano, de la devoción medioeval y de la elegancia del Re-

nacimiento, vamos a penetrar en la actual época tumultuosa y a imponernos—a la medida de nuestra percepción—de su alma y de su arte.

«Ya en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño». Las ilusiones antiguas han muerto en medio de la general indiferencia. Pasaron los tiempos en que la Belleza era diosa sobre áticos altares, pasaron los del honor caballeresco y los de místicos fervores. La inteligencia, no pudiendo ya peregrinar por los campos floridos del ensueño, llega al yermo de la realidad y coloca en las vitrinas de sus museos, como en vastas necrópolis tranquilas, todo lo que es símbolo y memoria de sus muertas pasiones.

El bélico furor de los héroes antiguos se borra ante el cálculo frío de los modernos generales, y si en apretadas filas llegaran los vencedores de Maratón a nuestros campos de batalla, caerían—apesar de su empuje y apesar de su valor—anonadados y envueltos en una lluvia de metralla, vomitada por los cañones de una sola batería.

Una severa disciplina substituye a los arranques ardorosos de la humanidad adolescente. No rompemos ya lanzas contra moli-

nos de viento ni pueblan nuestra fantasía descomunales gigantes y encantadas princesas. El hombre se ha hecho pensador. Analiza, desmenuza los hechos, construye sistemas, amplía con lentes poderosas el campo de su visión, explora la inmensidad del universo, poblada de innumerables mundos y descubre millones de seres vivos en una gota de agua. Especula, se entusiasma a veces vislumbrando el fantasma de una verdad absoluta y cae luego en desalientos profundos; pero cae para levantarse, después, con más bríos y emprender de nuevo su ardua labor de investigación. En la paz de sus laboratorios y sus bibliotecas junta sus observaciones y, a veces, con un chispazo genial, percibe una ley y la formula.

El mármol en que Rodín logró fijar el pensamiento humano, esa figura atormentada, hermana del «Pensieroso» que Buonarroti alentó, sintetiza el momento por el cual atraviesa la humanidad, con más fuerza, quizás, que el Discóbolo al ideal heleno o que el San Jorge de Donatello al caballero medioeval, santo y guerrero.

La literatura actual ha entrado de lleno en la psicología. Observa, apunta, precisa

las sensaciones, explora las profundidades de la conciencia, penetra en los secretos del alma humana. Y si las sensaciones que despierta o las ideas que evoca, tienen el acre sabor de lo enfermizo, si desligándose de las condiciones vulgares de la vida, penetra en los invernaderos poblados de extrañas orquídeas y pinta la devastación de un alma devorada por las pasiones o los refinamientos de un sibarita moderno, es, en la novela y en el teatro, tanto más gustada por la «élite» de los intelectuales y los «dilettanti». (1)

Casi todo lo escrito en nuestra época revela el profundo pesimismo de que se halla impregnada. «Schopenhauer es Dios y Hartman es su profeta». (2) El creciente artifi-

---

(1) Notad cómo en la literatura de nuestra época, todos nuestros sentimientos, todas nuestras maneras de ser, todas nuestras actitudes morales e intelectuales se han tendido y exasperado. El sentimiento de la nâturaleza se ha convertido en adoración sensual y mística y el goce de lo pintoresco en una persecución inquieta de impresiones tenues e intangibles; el gusto de la realidad es un rebuscamiento morboso de lo que ésta tiene de brutal y de triste; la ternura se ha hecho histérica y la melancolía, pesimismo. Todo ha tomado aires de enfermedad nerviosa.—Julio Lemaitre.

(2) «Las Mentiras Convencionales.»—Max Nordau.

cialismo de la vida moderna, el imperio de lo convencional, el «spleen» del saciado, la impotencia del oprimido y la bancarrota de las ilusiones entre el general utilitarismo, han producido en el hombre sentimientos de mal estar y de inquietud que comienzan ya a manifestarse. Por un lado, esa conciencia del dolor hace sus víctimas entre la clase opulenta. Cada año aumenta en las estadísticas el número de suicidas y cada vez el afán de escapar a la realidad empuja más hombres hacia el narcótico y hacia el alcohol. Por el otro lado, el cuadro es más sombrío aún: la miseria frente a la abundancia; el trabajo abrumador sosteniendo a la pereza dorada; el hambre ante la saciedad y la desgracia del pobre cerca de la aparente felicidad del rico; en una palabra, el eterno contraste del amo y el siervo, ha germinado en protestas cada vez más serias. Los mineros y los obreros de las fábricas se organizan en ligas para defenderse contra la ambición de sus patrones y hacen un arma de la huelga; el labrador quiere su parte racional en la cosecha, fruto de su esfuerzo y que hoy en día pasa, casi intacta, a los graneros del señor; pide ya el proletario su lugar en el banqete humano y sueña con im-

posible organización igualitaria y estable, obstinado en ignorar la desigualdad e inconstancia orgánicas de los hombres.

Para que llegara el socialismo a su actual fase científica, necesitó que el poderoso genio económico de Karl Marx, lo impulsara, haciéndolo salir de su etapa puramente sentimental. No encierra ya ahora tan solo la protesta débil de una muchedumbre agotada, bajo la opresión secular; sino el razonable deseo de mejoría que experimenta el grupo trabajador, sindicado y consciente.

Absurda la anarquía e inestable el resultado del apropiacionismo, no queda, entre las formas radicales, sino el colectivismo, el cual, al implantarse, «reemplazaría al Estado con una administración muy metódica, muy complicada y fatalmente muy despótica, que no se llamaría quizá el Estado, pero que sería, en su fondo, una insoportable tiranía». (1)

El socialismo extremo, a nuestro entender, parte de una profunda ignorancia psicológica: la creencia en la posible igualación de los individuos de la raza humana. Ahora bien, lo que constituye su esencia es precisamente

(1) E. Faguet. «Le Socialisme en 1907».

lo contrario: hay diferencias raciales, diferencias intelectuales, diferencias físicas y diferencias de temperamento; hay sobra de actividad en algunos y profunda apatía entre otros. ¿Cómo pretender, por lo tanto, una igualdad de valores enmedio del general estancamiento, si es ley natural que en la enorme cadena biológica, sobrevivan sólo los organismos mejor adaptados?

Nada más venerable que la idea íntima del socialismo. Tiende al mejoramiento de la más grande porción de la humanidad y ayuda, consecuentemente, a la ley de evolución; pero, también nada más absurdo que su pretensión igualitaria. «La igualdad absoluta» dice Faguet «no sera alcanzada jamás, y sería «una nivelación horrorosa y funesta; pero pue «de aproximarse lo más posible, consistiendo «el atraso en alejarse. En tanto que la igual«dad no sea alcanzada, la distancia que habrá «que recorrer para llegar a ella será suficien«te para que la emulación, el ardor y el gusto «del trabajo subsistan entre los hombres. De «donde se sigue: que no se debe llegar, pero «que es necesario acercarse y que la iguadad «no es el fín, pero que alejarse de ella, aleja «del fín».

Sin embargo, cualquiera que sea la actitud que se tome frente a frente del movimiento socialista, es imposible negar que éste existe y progresa. Cada año aumenta el número de trabajadores sindicados y cada año también, aparecen nuevas ligas de protección, se multiplican las huelgas y ganan los «leaders» socialistas más y más terreno en las cámaras y los parlamentos. Cada año aparecen nuevas leyes que restringen las horas de trabajo, protegen con medidas de higiene la salud y la vida de los obreros, y gravan con pesados impuestos los bienes del rico. «Australia se convierte en amplio laboratorio de experimentos sociológicos» y en las calles de París se ha llegado a predicar la necesidad de la insurrección, invocando el aforismo marxiano: «La fuerza es la engendradora de las sociedades.»

Frente a la concepción socialista y democrática se eleva la individualista y aristocrática que ha sintetizado y difundido el genio de Federico Nietzche. Su ética es para los amos. Saluda en el Príncipe de Machiavello al «tipo espléndido de los conductores de hombres» y predica la intensificación de la personalidad por un despliegue contínuo de energías.

«Creedme,» dice, «el secreto para cosechar la existencia más fecunda, el más grande placer de la vida, es vivir en el peligro. ¡Construíd vuestras ciudades cerca de un Vesubio! ¡Enviad vuestros buques hacia mares inexplorados! ¡Vivid en guerra con vuestros semejantes y con vosotros mismos! ¡Sed corsarios y conquistadores en tanto que no podéis ser poseedores, vosotros, los que buscáis la verdad! Pronto vendrá el tiempo en que ya no os satisfaceréis con vivir escondidos en los bosques como ciervos enfurecidos.»

Los héroes de Nietzche son los triunfadores y su ideal de vida la de los grandes señores del Renacimiento. Es pagano. Adora el cuerpo sano y vigoroso, da ejemplo de fuerza y tomando nuestro estado presente tan sólo como transitorio, predice el advenimiento de humanidades superiores. «El hombre» afirma «es algo que debe ser sobrepasado»; y para lograrlo quiere que la vida sea vivida con fuerza y con alegría. Odia la tristeza de los ascetas y con sus palabras llenas de color hace sentir el contraste de la vida mediocre, estrecha y monótona del burgués y el socialista y la de los príncipes que él ha soñado: «élite» de fuerza, de belleza y de inteligencia que,

aprovechando el esfuerzo de la mayoría, constara de las unidades en la cifra social.

Entre tales extremos—socialismo e individualismo—oscila el péndulo de las actuales opiniones: por un lado los fuertes y por el otro la legión de los débiles. Es lucha de calidad contra cantidad y triunfará, como siempre, la mayor fuerza: fuerza colectiva o fuerza individual.

El socialismo ha engendrado, en su afán de igualdad, dos movimientos principales: el pacifismo y el feminismo. La tendencia a la formación de sociedades cada vez más vastas, los horrores de las guerras, el instinto de conservación (más desarrollado mientras se alcanza mayor grado de civilización) y la ruina segura a que conduce el «budget» de armamento a las primeras potencias del mundo actual, han hecho que filántropos y estadistas organicen un tribunal de arbitraje: el de El Haya, y frecuentes congresos en que oradores de todas nacionalidades abordan con galanura y convicción el tema de la paz universal, mientras los gobiernos de sus países aprueban presupuestos para nuevos acorazados y se cambian amenazadoras notas. (1)

---

(1) Escrito en 1911.

En cuanto al feminismo, puede decirse que se afirma más de día en día. La mujer ha ido conquistando lentamente algunas libertades y reclama ya para ella los derechos que hasta ahora han sido privilegio del hombre. Su despertar ha coincidido en las regiones más apartadas de la tierra. Tanto en Noruega y en Finlandia, como en Nueva Zelanda y Australia, ha logrado adquirir el derecho al sufragio y en muchos países no es solamente electora, sino también elegible para cargos municipales. Añádase a esto su formal organización, (1) sus victorias en diversos oficios contra sus competidores masculinos y la creciente invasión que realiza en campos profesionales y se tendrá idea de la importancia de un movimiento que ha de influír profundamente en las sociedades del futuro.

Cómo serán estas sociedades, cuáles gustos han de privar en su seno, qué características las informarán, son cuestiones arduas que toca a la sociología delinear. Para el ob-

(1) En Inglaterra. por ejemplo, la campaña por el Sufragio Feminista está actualmente sostenido por tres grandes ligas: la «Women's Social and Political Union», la «Women's Freedom League» y la «National Union of Women Suffrage Societies».

jeto de nuestro corto estudio ha de bastarnos con lo expuesto y con la consideración de que el arte, lejos de desaparecer al advenimiento de la ciencia, como lo asegura Renán, tendrá en el porvenir un brillante desenvolvimiento; pero no ya en obras de belleza plástica sino de expresión inteligente. Así «puede decirse, tomando a la ciencia contemporánea su terminología, que si los antiguos han conocido la «estática» del arte, al hombre moderno está reservada, con el movimiento y la expresión, la «dinámica» del arte.» (1)

Con el siglo XVII terminaron, por lenta consunción, las manifestaciones del Renacimiento. Las extravagancias del Rococco y del Luis XV ocasionaron una reacción que, desgraciadamente, no dió el fruto esperado. Un academismo estrecho substituyó la fantasía creadora de los primitivos artistas; la arquitectura, en manos de petimetres, se volvió arqueología pedante, apegada a la letra; se construyeron edificios que mostraban un

(1) Problemas de Estética. Guyau

servilismo y una disciplina a los cánones de Vignola, más reveladores de pobreza de imaginación que de las cualidades activas, indispensables para la producción de la verdadera obra de arte. Fueron, en fín, monumentos correctos y medidos; pero a la vez, fríos y faltos de propiedad.

Bien pronto se orientó el arte de construír hacia otros derroteros y las formas romanas fueron abandonadas por las griegas, como resultado de expediciones tales como las que llevaron a cabo en 1732 los ingleses Stuart y Revet. Los órdenes griegos fueron aplicados sin discernimiento a toda clase de edificios. Las ciudades europeas se engalanaron con columnatas dóricas y jónicas; pórticos clásicos daban acceso a edificios modernos y aun comenzó a ensayarse en ciertos monumentos la decoración pelícroma de los templos helénicos. Las formas clásicas, manejadas por arquitectos poco inteligentes y aplicadas a necesidades de una época tan distinta en espíritu a la que les dió ser, fueron perdiendo su elasticidad, su razón de ser y su gracia libre, hasta llegar a la rigidez de los monumentos alemanes del pasado cuarto de siglo.

De los grandes edificios modernos, merecen mención especial, por sus cualidades arquitectónicas, el Palacio de Justicia en Bruselas y el Gran Teatro de la Opera en París. Este, que fué construído bajo la dirección del arquitecto Garnier, por sus dimen. siones (once mil trescientos treinta y siete metros cuadrados), la riqueza incomparable de su decoración, la elegancia de su «foyer» y su foro, es el teatro más hermoso del mundo.

El Palacio de Justicia de Bruselas es el más grande monumento del siglo XIX. Su area es de veinticuatro mil seiscientos metros cuadrados. Está situado sobre una colina de la capital belga y domina, por su altura y enorme masa, a toda la ciudad. Severo, atrevido e imponente, está inspirado en las magestuosas arquitecturas antiguas: tiene de la egipcia la forma piramidal; de la griega las magestuosas columnatas; y de la romana, los detalles ornamentales. Su constructor, el arquitecto belga José Polaert, que por exceso de trabajo enloqueció, murió poco después de concluída la gran obra. Cuéntase que cuando el rey Leopoldo dijo al Procurador General que pronto tendrían un Templo de la Justicia, éste le respondió: «Sire, ¿estáis seguro? Paréceme

que no es más bien un Templo erigido a la Arquitectura.»

Nombrados tales monumentos que, por su suntuosidad y sus dimensiones, descuellan entre todos los producidos por la Arquitectura Moderna, tócanos ahora hablar del espíritu que la informa y de las características que la distinguen de las anteriores.

Propiamente hablando, no hay una Arquitectura Moderna. La complexidad de nuestra civilización y la acentuada transición por la que atravesamos, se han revelado en estilos particulares, no unificados siquiera por un carácter dominante. No se nos escapa la dificultad de sintetizar el movimiento arquitectónico de la época, movimiento generado por las ideas que privan actualmente y que no se desarrolla sino sobre la base del medio, del cual traduce hasta las más insignificantes cualidades.

Estamos ahora en pleno eclecticismo. Apesar de los esfuerzos de las grandes academias—notablemente de la de Bellas Artes de París—por uniformar y encauzar bien las

concepciones de los arquitectos modernos, haciéndolos estudiar profundamente las necesidades y tendencias de nuestra edad en gene ral y del país y ciudad en que viven, en particular, para expresarlas con acierto y claridad en sus construcciones, ha resultado que por afán de originalidad en algunos o por preferencias determinadas en otros, lo construído en la presente época reviste los más disímbolos aspectos y no tiene, en su totalidad, rasgos generales que pudieran ser representativos de una idea dominante.

Esta libertad de elección, paralela a la que se observa actualmente en los dominios del pensamiento, ha tenido manifestaciones interesantes.

Uno de los movimientos más dignos de estudio que se han producido últimamente en el campo de la decoración es el que, originado por William Morris, Walter Crane y los prerafaelitas ingleses del último cuarto del siglo XIX, se manifiesta en algunos edificios de la Exposición de París de 1900 y el que, usado después como un estilo formal por los arquitectos belgas Hankar y Horta, llega a fundar en Viena la escuela llamada «secesionista». Nos referimos al «Arte Nuevo», sis-

tema de decoración, caracterizado por el empleo casi exclusivo de la línea curva. Su ornamentación está compuesta, en general, de formas vegetales: lianas que ondulan y despliegan sus dibujos intrincados, yedras gráciles y floridas, tallos delicados que aparentan, a veces sostener pesadas masas arquitectónicas, rosas monstruosas, estilizaciones de lirios, de lotos y de margaritas. Los decoradores partidarios del «Arte Nuevo» se han inspirado también en dibujos chinos y japoneses; pero sus composiciones nos dan la idea de una versión de los orientales, plagada de extravagancias y fantasías de mal gusto. El Arte Nuevo está destinado a perecer por el mal orgánico de su propia exageración. Ha sido su nacimiento demasiado forzado para que prospere...... una «tour de force» de ingeniosos espíritus individualistas y no el impulso espontáneo de la colectividad.

Para que un estilo se imponga necesita no ser el producto de un capricho, sino la expresión sincera del medio en que crece. Su gestación es siempre lenta: brota de las necesidades y de las ideas, evoluciona con éstas, refleja su perenne tranformación, lleva impreso su sello, llega a su madurez con ellas

y luego, al imperar nuevas ideas y nuevas necesidades, deja su lugar a otro estilo que las exprese.

Manifestación también interesante de la Arquitectura Moderna es la producida por el amor a lo exótico, fomentado en nuestros días por cierta clase de literatura. Mientras la arquitectura occidental se va imponiendo sobre las del Oriente y mientras el viajero artista de nuestros días se indigna al ver en las viejas ciudades indias y japonesas, junto al templo budista—lleno de color local—el vulgar edificio europeo o americano, las legendarias arquitecturas asiáticas implántanse en algunos edificios de Europa: el palacio japonés del Rey de Bélgica, los de las exposiciones en Londres, decoraciones interiores en residencias de la alta burguesía, pabellones y casas de té en los parques del Viejo Mundo; ilusiones o recuerdos de viajes a países maravilosos, evocaciones de paisajes con cerezos en flor y montañas nevadas o de ciudades llenas de sol que reflejan las masas de sus pagodas en las aguas de un río sagrado. Así vamos entrando a una época de civilización uniforme y así, desgraciadamente para los sedientos de nuevas impresiones, los paí-

ses hasta ayer apartados del movimiento general, van perdiendo su originalidad y su arte nacional para penetrar de lleno en la corriente general.

«Se crea en nuestros días—por encima de las preferencias particulares y de nacionalidad—un espíritu europeo, un fondo de cultura, un fondo de ideas y de inclinaciones comunes a todas las sociedades inteligentes; como el vestido, que es donde quiera uniforme, encuéntrase este espíritu, bastante parecido y dócil a las mismas influencias, en Londres, en San Petersburgo, en Roma o en Berlín.» (1)

Sentado esto, podemos hablar ya no de la arquitectura en determinada nación, sino en general; podemos así decir que el desarrollo de la vida comunal ha originado en todas partes una gran actividad en la construcción de edificios públicos.

Efectivamente, empezamos a ver levantarse una gran cantidad de éstos en las ciudades de importancia. París, Londres, Viena, Berlín y con ellas cien otras ciudades, se embellecen con avenidas llenas de fuentes y

(1) M. de Vogue. Prefacio de «La Novela Rusa.»

de estatuas, con magestuosos edificios, museos, teatros, parlamentos, palacios de gobierno, Casas de Ayuntamientos, Ministerios, Palacios de Embajadores y suntuosos monumentos conmemorativos. Nunca quizá, había habido tal actividad de construcción. Hay ciudades—hoy populosísimas—en donde ayer no se veían sino las tiendas de lona plantadas por los primeros colonos; otras como Buenos Aires, que en el espacio de veinte años han llegado a conquistar lugar prominente entre las primeras del mundo; otras, en fín, como Nueva York, que son a la vez una profecía y una realización, ciudades que dicen, por sus enormes edificios comerciales, sus tumultuosas arterias y el lujo de sus avenidas residenciales, lo que serán las del futuro: colmenas rumorosas, poblaciones de millones y millones de habitantes, que viven una vida llena de energías; ciudades con barrios comerciales que levantan al cielo sus edificios de decenas de pisos, sombrías, ruidosas, construídas sobre otras subterráneas en las cuales circula, por medio de tuberías, el aire, el fuego, la electricidad y otro pueblo agitado, presuroso, que aprovecha rápidas vías de comunicación entre un extremo y otro de la

ciudad: entre los imponentes cañones del distrito financiero y las amplias avenidas donde se yerguen los palacios orgullosos de los magnates del oro...... nueva aristocracia que se levanta sobre las ruinas de la nobleza de sangre.

Ya los actuales edificios comerciales de los Estados Unidos, hechos en general con elementos de los estilos Románico y del Renacimiento Italiano para su decoración y las últimas aplicaciones del acero y del cemento armado para su construcción, han realizado magestuosos tipos y tienen—en frase de Julio Lemaitre—«la belleza de la precisión en la enormidad». Estos edificios han arrancado gritos de protesta, en nombre de su estética, a ciertas «coteries» de artistas, manifestaciones inútiles que deberían dirigirse mejor contra las condiciones económicas que los han generado; pero a pesar suyo, con la fuerza fatal de lo que tiene que ser, se construyen más y más. En Nueva York, en Chicago, en Filadelfia y en Boston siguen y seguirán levantando estos edificios—indiferentes ante críticas y diatribas—imprimiendo en ellos la fisonomía moral de la época y haciendo a quien los contempla la revelación de una

alma atrevida y pujante. no ya con la pujanza y el atrevimiento de un Bayardo o de un Rolando; sino con los del hombre moderno, calculista, frío, práctico y conquistador de la Naturaleza, que ya cede al formidable empuje de su inteligencia.

En ningún terreno de arquitectura se ha adelantado tanto en épocas recientes, como en la doméstica. El hombre moderno, fatigado de su trabajo, quiere, cuando vuelve a su casa, encontrar allí descanso y comodidad: cuartos bien ventilados que den vista a jardines floridos; un buen hogar para leer, a su amor, durante las largas noches de invierno, el libro preferido; un comedor hermoso y una amplia biblioteca, salones de recepción decorados suntuosamente, galería de cuadros, sala de billar, «fumoirs», baños con todos los refinamientos de un epicúreo del siglo, cuartos de tocador, guardarropas, dependencias para el servicio, caballerizas, cochera, «garage» y fuentes y jardines como los que rodean las «villas» italianas; y como en éstas, estatuas y pargolas y grutas.... todos los artificialismos en fín, que ha convertido en necesidades el civilizado moderno. Inspirados en ellas, los arquitectos han hecho prodigios de imagina-

ción en los últimos palacios y hoteles de las primeras capitales.

También el pobre ha encontrado artistas que lo comprendan. Ya Constantino Meunier, el escultor belga, y Millet, el famoso pintor del «Angelus» y «Las Segadoras.» han producido obras de arte inspiradas en el pueblo. El uno, con sus mármoles fuertes, evocadores de la vida ruda del obrero, con sus grupos de mineros apretados y jadeantes.... y el otro, el francés sentimental, mostrando en sus telas el trabajo de los campos, la naturaleza con sus aspectos rientes o melancólicos, apacibles o tempestuosos; y en ella, al hombre pegado a la tierra, al hijo que esprime el pezón materno. Los dos han sondeado las capas profundas del proletariado y los dos han sabido revelar en sus mármoles y en sus telas, la belleza áspera de una vida sana y llena de energías, la epopeya del trabajo en los campos donde se hacina la mies; en las profundidades de la tierra donde a rudos golpes se arrancan los metales; y en el interior de las grandes ciudades industriales donde un pueblo de obreros trabaja sin cesar.

Y la vida de esta enorme legión de parias, sus penas, sus amores, sus raras ale-

grías, sus rencores exasperados, sus protestas contra un régimen que los oprime y su anhelo de mejorar las condiciones de su vida, han sido expresados también por la arquitectura.

La construcción de casas para obreros ha sido un problema que ha ocupado preferentemente la atención del arquitecto moderno. Ha tratado éste, al mismo tiempo que de resolverlo bajo sus aspectos higiénico y económico, de introducir el estético. No se ha contentado con buscar la baratura de la construcción, simplificando la planta, y poniendo así la renta al alcance del más modesto salario; ni tampoco se ha satisfecho con distribuciones inteligentes que aseguran por sus condiciones de comodidad, de luz y de ventilación, la salud de esa gran porción de trabajadores que languidecían antes con sus familias en bohardillas obscuras y mal olientes, faltas de aire y de sol; sino que, a la vez, ha querido iniciar en su vida doméstica elementos de belleza, modestas decoraciones, formas harmoniosas, colores delicados que, poco a poco, irán mejorando su gusto. Tal era el ideal que alentaron juntos, William Morris y Walter Crane.

En las grandes ciudades hay ya barrios

enteros construídos bajo la influencia de estas benéficas ideas y destinados a la población obrera. Año por año se celebran concursos para la edificación de colonias de artesanos y el tipo de la casa económica va siguiendo un proceso de perfeccionamiento. En resúmen, las deplorables condiciones de vida bajo las cuales vivía el proletariado, se mejoran visibleménte, ocasionando esta mejoría una notable disminución de enfermedades y, por lo consiguiente, mayores energías para el trabajo, menor desgracia para el que nació pobre y un mejoramiento general de la especie, puesto que la clase obrera constituye, en las grandes naciones, la mayoría de la población.

El futuro de la Arquitectura nos aparece lleno de promesas. El libro no ha matado ni matará a la Arquitectura, como lo asegura Hugo en un capítulo famoso de Nuestra Señora de París. Los materiales últimamente empleados y los nuevos procedimientos científicos de construcción, van haciendo posible la expresión de ideas y sentimientos cada vez más complicados y sutiles. Nuestro vocabu-

lario se enriquece y con él, nuestra potencia expresiva. Si el prehistórico «dolmen» es una palabra, si la agrupación de túmulos en las costas bretonas forma una frase, si el templo de Karnak es una fórmula completa y si monumentos posteriores constituyen ya la expresión de distintos pensamientos, el edificio futuro será un libro completo, un libro lleno de ideas, una serena especulación; o la exposición categórica y como nunca clara, de nuestras luchas y de nuestras ambiciones. Será una obra atrevida y grandiosa, símbolo de progreso, muestra de genio, apoteosis de fuerza.

La ciencia irá profundizando, marchará de descubrimiento en descubrimiento; nos revelará las formas infinitamente variadas de la naturaleza, nos mostrará los animales y las plantas del fondo de los mares, la fauna y la flora de las regiones polares; las cristalizaciones maravillosas de los minerales, un mundo de infusorios, un mundo de formas que serán otros tantos elementos de belleza para la decoración.

¿Que la ciencia matará al arte? ¿Que la Belleza necesita ser misteriosa? ¿Que el velo sagrado de Isis debe encubrirla y que, al des-

correrlo, se hace imposible la emoción estética, precedente de toda creación de arte? ¡Está bien! Pero el hombre no llegará nunca al conocimiento perfecto y siempre será lo desconocido fuente y abrevadero de inspiración. «¿Acaso hay descubrimientos que no conduzcan a nuevos misterios, favoreciendo así el vuelo mayor de la imaginación?», pregunta Guyau.

También la mujer prestará su ayuda en el futuro desenvolvimiento de las formas. La profesión de arquitecto y decorador está ya abierta para ellas. De las universidades europeas y americanas salen, cada año, nuevas graduadas y ya se comienzan a hacer edificios bajo su dirección. Ella pondrá algo de su alma en la arquitectura y la decoración tendrá en sus manos la delicadeza de su sensibilidad.

Por último, a pesar de injustas críticas, las academias inician serias investigaciones y profundos estudios arqueológicos que serán base para nuevos adelantos. Hablando sobre esta cuestión, Carlos Garnier, el arquitecto del Teatro de la Opera de París, se expresa así: «Miles de voces preguntan: ¿Y para qué? ¡Espíritus injustos y ligeros! Porque es útil

a la vida palpitante de las artes, porque sirve para comparar el pasado con el presente; porque sirve, sobre todo, para su fin, para iluminar al artista que para esto ha trabajado! ¿Creeis que el tiempo que haya gastado en medir estos fragmentos, en cuestionar a estas ruinas, ha sido perdido por el artista? El se ha familiarizado con las nociones primitivas de arte y de construcción; ha vivido la vida de otros tiempos; ha juntado la historia del hombre con la historia de las piedras; ha aprendido a estudiar, a comparar, a razonar; ha aprendido el alfabeto de la arquitectura y cualesquiera que sean sus ideas en lo futuro, sabrá cómo expresarlas».

Así lo creemos y así lo esperamos.


Ex Libris

INDICE

CARATULA, DIBUJO DE JOSE G. ZUNO....................	
PRELIMINAR....................	7
ALBORES DE LA ARQUITECTURA............................	13
ARQUITECTURA EGIPCIA...	23
ARQUITECTURA GRIEGA..	52
ARQUITECTURA ROMANA	83
ARQUITECTURA BIZANTINA....................................	117
ARQUITECTURA CRISTIANA....................................	147
ARQUITECTURA DEL RENACIMIENTO.......................	187
ARQUITECTURA MODERNA Y SUS TENDENCIAS......	223
EX LIBRIS, DIBUJO DE JOSE G. ZUNO....................	253

ESTE LIBRO SE ACABO DE IMPRIMIR
EL DIA 1º DE MARZO DE MIL
NOVECIENTOS DIEZ Y NUEVE,
EN LA TIPOGRAFIA Y
LIBRERIA DE FORTINO
JAIME, GUADALA-
JARA, JAL.,
MEX.

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

"Notas de Literatura Española"

(Según Fitz - Morice Kelly.)
Editor: - Gallardo y Alvarez del Castillo.

"Ensayos Críticos"

(Prólogo de F. Villaespesa)
Editor: Fortino Jaime.

